

COLECCIÓN SINFONÍA



DISCURSO SOBRE
EL ORIGEN Y FUNDAMENTOS
DE LA DESIGUALDAD
ENTRE LOS HOMBRES

Jean-Jacques Rousseau



Escuela Superior de
Administración Pública

“

¡Bienaventurados
cuando su casto
poder, ejercido
solamente en la
unión conyugal,
participa de la
gloria del Estado
y a favor del
bienestar público!

”

DISCURSO SOBRE EL ORIGEN Y
FUNDAMENTOS DE LA DESIGUALDAD
ENTRE LOS HOMBRES

Catalogación en la publicación – Biblioteca Luis Oswaldo Beltrán Jara – ESAP

Rousseau, Jean-Jacques, 1712-1778

Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres
/ Jean Jacques Rousseau : Bogotá : Escuela Superior de Administración
Pública-ESAP, Traductor Pablo Cuartas.

2023.

216 páginas

ISBN 978-958-609-129-9 (papel). – ISBN 978-958-609-130-5 (electrónico)

Colección Sinfonía.

1. Filosofía Francesa 2. Derecho Natural 3. Ciencia Política 4 Igualdad I.

CDD-21: 340.12 / 2023



Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad
entre los hombres

Jean-Jacques Rousseau, autor

Pablo Cuartas, traductor

ISBN 978-958-609-129-9 (papel)

ISBN 978-958-609-130-5 (electrónico)

2023

© Escuela Superior de Administración Pública

Director Nacional: Jorge Iván Bula

Subdirección Nacional de Servicios Académicos

Grupo de Publicaciones

Editorial ESAP

grupo.publicaciones@esap.edu.co

<https://www.esap.edu.co/>

<https://libros.esap.edu.co/>

Coordinación editorial Óscar A. Chacón Gómez

Corrección de estilo Íkaro Valderrama

Diagramación Diego Mesa Quintero, lacentraldedisenos.com

Imagen de cubierta: Jean-Jacques Rousseau (painted portrait) by

Maurice Quentin de La Tour.

Escuela Superior de Administración Pública (ESAP)

Grupo Publicaciones. Calle 44 #53-37, Bogotá, D. C.

(+57) 601 795 6110



Creative Commons Atribución-NoComercial-

CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Hecho en Bogotá, D. C., Colombia, 2023

DISCURSO SOBRE
EL ORIGEN Y FUNDAMENTOS
DE LA DESIGUALDAD
ENTRE LOS HOMBRES

Jean-Jacques Rousseau

Pablo Cuartas (trad.)

Escuela Superior de Administración Pública



DISCOURS

*SUR L'ORIGINE ET LES FONDEMENTS
DE L'INEGALITE PARMÍ LES HOMMES.*

Par JEAN JAQUES ROUSSEAU
CITOTEN DE GENÈVE.

Non in depravatis, sed in his quæ bene secundum naturam se habent, considerandum est quid sit naturale. ARISTOT. Politic. L. 2.



A AMSTERDAM,
Chez MARC MICHEL REY.
M D C C L V.

Frontispicio de la primera edición del *Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, 1755.

Fuente: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/06/DOI_Rousseau.jpg

DEDICATORIA A LA REPÚBLICA DE GINEBRA

MAGNÍFICOS, MUY HONORABLES Y SOBERANOS señores:

Convencido de que solo al ciudadano virtuoso le corresponde rendirle a su patria honores que ella pueda agradecer, llevo treinta años trabajando para merecer ofrecerle un homenaje público. Como esta ocasión suple en parte lo que mis esfuerzos no pudieron lograr, se me permitirá exponer aquí el empeño que me anima más que la ley que debería autorizarme. Habiendo tenido la fortuna de nacer entre ustedes, ¿cómo podría meditar acerca de la igualdad que la naturaleza ha establecido entre los hombres y sobre la desigualdad creada por ellos, sin pensar al mismo tiempo en la profunda sabiduría con que una y otra, felizmente combinadas en este Estado, concurren,

del modo más aproximado a la ley natural y más favorable para la sociedad, al mantenimiento del orden público y a la felicidad de los particulares? Buscando las mejores máximas que el sentido común pueda dictar sobre la constitución de un gobierno, me sorprendió tanto verlas a todas funcionando en el vuestro que, aún si no hubiera nacido entre sus muros, hubiera pensado en prescindir de ofrecerle esta imagen de la sociedad humana al pueblo que parece tener sus mejores ventajas y el que mejor ha prevenido sus abusos.

De haber tenido que elegir el lugar de mi nacimiento, habría elegido una sociedad cuya grandeza fuera limitada por el alcance de las facultades humanas, es decir, por la posibilidad de ser bien gobernados, y en la cual, bastándose cada cual a sí mismo, nadie se viera obligado a confiar a los demás las funciones de las que fuera encargado; un Estado en el que todos se conocieran y, por eso mismo, ni las oscuras maniobras del vicio ni la modestia de la virtud pudieran escapar a las miradas y al juicio del público, y donde el dulce hábito de verse y de tratarse a diario convirtiera el amor a la patria, más que el amor a la tierra, en amor entre los ciudadanos.

Me hubiera gustado nacer en un país donde el soberano y el pueblo no pudieran tener sino un solo y

mismo interés, de modo que todos los movimientos del engranaje no buscaran otra cosa que la felicidad común. Como tal cosa solo es posible si el pueblo y el soberano son la misma persona, se deduce que me hubiera gustado nacer bajo un gobierno democrático sabiamente moderado.

Hubiera querido vivir y morir libre, es decir, libremente sometido a las leyes que ni yo ni nadie hubiera podido sacudir el honroso yugo, ese yugo suave y benéfico que las más altivas mentes aceptan tanto más dócilmente cuanto que están hechas para no soportar ningún otro.

Por lo tanto, me hubiera gustado que nadie en el Estado hubiera podido ponerse por encima de la ley, y que nadie por fuera del Estado pudiera imponerle ser reconocido por él. Porque cualquiera que sea la constitución de un gobierno, si hay un hombre que no esté sujeto a la ley, todos los demás están necesariamente sujetos a él (véase la nota 1)*; y si hay un

* [J]Rousseau quiso volver sobre algunas de sus ideas en adendas que llamó *notas*. En la presente edición, se indican entre paréntesis y se encuentran agrupadas al final del texto. Por otra parte, he decidido agregar notas de pie de página informativas que pueden resultar útiles para una mejor comprensión del *Discurso* (N. del T.).

líder nacional y otro líder extranjero, cualquiera que sea el reparto de autoridad que puedan hacer, es imposible que ambos sean bien obedecidos y que el Estado esté bien gobernado.

No hubiera querido vivir en una república de reciente institución, por buenas que fueran sus leyes, temiendo que, no conviniendo a los ciudadanos el gobierno, tal vez constituido de un modo distinto al necesario por el momento, o no conviniendo los ciudadanos al nuevo gobierno, el Estado quedase sujeto a quebranto y destrucción casi desde su nacimiento; pues sucede con la libertad como con los alimentos sólidos y suculentos o los vinos generosos, que son propios para nutrir y fortificar los temperamentos robustos a ellos habituados, pero que abruman, dañan y embriagan a los débiles y delicados que no están acostumbrados a ellos. Los pueblos, una vez habituados a los amos, no pueden deshacerse de ellos. Si intentan sacudir el yugo, se alejan tanto más de la libertad cuanto que, confundiendo con ella una licencia completamente opuesta, sus revoluciones los entregan casi siempre a seductores que no hacen sino recargar sus cadenas. El mismo pueblo romano, modelo de todos los pueblos libres, no se halló en situación de gobernarse a sí mismo al sacudir la

opresión de los Tarquinos¹. Envilecido por la esclavitud y los ignominiosos trabajos que estos le habían impuesto, el pueblo romano no fue al principio sino un populacho estúpido, que fue necesario conducir y gobernar con muchísima prudencia a fin de que, acostumbrándose poco a poco a respirar el aire saludable de la libertad, aquellas almas enervadas, o mejor dicho embrutecidas bajo la tiranía, fueran adquiriendo gradualmente aquella severidad de costumbres y aquella firmeza de carácter que hicieron del romano el más respetable de todos los pueblos.

Hubiera, pues, buscado para mi patria una feliz y tranquila república cuya antigüedad se perdiera, en cierto modo, en la noche de los tiempos; que no hubiese sufrido más alteraciones que las necesarias para revelar y arraigar en sus habitantes el valor y el amor a la patria, y donde los ciudadanos, de vieja data acostumbrados a una sabia independencia, no solamente fueran libres sino también dignos de serlo.

Hubiera querido una patria disuadida, por una feliz impotencia, del feroz espíritu de conquista, y a cubierto, por una posición todavía más afortunada, del temor a ser conquistada por otro Estado; una

1 Últimos reyes de Roma, antes de la institución de la República (siglo VI a. C.) (N. del T.).

ciudad libre, colocada entre varios pueblos que no tuvieran interés en invadirla, sino, al contrario, en impedir que la invadieran; una república, en fin, que no despertara la ambición de sus vecinos y que pudiese fundadamente contar con su ayuda en caso necesario. Por consiguiente, en tan feliz situación, nada habría de temer más que a sí misma; y si sus ciudadanos se ejercitaran en el uso de las armas, sería más para mantener en ellos ese ardor guerrero y ese firme valor que tan bien sientan a la libertad y alimentan su gusto que por la necesidad de participar en su propia defensa.

Hubiera buscado un país donde el derecho de legislar fuese común a todos los ciudadanos, porque ¿quién puede saber mejor que ellos mismos en qué condiciones les conviene vivir juntos, en una misma sociedad? Pero no hubiera aprobado plebiscitos semejantes a los usados por el pueblo romano, en el cual los jefes del Estado y los más interesados en su conservación estaban excluidos de las deliberaciones, de las que frecuentemente dependía la salud pública, y donde, por una absurda inconsecuencia, los magistrados estaban privados de los derechos de que disfrutaban los simples ciudadanos.

Al contrario, me hubiera gustado que, para acabar con los proyectos egoístas y mal concebidos, y con las

peligrosas innovaciones que finalmente destruyeron a los atenienses, no todo el mundo pudiera proponer leyes según sus propias fantasías; que estos lo usaran con tanta circunspección que el pueblo, por su parte, no fuera menos reservado para otorgar su consentimiento; y que la promulgación se hiciera con tanta solemnidad, que antes de que la constitución fuera alterada hubiera tiempo para convencerse de que es sobre todo la gran antigüedad de las leyes lo que las hace santas y venerables; que el pueblo menosprecia rápidamente las leyes que ve cambiar a diario, y que, acostumbrándose a descuidar las antiguas costumbres so pretexto de mejores usos, se introducen frecuentemente grandes males queriendo corregir otros menores.

Hubiera huido, sobre todo, por estar necesariamente mal gobernada, de una república donde el pueblo, creyendo poder prescindir de sus magistrados, o concediéndoles solo una autoridad precaria, se hubiera arrogado, con notoria imprudencia, la administración de sus asuntos civiles y la ejecución de sus propias leyes. Tal debió ser la grosera constitución de los primeros gobiernos al salir inmediatamente del estado de naturaleza; y ese fue uno de los vicios que llevaron a la ruina a la república de Atenas.

Pero hubiera elegido una república donde los particulares, contentándose con otorgar la sanción de las leyes y con decidir, constituidos en cuerpo y previo informe de los jefes, los asuntos públicos más importantes, establecieran Tribunales respetados, distinguieran con cuidado las diferentes jurisdicciones y eligieran anualmente, para administrar la justicia y gobernar el Estado, a los más capaces y a los más íntegros de sus conciudadanos; aquella donde, sirviendo de testimonio de la sabiduría del pueblo la virtud de los magistrados, unos y otros se honraran mutuamente, de suerte que si funestas desavenencias vinieran a turbar la concordia pública, hasta esos tiempos de ceguera y error quedaran marcados con testimonios de moderación, de estima recíproca, de un común respeto hacia las leyes, presagio y garantía de una reconciliación sincera y perpetua.

Tales son, magníficos, muy honorables y soberanos señores, las ventajas que hubiera deseado en la patria de mi elección. Y si la Providencia le hubiera añadido una ubicación encantadora, un clima moderado, una tierra fértil y el paisaje más delicioso que existiera bajo el cielo, solo habría deseado ya, para colmar mi ventura, poder gozar de todos esos bienes viviendo apaciblemente en dulce sociedad con mis conciudadanos y ejerciendo con ellos, a su ejemplo,

la humanidad, la amistad y todas las demás virtudes, para dejar tras de mí el honroso recuerdo de un hombre de bien y de un honesto y virtuoso patriota.

Si, menos afortunado o tardíamente lúcido, me hubiera visto obligado a terminar en otros climas una carrera lánguida y enfermiza, lamentando vanamente el reposo y la paz de que me había privado una imprudente juventud, hubiera alimentado en mi alma esos mismos sentimientos de los cuales no hubiera podido hacer uso en mi país, y, poseído por un afecto tierno y desinteresado hacia mis lejanos conciudadanos, les habría dirigido desde el fondo de mi corazón, poco más o menos, el siguiente discurso.

“Queridos conciudadanos, o mejor, hermanos míos, puesto que los lazos de sangre como las leyes nos unen a casi todos: dulce es para mí no poder pensar en ustedes sin pensar al mismo tiempo en todos los bienes de que disfrutan, y cuyo valor acaso nadie estima tanto como yo que los he perdido. Cuanto más reflexiono sobre su estado político y civil, más difícil me parece que la naturaleza de las cosas humanas pueda permitir la existencia de otro mejor. En todos los demás gobiernos, cuando se trata de asegurar el mayor bien del Estado, todo se limita siempre a proyectos abstractos o, cuando más, a meras posibilidades; pero ustedes, en cambio, que ya alcanzaron

su felicidad, no les queda más que disfrutarla, y para ser perfectamente felices solo necesitan conformarse con serlo. Su soberanía, conquistada o recobrada con la punta de la espada y conservada durante dos siglos a fuerza de valor y de prudencia, es por fin plena y universalmente reconocida. Honrosos tratados fijan sus límites, aseguran sus derechos y fortalecen su tranquilidad. Su Constitución es excelente, dictada por la razón más sublime y garantizada por potencias amigas y respetables; su Estado es tranquilo; no tienen guerras ni conquistadores que temer; no tienen otros amos que las sabias leyes que ustedes mismos han hecho, administradas por íntegros magistrados elegidos por ustedes mismos; no son ni demasiado ricos para perderse en la molicie y desperdiciar en vanos deleites el gusto de la verdadera felicidad y de las sólidas virtudes, ni demasiado pobres para que tengan necesidad de más auxilios de los que les procura su industria; y esa preciosa libertad, que no se mantiene en las grandes naciones sino a costa de exorbitantes impuestos, casi nada les cuesta conservarla.

¡Que dure por siempre, para dicha de sus conciudadanos y ejemplo de los pueblos, una república tan sabia y afortunadamente constituida! He aquí el único voto que tienen que hacer, el único cuidado que les queda por tener. En adelante les incumbe

no el hacerse a su felicidad —sus antepasados les han evitado ese trabajo— sino el conservarla duraderamente haciendo un uso sensato de ella. De su unión perpetua, de su obediencia a las leyes y de su respeto a sus ministros depende su conservación. Si pervive entre ustedes el menor germen de acritud o desconfianza, apresúrense a destruirlo como levadura funesta de donde resultarían tarde o temprano sus desgracias y la ruina del Estado. Los invito a replegarse en el fondo de su corazón y a consultar la voz secreta de su conciencia. ¿Conoce alguno de ustedes en el mundo un cuerpo más íntegro, más esclarecido, más respetable que su magistratura? ¿No dan todos sus miembros ejemplo de moderación, de sencillez de costumbres, de respeto a las leyes y de la más sincera armonía? Otorguen, pues, sin reservas a tan discretos jefes, la saludable confianza que la razón debe a la virtud; piensen que ustedes los han elegido, que justifican su elección y que los honores debidos a quienes han investido de dignidad recaen necesariamente sobre ustedes mismos. Ninguno de ustedes es tan poco ilustrado como para ignorar que donde se extingue el vigor de las leyes y la autoridad de sus defensores no puede haber ni seguridad ni libertad para nadie.

¿De qué se trata, pues, para ustedes, si no de hacer de buen grado y con justa confianza lo que estarían siempre obligados a hacer por conveniencia, por deber y por sensatez? Que una reprochable y siniestra indiferencia por el mantenimiento de la Constitución no les haga descuidar nunca las sabias advertencias de los más esclarecidos y de los más discretos, y que en su lugar la equidad, la moderación, la firmeza más respetuosa sigan regulando sus pasos y los conviertan en ejemplo para el mundo de altivez y modestia, presentándolos como un pueblo tan celoso de su gloria como de su libertad. Absténganse sobre todo, y este será mi último consejo, de escuchar perniciosas interpretaciones y discursos envenenados, cuyos móviles secretos son frecuentemente más peligrosos que las acciones mismas. Una casa entera se despierta sobresaltada con los primeros ladridos de un buen y fiel guardián que solo ladra cuando se aproximan los ladrones; pero todos odian la impertinencia de esos ruidosos animales que turban sin cesar el reposo público y cuyas advertencias continuas y fuera de lugar no se oyen precisamente cuando son necesarias.

Y ustedes, magníficos y honorabilísimos señores; ustedes, dignos y respetables magistrados de un pueblo libre, permítanme que les ofrezca en particular mis respetos y atenciones. Si existe en el mundo un

rango que pueda enaltecer a quienes lo ocupen, es, sin duda, el que dan el talento y la virtud, aquel de que se han hecho dignos y al cual los han elevado sus conciudadanos. El mérito de ellos añade al suyo un nuevo brillo, y, elegidos por hombres capaces de gobernar a otros para que los gobiernen a ellos mismos, los considero por encima de los demás magistrados, los considero un pueblo libre. Y por eso, el pueblo que tienen el honor de dirigir se halla, por sus luces y su razón, por encima del populacho de los otros Estados.

Permítanme citar un ejemplo del que debieran quedar más firmes huellas y que siempre vivirá en mi corazón. Siempre recuerdo con la más dulce emoción al virtuoso ciudadano que me dio la vida y que aleccionó a menudo mi infancia con el respeto que debía guardar hacia ustedes. Aun lo veo viviendo del trabajo de sus manos y alimentando su alma con las verdades más sublimes. Delante de él, mezclados con las herramientas de su oficio, veo a Tácito, a Plutarco y a Grocio. Veo a su lado a un hijo amado recibiendo con poco fruto las tiernas enseñanzas del mejor de los padres. Pero si los extravíos de una loca juventud me hicieron olvidar un tiempo sus sabias lecciones, al fin tengo la dicha de experimentar que, por grande que sea la inclinación hacia el vicio, es

difícil que una educación en la cual interviene el corazón se pierda para siempre.

Así son, magníficos y honorabilísimos señores, los ciudadanos y aun los simples habitantes nacidos en el Estado que gobiernan; así son esos hombres instruidos y sensatos sobre los cuales, bajo el nombre de obreros y de pueblo, se tienen en las otras naciones ideas tan bajas y tan falsas. Mi padre, lo confieso con alegría, no ocupaba entre sus conciudadanos un lugar distinguido; era lo que todos son, y tal como era, no hay país en que no hubiese sido solicitado y cultivado su trato, y aun con fruto, por las personas más honorables. No me incumbe, y gracias al cielo no es necesario, hablar de la consideración que de ustedes pueden esperar hombres de semejante excelencia, sus iguales por la educación y por los derechos de su nacimiento y de la naturaleza; o los inferiores por voluntad, porque prefirieron acatar sus merecimientos, preferencia por la cual ustedes les deben una especie de agradecimiento. Veo, con viva satisfacción, con cuánta moderación y condescendencia exhiben ante ellos la gravedad propia de los ministros de las leyes, cómo les devuelven en estima y consideración la obediencia y el respeto que ellos les expresan; conducta llena de justicia y sabiduría, adecuada para alejar cada vez más el recuerdo de

dolorosos acontecimientos que es preciso olvidar para no volverlos a ver nunca;² conducta tanto más discreta cuanto que ese pueblo justo y generoso se complace en su deber y ama naturalmente honrarlos, pues los más fogosos en mantener sus derechos son los más inclinados a respetar los suyos.

No debería sorprender que los jefes de una sociedad civil amen la gloria y la felicidad; pero ya es bastante para la tranquilidad de los hombres que aquellos que se consideran como magistrados o, más bien, como señores de una patria más santa y sublime, den pruebas de algún amor a la patria terrenal que los alimenta. ¡Qué dulce es para mí señalar en nuestro favor una excepción tan rara y colocar en el rango de nuestros ciudadanos más excelentes a esos celosos depositarios de los dogmas sagrados autorizados por las leyes, a esos venerables pastores de almas, cuya viva y suave elocuencia hace penetrar tanto mejor en los corazones las máximas del Evangelio, cuanto que ellos mismos empiezan por ponerlas en práctica! Todo el mundo sabe con cuánto éxito se cultiva en Ginebra el gran arte de la elocuencia sagrada. Pero hartos habituados a oír predicar de un modo y ver

2 Alusión a los conflictos entre demócratas y oligarcas en Ginebra comenzando el siglo XVIII (N. del T.).

practicar de otro, pocas gentes saben hasta qué punto reinan en nuestro cuerpo sacerdotal el espíritu del cristianismo, la santidad de las costumbres, la severidad consigo mismo y la dulzura con los demás. Tal vez le esté reservado a la ciudad de Ginebra presentar el ejemplo edificante de una unión tan perfecta en una sociedad de teólogos y de gentes de letras. Sobre su sabiduría y su moderación, sobre su celoso cuidado por la prosperidad del Estado fundamento en gran parte la esperanza de su eterna tranquilidad, y, sintiendo un placer mezclado de asombro y de respeto, observo cuánto horror manifiestan ante las máximas espantosas de esos hombres sagrados y bárbaros —de los cuales la Historia ofrece más de un ejemplo— que, para sostener los pretendidos derechos de Dios, es decir, sus propios intereses, eran tanto menos avaros de sangre humana cuanto más se envanecían de que la suya sería siempre respetada.

¿Podía olvidar esa encantadora mitad de la República que hace la felicidad de la otra y cuya dulzura y prudencia mantienen la paz y las buenas costumbres?³ Amables y virtuosas ciudadanas: el sino de su sexo será siempre gobernar el nuestro.

3 Rousseau se refiere aquí a las mujeres, que no tenían estatuto de ciudadanía (N. del T.).

¡Bienaventurados cuando su casto poder, ejercido solamente en la unión conyugal, participa de la gloria del Estado y a favor del bienestar público! Así es como gobernaban las mujeres de Esparta, y así merecen ustedes gobernar Ginebra. ¿Qué hombre bárbaro podría resistir a la voz del honor y de la razón en boca de una tierna esposa? ¿Y quién no despreciaría un vano lujo viendo la sencillez y modestia de su compostura, que parece ser, por el brillo que recibe de ustedes, la más favorable a la hermosura? A ustedes les corresponde mantener vivo siempre, por su amable o inocente imperio y su espíritu insinuante, el amor de las leyes en el Estado y la concordia entre los ciudadanos; unir por medio de afortunados matrimonios las familias divididas, y, sobre todo, corregir con la persuasiva dulzura de sus lecciones y la gracia sencilla de su trato las extravagancias que nuestros jóvenes aprenden en el extranjero, de donde, en lugar de tantas cosas que podrían aprovecharles, solo traen consigo, con un tono pueril y ridículos aires aprendidos entre mujeres perdidas, la admiración de no sé qué grandezas, frívolo trasunto de la servidumbre que no valdrá nunca tanto como la augusta libertad. Permanezcan, pues, siempre iguales: castas guardadoras de las costumbres y de los dulces vínculos de la paz, y continúen haciendo

valer en toda ocasión los derechos del corazón y de la naturaleza en beneficio del deber y de la virtud.

Me enorgullezco de no ser desmentido por la realidad cuando fundo en tales garantías la esperanza de la felicidad común de los ciudadanos y la gloria de la república. Confieso que, aún con todas esas ventajas, no brillará con el resplandor que suele encandilar los ojos de casi todo el mundo, y cuya predilección pueril y funesta es el mayor y mortal enemigo de la felicidad y de la libertad. Que la juventud disoluta vaya a buscar en otras partes los placeres fáciles y los largos arrepentimientos; que las pretendidas personas de buen gusto admiren en otros lugares la grandeza de los palacios, la belleza de los aparatos, los soberbios ajuares, la pompa de los espectáculos y todos los refinamientos de la molición y el lujo. En Ginebra solo se hallarán hombres; sin embargo, este espectáculo también tiene su precio, y aquellos que lo busquen serán equivalentes a los admiradores de esas otras cosas.

Dígnense, magníficos, muy honorables y soberanos señores, recibir todos con igual bondad el respetuoso testimonio del interés que tengo en su prosperidad. Si por desgracia resultara culpable de algún arrebató indiscreto en esta viva efusión de mi corazón, les suplico que lo disculpen por gracia del

tierno afecto de un verdadero patriota y al celo ardoroso y legítimo de un hombre que no aspira a mayor felicidad para sí que la de ver a los demás dichosos.

Soy, con el más profundo respeto, magníficos, muy honorables y soberanos señores, su muy humilde y muy obediente servidor y conciudadano,

J. J. ROUSSEAU

Chambéry, 12 de junio de 1754»

PREFACIO

El conocimiento del hombre me parece el más útil y el menos adelantado de todos los conocimientos humanos (véase la nota 2), y me atrevo a decir que la inscripción del templo de Delfos contenía por sí sola un precepto más importante y más difícil que todos los gruesos volúmenes de los moralistas. Así, considero el asunto de este DISCURSO como una de las cuestiones más interesantes que la filosofía pueda proponer a la meditación, y, desgraciadamente para nosotros, como uno de los problemas más espinosos que hayan de resolver los filósofos; porque ¿cómo conocer el origen de la desigualdad entre los hombres si no se empieza por conocer a los hombres mismos? ¿Y cómo podrá llegar el hombre a verse tal como lo ha formado la naturaleza, a través de todos los cambios que la sucesión de los tiempos y de las cosas ha debido producir en su constitución original, y a distinguir lo que tiene de su propio fondo de lo que las circunstancias y sus progresos han cambiado o añadido a su estado primitivo? Semejante a la estatua de Glaucos, que el tiempo, el mar y las tempestades

habían desfigurado de tal modo que menos se parecía a un dios que a una bestia salvaje, el alma humana, modificada en el seno de la sociedad por mil causas que renacen sin cesar, por la adquisición de una multitud de conocimientos y de errores, por las transformaciones ocurridas en la constitución de los cuerpos y por el continuo choque de las pasiones, ha cambiado, por así decir, de apariencia, hasta el punto de que apenas puede ser reconocida, y no se encuentra ya, en lugar de un ser obrando siempre conforme a principios ciertos e invariables, en lugar de la celestial y majestuosa simplicidad de que su Autor la había dotado, sino el disforme contraste de la pasión que cree razonar y del entendimiento entregado al delirio.

Pero lo más cruel es que todos los progresos de la especie humana la alejan sin cesar del estado primitivo; cuantos más conocimientos nuevos acumulamos, más nos privamos de los medios de adquirir el más importante de todos. Hasta cierto punto, estudiar al hombre nos ha puesto en la imposibilidad de conocerlo.

Es fácil advertir que es en estos cambios de la constitución humana donde se debe buscar el primer origen de las diferencias que separan a los hombres, los cuales, por común testimonio, son naturalmente tan iguales entre sí como lo eran los animales de

cada especie antes de que diferentes causas físicas introdujeran en algunas las variaciones que en ellas observamos. No es concebible, en efecto, que esos primeros cambios, de cualquier modo que hayan ocurrido, hayan cambiado a la vez y de semejante manera a todos los individuos de la especie, sino que, habiéndose perfeccionado o degenerado unos, y habiendo adquirido cualidades diversas, buenas o malas, que no eran inherentes a su naturaleza los otros, permanecieron más tiempo en su estado original; y tal fue entre los hombres la fuente primera de la desigualdad, que es mucho más fácil demostrarla así, en general, que señalar con precisión las verdaderas causas.

No piensen por esto mis lectores que presumo de haber visto lo que me parece tan difícil de ver. Apenas he intentado algunos razonamientos, he aventurado algunas conjeturas, pero menos con la esperanza de resolver la cuestión que con la intención de aclararla y reducirla a su verdadero estado. Otros podrán fácilmente ir más lejos por el mismo camino, sin que a nadie le sea fácil llegar a su término; pues no es menor la empresa distinguir lo que hay de original y lo que hay de artificial en la naturaleza actual del hombre, y conocer bien su estado, que no existe ya, que acaso no ha existido y que probablemente

nunca existirá, pero del cual es necesario tener justas nociones para juzgar acertadamente nuestro estado presente. Haría falta más filosofía de lo que se piensa a quien emprendiera la tarea de determinar exactamente las precauciones necesarias para hacer observaciones atinadas sobre este asunto; y no me parecería indigna de los Aristóteles y Plinios de nuestro siglo dar solución al problema siguiente: *¿Qué experimentos serían necesarias para llegar a conocer al hombre natural, y cuáles son los medios de hacer estos experimentos en el seno de la sociedad?* Lejos de emprender la solución de este problema, me atrevo a responder por anticipado, después de haber meditado bastante sobre esta cuestión, que los más grandes filósofos no serían capaces de dirigir esos experimentos, ni los más poderosos soberanos para ponerlos en práctica. Por lo demás, no es razonable esperar su eventual concurso en este proyecto, pensando sobre todo en la perseverancia y la buena voluntad que se requieren para que tales experimentos lleguen a buen término.

Estas investigaciones, tan difíciles de hacer y en las cuales tan poco se ha pensado hasta ahora, son, sin embargo, los únicos medios que nos quedan para resolver una gran cantidad de dificultades que nos impiden el conocimiento de los fundamentos reales de la sociedad humana. Es esta ignorancia de la

naturaleza del hombre lo que produce tanta incertidumbre y obscuridad sobre la verdadera definición del derecho natural, pues la idea del derecho, dice Burlamaqui⁴, y más aún la del derecho natural, son a todas luces relativas a la naturaleza del hombre. Por consiguiente, afirma, de esta misma naturaleza del hombre, de su constitución y de su estado, es necesario deducir los principios de esa ciencia.

No sin sorpresa y escándalo se observa el desacuerdo que reina sobre esta importante materia entre los diversos autores que de ella han tratado. Entre los escritores más serios, apenas dos que manifiestan la misma opinión sobre este punto. Sin hablar de los filósofos antiguos, que parece se empeñaron en la tarea de contradecirse unos a otros sobre los principios más fundamentales, los jurisconsultos romanos someten indistintamente el hombre y los demás animales a la misma ley natural, porque consideran bajo ese nombre la ley que la naturaleza se impone a sí misma que la prescrita por ella, o más bien a causa de la particular acepción con que interpretan esos jurisconsultos la palabra ley, que al parecer han tomado como expresión de las relaciones generales

4 Jurista suizo (1694-1748), autor de un *Principio del derecho natural* (1717) N. del T.).

establecidas por la naturaleza entre todos los seres animados para su conservación. Los modernos, reconociendo solamente bajo el nombre de ley una regla prescrita a un ser moral, es decir, inteligente, libre y considerado en sus relaciones con otros seres semejantes, limitan consiguientemente la competencia de la ley natural tan solo al animal dotado de razón, es decir, al hombre. Pero como cada uno define esta ley a su modo y la fundamenta sobre principios en extremo metafísicos, ocurre que, aun entre nosotros, pocos se hallan en disposición de comprender esos principios, incapaces de poder encontrarlos por sí mismos. De suerte que todas las definiciones de esos hombres sabios, por otra parte en perenne contradicción recíproca, convienen solamente en una cosa: que es imposible comprender la ley natural, y por consiguiente obedecerla, sin ser un grandísimo razonador y un profundo metafísico; lo cual significa precisamente que los hombres han debido emplear para la constitución de la sociedad conocimientos que se desarrollan trabajosamente, y entre pocas personas, en el seno de la sociedad misma.

Conociendo tan poco la naturaleza y discrepando tanto sobre el sentido de la palabra ley, sería difícil convenir en una buena definición de la ley natural. He aquí por qué las definiciones que se hallan en

los libros, además del defecto de no ser uniformes, tienen el de ser deducidas de diversos conocimientos que los hombres no poseen naturalmente y de una superioridad que no han podido concebir sino después de haber salido del estado natural. Así, se suele comenzar por buscar aquellas reglas que, por la utilidad común, serían buenas para que los hombres las reconocieran, y al conjunto de estas reglas se le da el nombre de ley natural, sin otra prueba que el bien que se supone resultaría de su aplicación universal. He aquí un sistema sumamente cómodo de componer definiciones y de explicar la naturaleza de las cosas por conveniencias casi arbitrarias.

Pero en tanto no conozcamos al hombre natural, es vano que pretendamos determinar la ley que ha recibido o la que mejor conviene a su estado. Lo único que podemos ver muy claramente a propósito de esta ley es que no solo es necesario, para que sea ley, que la voluntad de aquel a quien obliga pueda someterse con conocimiento, sino que además es preciso, para que sea ley natural, que se exprese a través de ella la naturaleza misma.

Dejando entonces de lado todos los libros científicos, que solo nos enseñan a ver a los hombres tal como ellos se han ido formando, y meditando sobre las primeras y más simples operaciones del alma humana,

creo advertir dos principios anteriores a la razón: el primero nos conduce a alcanzar nuestro bienestar y nuestra supervivencia; el segundo nos inspira una repugnancia natural cuando vemos sufrir o perecer a cualquier ser sensible, principalmente a nuestros semejantes. Del concurso y de la combinación que nuestro espíritu sepa hacer de esos dos principios, sin que sea necesario añadir el de la sociabilidad, me parece que se derivan todas las reglas del derecho natural, reglas que la razón se ve en la necesidad de establecer sobre otros fundamentos cuando ha logrado, por sucesivos desarrollos, sofocar la naturaleza.

De este modo, no es necesario hacer del hombre un filósofo antes de hacer de él un hombre. Sus deberes hacia sus semejantes no le son dictados únicamente por las tardías lecciones de la sabiduría. Mientras no resista a los íntimos impulsos de la conmiseración, nunca hará mal alguno a otro hombre, ni aun a cualquier ser sensible, salvo el legítimo caso en que, hallándose comprometida su propia conservación, se vea forzado a darse a sí mismo la preferencia. De esta manera se acaban las antiguas controversias sobre la participación de los animales en la ley natural; pues es claro que, hallándose privados de entendimiento y de libertad, no pueden reconocer esta ley; pero, participando en cierto modo de nuestra naturaleza por la

sensibilidad de que se hallan dotados, hay que pensar que también deben participar del derecho natural y que el hombre tiene hacia ellos algunas obligaciones. Parece ser, en efecto, que si estoy obligado a no hacer ningún mal a mis semejantes, es menos por su condición de seres razonables que por su cualidad de seres sensibles, cualidad que, siendo común al animal y al hombre, debe al menos darle a aquel el derecho de no ser maltratado inútilmente por este.

Este mismo estudio del hombre original, de sus necesidades verdaderas y de los principios fundamentales de sus deberes, es el único medio adecuado que pueda emplearse para resolver las muchas dificultades que se presentan sobre el origen de la desigualdad moral, sobre los verdaderos fundamentos del cuerpo político, sobre los derechos recíprocos de sus miembros y sobre otras mil cuestiones parecidas, tan importantes como poco dilucidadas.

Al considerar la sociedad humana con una mirada tranquila y desinteresada, se presenta de entrada la violencia de los fuertes y la opresión de los débiles. El espíritu se subleva entonces contra la dureza de los unos o deplora la ceguera de los otros; y como nada hay de tan poca estabilidad entre los hombres como esas relaciones exteriores llamadas debilidad o poderío, riqueza o pobreza, producidas más frecuentemente

por el azar que por la sensatez, parecen las instituciones humanas, a primera vista, fundadas sobre arena movediza; solo examinándolas de cerca, luego de apartar el polvo y la arena que rodean el edificio, se advierte la base indestructible sobre la que se alza y se aprende a respetar sus fundamentos. Ahora bien, sin un estudio serio del hombre, de sus facultades naturales y de sus desenvolvimientos sucesivos, no le llegará nunca a hacer esa diferenciación y a distinguir en el actual estado de las cosas lo que ha hecho la voluntad divina y lo que el arte humano ha pretendido hacer.

Las investigaciones políticas y morales que se siguen de la cuestión que intento examinar son útiles de cualquier modo, y la historia hipotética de los gobiernos es para el hombre una lección instructiva desde todo punto de vista. Considerando lo que hubiéramos llegado a ser abandonados a nosotros mismos, debemos aprender a bendecir a aquel cuya mano bienhechora, corrigiendo nuestras instituciones y dándoles un fundamento indestructible, ha prevenido los desórdenes que habrían de resultar, haciendo nacer nuestra felicidad con los mismos medios que parecían condenarnos a la miseria.

*Quem te Deus esse Jussit, et humana qua parte
locatus es in re, Disce⁵.*

PERSIO, SÁT. III, V. 71.

5 “Aprende qué es lo que Dios quería que fueras y cuál es tu lugar en el mundo de los hombres” (N. del T.).

DISCURSO SOBRE EL ORIGEN
Y FUNDAMENTOS DE LA
DESIGUALDAD ENTRE LOS
HOMBRES. CUESTIÓN PROPUESTA
POR LA ACADEMIA DE DIJON

¿CUÁL ES EL ORIGEN DE LA DESIGUALDAD
ENTRE LOS HOMBRES?

¿ESTÁ DICHA DESIGUALDAD AVALADA POR
LA LEY NATURAL?

NOTA DE ADVERTENCIA

Siguiendo mi perezosa costumbre de trabajar a ratos perdidos, he añadido algunas notas a esta obra. Estas notas se apartan bastante del asunto algunas veces, por lo cual

no son a propósito para ser leídas al mismo tiempo que el texto. Por esta razón las he relegado al final del Discurso, en el cual he procurado seguir del mejor modo posible el camino más recto. Quienes tengan el valor de empezar por segunda vez la lectura pueden entretenerse en distraer su atención hacia las notas, intentando una ojeada sobre ellas. En cuanto a los demás poco se perdería si no las leyesen.

Voy a hablar del hombre, y el asunto que examino me indica que voy a hablarle a hombres, pues solo se proponen semejantes cuestiones cuando no se teme honrar la verdad. Defenderé, pues, lleno de confianza, la causa de la humanidad ante los sabios que me invitan, y no quedaré descontento de mí mismo si consigo ser digno de mi objeto y de mis jueces.

Advierto en la especie humana dos clases de desigualdades: una, que llamo natural o física porque ha sido instituida por la naturaleza, y que consiste en las diferencias de edad, de salud, de las fuerzas del cuerpo y de las cualidades del espíritu o del alma; otra, que puede llamarse desigualdad moral o política porque depende de una especie de convención y porque ha sido establecida, o al menos autorizada, con el consentimiento de los hombres. Esta consiste en los diferentes privilegios de que algunos disfrutan en perjuicio de otros, como el ser más ricos, más respetados, más poderosos o, incluso, hacerse obedecer.

No cabe preguntarse cuál es la fuente de la desigualdad natural porque la respuesta se encontraría enunciada ya en la simple definición de la palabra. Menos aún deberá investigarse si no habría alguna relación esencial entre una y otra desigualdad, pues esto equivaldría a preguntar en otros términos si los que mandan son necesariamente mejores que lo que obedecen, y si la fuerza del cuerpo o del espíritu, la sabiduría o la virtud, son en los individuos proporcionales con su poder o su riqueza. Se trata de una cuestión legítima para ser discutida entre esclavos y amos, pero que no conviene a hombres razonables y libres que buscan la verdad.

¿De qué trata, pues, exactamente, este DISCURSO? De señalar, en el progreso de las cosas, el momento en que, sucediendo el derecho a la violencia, la naturaleza quedó sometida a la ley; de explicar por qué encadenamiento de prodigios pudo el fuerte decidirse a servir al débil y el pueblo a obtener una calma imaginaria a cambio de una felicidad real.

Los filósofos que han examinado los fundamentos de la sociedad han comprendido la necesidad de retrotraer la investigación al estado de naturaleza, pero ninguno de ellos ha llegado a tal punto. Algunos no han titubeado en suponer que el hombre, en tal estado, reconoce la noción de justo e injusto, sin cuidarse de

probar que debiera disponer de dicha noción ni aun que le fuera necesaria. Otros han hablado del derecho natural que tiene cada cual de conservar lo que le pertenece, sin explicar qué entendían por pertenecer. Otros, atribuyendo al más fuerte la autoridad sobre el más débil, han derivado el gobierno, sin pensar en el tiempo que debió transcurrir antes de que el sentido de las palabras autoridad y gobierno pudiera existir entre los hombres. Todos, en fin, hablando sin cesar de necesidad, de codicia, de opresión, de deseo y de orgullo, han transferido al estado de naturaleza ideas tomadas de la sociedad: hablaron del hombre salvaje describiendo al hombre civilizado. Ni siquiera asomó, en la mente de la mayor parte de nuestros filósofos, la duda de que hubiera existido el estado natural, cuando es evidente, por la lectura de los libros sagrados, que el primer hombre, habiendo recibido directamente de Dios reglas y entendimiento, no se hallaba por consiguiente en ese estado, y que, concediéndose a las escrituras de Moisés la fe que les debe todo filósofo cristiano, debe negarse que, aun antes del diluvio, se hayan encontrado nunca los hombres en el puro estado natural, a menos que no hubieran recaído en él, paradoja muy difícil de defender y completamente imposible de probar.

Empecemos, entonces, por descartar todos los hechos que no se relacionen directamente con la cuestión. No hay que tomar por verdades históricas las investigaciones que puedan emprenderse sobre este asunto sino solamente por razonamientos hipotéticos y condicionales, más adecuados para esclarecer la naturaleza de las cosas que para demostrar su verdadero origen y similares a los que hacen a diario nuestros físicos sobre la formación del mundo. La religión nos ordena creer que, habiendo Dios mismo sacado a los hombres del estado natural inmediatamente después de la creación, son desiguales porque Él ha querido que lo sean; pero no nos prohíbe hacer conjeturas derivadas únicamente de la naturaleza del hombre y de los animales que lo rodean acerca de lo que habría sido el género humano si hubiera quedado abandonado a su propia suerte. He aquí lo que se me pide y lo que yo me propongo examinar en este *discurso*. Como esta materia abarca al hombre en general, intentaré emplear un lenguaje adecuado para todas las naciones, o mejor, olvidaré los tiempos y los lugares para no pensar solamente en los hombres que me escuchan; imaginaré que estoy en el Liceo de Atenas repitiendo las lecciones de mis maestros, teniendo por jueces a Platón y a Jenócrates, y al género humano por auditorio.

¡Oh tú, hombre, de cualquier rincón que seas, cualesquiera que sean tus opiniones, escucha! He aquí tu historia tal como he creído leerla no en los libros de tus semejantes, que son mendaces, sino en la naturaleza, que jamás miente. Todo lo que provenga de ella será verdadero; solo será falso lo que yo haya puesto de mi parte inadvertidamente. Los tiempos de que voy a hablar están muy lejos ya. ¡Cuánto has cambiado! Por así decir, es la vida de tu especie la que voy a describirte, según las cualidades que has recibido, que tu educación y tus costumbres han podido viciar pero no destruir. Hay, entiendo, una edad en la cual quisiera detenerse el hombre individual; tú buscarás la edad en que desearías se hubiese detenido tu especie. Disgustado con tu estado presente por razones que anuncian a tu posteridad desdichada desazones todavía más grandes, tal vez desearías poder retroceder; este sentimiento debe servir de elogio a tus primeros antepasados, de crítica a tus contemporáneos y de espanto para aquellos que tengan la desgracia de vivir después que tú.

PRIMERA PARTE

POR IMPORTANTE QUE SEA, PARA juzgar el estado natural del hombre, considerarlo desde su origen y examinarlo, por así decir, en el primer embrión de la especie, no seguiré su organización a través de sus desarrollos sucesivos ni me detendré a buscar en el sistema animal lo que haya podido ser al principio para llegar por último a lo que es. No examinaré si, como piensa Aristóteles, sus prolongadas uñas fueron al principio garras curvadas; si era velludo como un oso, y si, caminando en cuatro (véase la nota 3), en su mirada dirigida hacia el piso y reducida al horizonte de unos cuantos pasos, no se reducían también el carácter y los límites de sus ideas. No podría hacer sobre esta materia sino conjeturas vagas y casi imaginarias. La anatomía comparada no ha hecho todavía suficientes progresos y las observaciones de los naturalistas son

aún demasiado inciertas para establecer, sobre sus fundamentos, la base de un razonamiento sólido; de suerte que, sin recurrir a los conocimientos naturales que poseemos sobre este punto, sin atender a los cambios que ha sufrido la conformación interna y externa del hombre a medida que aplicaba sus miembros a nuevos usos y se nutría con nuevos alimentos, voy a suponerlo constituido desde siempre como lo veo hoy en día: andando en dos pies, sirviéndose de sus manos como nosotros de las nuestras y midiendo con la mirada la infinita extensión del cielo.

Despojando a este ser de todos los dones sobrenaturales que haya podido recibir y de todas las facultades artificiales que ha adquirido mediante largos progresos; considerándolo, en una palabra, tal como ha debido salir de manos de la naturaleza, veo un animal menos fuerte que algunos, menos ágil que otros, pero, en conjunto, más organizado que todos; lo veo saciándose bajo una encina, aplacando su sed en el primer arroyo y hallando su lecho al pie del mismo árbol que le ha proporcionado el alimento, y satisfaciendo así sus necesidades.

La tierra, entregada a su fertilidad natural (véase la nota 4) y cubierta de bosques inmensos, nunca mutilados por el hacha, ofrece a cada paso despensas y retiros a los animales de toda especie. Dispersos entre

ellos, los hombres observan e imitan sus actividades, elevándose así hasta el instinto de las bestias, con la ventaja de que, si cada especie solo posee el suyo propio, el hombre, no teniendo acaso ninguno que le pertenezca solo a él, se los apropia todos, nutriéndose igualmente con la mayor parte de los alimentos (véase la nota 5) que los otros animales se disputan y encontrando su subsistencia, por consiguiente, con mayor facilidad que todos ellos.

Acostumbrados desde la infancia a la intemperie del tiempo y al rigor de las estaciones, ejercitados en la fatiga y forzados a defender desnudos y sin armas su vida y su presa contra bestias feroces, o a escapar de ellas corriendo, los hombres formaron un temperamento rudo y casi inalterable; los hijos, viniendo al mundo con la excelente constitución de sus padres y fortificándola con los mismos ejercicios que la habían producido, adquieren de ese modo todo el vigor de que es capaz la especie humana. La naturaleza procede con ellos precisamente como la ley de Esparta con los hijos de los ciudadanos: hace fuertes y robustos a los bien constituidos y deja perecer a todos los demás, a diferencia de nuestras sociedades donde el Estado, haciendo que los hijos sean onerosos para los padres, los mata indiscriminadamente desde antes de su nacimiento.

Siendo el cuerpo del hombre salvaje su único instrumento, lo emplea en usos diversos; usos de que son incapaces los nuestros por falta de ejercicio, pues nuestras actividades nos arrebatan la agilidad y la fuerza que la necesidad obligaba al hombre salvaje a adquirir. Si hubiera tenido hacha, ¿habría roto con el puño tan fuertes ramas? Si hubiese tenido honda, ¿lanzaría tan lejos las piedras con el brazo? Si hubiera tenido escalera, ¿treparía con tanta ligereza los árboles? Si hubiera tenido caballos, ¿sería tan rápido en la carrera? Si se le diera al hombre civilizado el tiempo necesario para reunir todas esas máquinas, con toda seguridad superaría fácilmente al hombre salvaje. Pero si quisiéramos ver un combate aún más desigual, habría que ponerlos desnudos y desarmados frente a frente, y pronto se reconocería cuáles son las ventajas de tener continuamente a su disposición todas sus fuerzas, de estar siempre preparado para cualquier contingencia y de disponer de sí mismo, por así decirlo, por completo (véase la nota 6).

Hobbes afirma que el hombre es naturalmente intrépido y ama solo el ataque y el combate. Un filósofo ilustre⁶ piensa, al contrario, y Cumberland y

6 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, Libro I, capítulo II (N. del T.).

Puffendorf así lo aseguran, que nada hay tan tímido como el hombre en el estado natural, y que se halla siempre atemorizado y presto a huir al menor ruido que oiga y al menor movimiento que perciba. Acaso suceda así por lo que se refiere a los objetos que no conoce, y no dudo que no quede aterrado ante los nuevos espectáculos que se ofrecen a su vista cuando no puede discernir el bien y el mal físicos que de ellos debe esperar, ni comparar sus fuerzas con los peligros que tiene que correr; circunstancias raras en el estado de naturaleza, en el cual todas las cosas marchan de modo tan uniforme y en el que la faz de la tierra no está sujeta a esos cambios bruscos y continuos que en ella causan las pasiones y la inconstancia de los pueblos reunidos. Pero el hombre salvaje, viviendo disperso entre los animales y encontrándose desde entonces en situaciones de medirse con ellos, hace de inmediato la comparación, y viendo que si ellos le exceden en fuerza él los supera en destreza, deja de temerles. Pongan a un oso o a un lobo en lucha con un salvaje robusto, ágil e intrépido como lo son todos, armado de piedras y de un buen palo, y verán que el peligro será cuando menos recíproco, y que después de muchas experiencias parecidas, las bestias feroces, que no aman atacarse unas a otras, atacarán con pocas ganas al hombre, al que encontrarán

tan feroz como ellas. Con respecto a los animales que tienen realmente más fuerza que él destreza, el hombre salvaje se encuentra frente a ellos en la misma situación de otras especies más débiles que no por eso dejan de subsistir, y con la ventaja para el hombre de que, no menos ágil que aquellos para correr y hallando en los árboles refugio casi seguro, puede en todas partes afrontarlos o no, teniendo la elección de la huida o de la lucha. Añadamos que al parecer ningún animal le hace espontáneamente la guerra al hombre, salvo en caso de defensa propia o de hambre extrema, ni manifiesta contra él esas violentas antipatías que parecen revelar que ciertas especies han sido destinadas por la naturaleza a servir de alimento a las demás.

Otros enemigos más temibles, contra los cuales no tiene el hombre los mismos medios de defensa, son los padecimientos naturales: la infancia, la vejez y las enfermedades de toda suerte, tristes signos de nuestra debilidad y de los cuales los dos primeros son comunes a todos los animales, mientras que el último es propio principalmente del hombre que vive en sociedad. Hasta observo, a propósito de la infancia, que la madre, llevando consigo a todas partes a su hijo, tiene mucha más facilidad para alimentarlos que las hembras de diversos animales, forzadas a ir y venir

continua y fatigosamente, de un lado, para buscar su alimento; de otro, para amamantar o alimentar a sus crías. Es verdad que si la mujer perece, el niño corre bastante riesgo de perecer con ella; pero este mismo peligro es común a otras cien especies, cuyos cachorros no se hallan por largo tiempo en situación de buscar por sí mismos su alimento; y si la infancia es entre nosotros más larga, siendo la vida más larga también, todo viene a ser poco más o menos igual en este punto (véase la nota 7), aunque haya sobre la duración de la primera edad y el número de crías otras reglas que no entran en mi objeto de estudio (véase la nota 8). Entre los viejos, que actúan y transpiran poco, la necesidad de alimentos disminuye con la facultad de adquirirlos, y como la vida salvaje aleja de ellos la gota y los reumatismos, y como la vejez es de todos los males el que menos alivio puede esperar de la ayuda humana, terminan por extinguirse sin que se advierta que perecen, y casi sin que se den cuenta ellos mismos.

Respecto de las enfermedades, no repetiré las vanas y falsas declamaciones de las personas de buena salud contra la medicina; simplemente pregunto si se puede probar, con alguna observación sólida, que la vida media del hombre es más corta en aquellos países donde ese arte se descuida que donde es cultivado con

atención. ¿Cómo podría ser, si nosotros nos procuramos más enfermedades de las que la medicina puede remediar? La extrema desigualdad en el modo de vivir, el exceso de ociosidad en unos y de trabajo en otros, la facilidad de excitar y de satisfacer nuestros apetitos y nuestra sensualidad, los succulentos alimentos de los ricos, que los nutren de sustancias excitantes y los colman de indigestiones; la pésima alimentación de los pobres, de la cual hasta carecen frecuentemente—carencia que los impulsa, si la ocasión se presenta, a atracar ávidamente—; las vigiliass, los excesos de toda índole, los flujos inmoderados de todas las pasiones, las fatigas y el agotamiento espiritual, los pesares y contrariedades que se sienten en todas las situaciones, y que corroen perpetuamente el alma...: he ahí las pruebas funestas de que la mayor parte de nuestros males son obra nuestra, pues casi todos se hubieran evitado conservando la manera de vivir simple, uniforme y solitaria que nos fue prescrita por la naturaleza. Si ella nos ha destinado a ser sanos, me atrevo casi a asegurar que la reflexión es un estado contranatural, y que el hombre que medita es un animal degenerado. Cuando pensamos en la excelente constitución de los salvajes, de aquellos al menos que no hemos echado a perder con nuestros fuertes licores; cuando se sabe que apenas conocen

otras enfermedades que las heridas y la vejez, nos inclinamos a pensar que podría rehacerse fácilmente la historia de las enfermedades humanas siguiendo la historia de las sociedades civilizadas. Tal es, por lo menos, la opinión de Platón, quien juzga, a propósito de ciertos remedios empleados o aprobados por Podaliro y Macaón durante el sitio de Troya, que muchas de las enfermedades que dichos remedios provocaron no eran conocidas entonces entre los hombres.

Con tan contadas causas de males, el hombre en estado natural apenas si tiene necesidad de remedios, y muy poco de medicina. La especie humana no es, a este respecto, peor que las demás. Los cazadores podrán confirmar que no son muchos los animales en mal estado que encuentran en sus correrías. Algunos encuentran animales con grandes heridas perfectamente cicatrizadas, con huesos y aun miembros rotos curados sin más cirujano que la acción del tiempo, sin otro régimen que su vida ordinaria, y que no por no haber sido atormentados con incisiones, envenenados con drogas y extenuados con ayunos han dejado de quedar curados por completo. Por muy útil que sea entre nosotros la medicina bien administrada, no es menos cierto que si el salvaje enfermo, abandonado a sí mismo, solo puede esperar mejoría de la naturaleza

y deterioro del propio mal que lo aqueja, lo cual hace su situación preferible a la nuestra.

Cuidémonos, pues, de confundir al hombre salvaje con los que tenemos ante los ojos. La naturaleza trata a los animales abandonados a sus cuidados con una predilección que parece mostrar cuán celosa es de este derecho. El caballo, el gato, el toro y aun el asno, tienen casi todos más talla y todos una constitución más robusta, más vigor, más fuerza y más valor en los bosques que en nuestras casas; todos ellos pierden la mitad de estas cualidades cuando se vuelven domésticos, y podría decirse que los cuidados que ponemos en tratarlos bien y alimentarlos no dan otro resultado que el de hacerlos degenerar. Así ocurre con el hombre mismo: al convertirse en sociable y esclavo, se vuelve débil, temeroso, rastrero, y su vida blanda y delicada termina por abatir su valor y su fuerza. Añadamos que entre la condición salvaje y la doméstica, la diferencia de hombre a hombre debe ser mucho mayor que de bestia a bestia, pues habiendo sido el animal y el hombre igualmente tratados por la naturaleza, todas las comodidades que el hombre se proporcione de más sobre los animales que domestica son otras tantas causas particulares que lo hacen degenerarse más ostensiblemente.

La desnudez, la intemperie y la carencia de todas esas cosas inútiles que tan necesarias creemos, no constituyen, por consiguiente, una gran desdicha para esos primeros hombres ni un gran obstáculo para su conservación. Si no tienen la piel velluda, es porque para nada la necesitan en los países cálidos; y cuando habitan en los climas fríos, muy pronto aprenden a procurarse las de las fieras vencidas; si solo tienen dos pies para correr, cuentan por compensación con dos brazos para defenderse y atender a sus necesidades. Sus hijos tal vez empiezan a caminar tarde y penosamente, pero las madres los llevan con facilidad, ventaja de que carecen las demás especies, en las cuales la madre, cuando es perseguida, se ve obligada a dejar abandonadas sus crías o a caminar a su paso. En fin, a menos que supongamos el concurso singular y fortuito de circunstancias que trataré más adelante, y que bien podrían no haber ocurrido nunca, es claro, en todo caso, que el primero que se hizo vestidos o construyó un alojamiento se hizo a cosas poco necesarias, puesto que hasta entonces había vivido sin ellas, y no se comprende por qué no hubiera podido soportar, siendo hombre, el tipo de vida que llevaba desde su infancia.

Solo, ocioso y cerca siempre del peligro, el hombre salvaje debe gustar de dormir y tener el sueño

ligero como los animales, los cuales, como piensan poco, duermen, por así decir, todo el tiempo que no piensan. Siendo su propia conservación casi su único cuidado, las facultades que más debe ejercitar son las que tienen por principal objeto el ataque y la defensa, bien sea para dominar su presa, bien para protegerse de ser la presa de otro animal; y, por el contrario, aquellos órganos que solo se perfeccionan por la pereza y la sensualidad deben permanecer en un estado rudimentario que excluya toda suerte de delicadeza. Hallándose divididos en este punto sus sentidos, el gusto y el tacto serán de una extrema rudeza; la vista, el olfato y el oído, de una extraordinaria agudeza. Tal es el estado animal en general, y también, según el testimonio de los viajeros, el de los pueblos salvajes. No es, por tanto, de extrañar que los hotentotes del Cabo de Buena Esperanza descubran a simple vista los barcos en alta mar desde tanta distancia como los holandeses con sus anteojos; ni que los salvajes de América descubrieran a los españoles olfateando sus huellas, como hubiesen podido hacer los mejores perros; ni que todas esas naciones bárbaras soporten sin molestia su desnudez, afinen su gusto a fuerza de pimienta y beban como agua los licores europeos.

Hasta aquí solo he hablado del hombre físico; tratemos ahora de considerarlo en su aspecto metafísico y moral.

Veo en el animal una máquina ingeniosa dotada de sentidos por la naturaleza para elevarse ella misma y asegurarse hasta cierto punto contra todo aquello que tiende a destruirla o perturbarla. Lo mismo observo precisamente en la máquina humana, con la diferencia de que solo la naturaleza lo ejecuta todo en las operaciones del animal, mientras que el hombre atiende las suyas en calidad de agente libre. Aquel escoge o rechaza por instinto; este, por un acto de libertad, lo que da como resultado que el animal no puede apartarse de la regla que le ha sido prescrita, aun en el caso de que fuera ventajoso para él hacerlo, mientras que el hombre se aparta con frecuencia y en su perjuicio. Así, un pichón podría morir de hambre cerca de un recipiente lleno de las mejores carnes y un gato sobre montones de frutas o de granos, aunque uno y otro podrían nutrirse muy bien con los alimentos que desdeñan, o al menos intentarlo; de la misma manera, los hombres disolutos se entregan a excesos que les producen la fiebre o la muerte porque el espíritu corrompe los sentidos y la voluntad habla cuando calla la naturaleza.

Todos los animales tienen ideas, puesto que tienen sentidos, e incluso relacionan sus ideas hasta cierto punto; a este respecto, el hombre solo se distingue ligeramente del animal; ciertos filósofos han aventurado que hay algunas veces más diferencia entre dos hombres que entre un hombre y un animal. No es, pues, tanto el entendimiento como su cualidad de agente libre lo que constituyó la distinción específica del hombre entre los animales. La naturaleza ordena a todos los animales y estos obedecen. El hombre experimenta la misma sensación pero se reconoce libre de someterse o de resistir, y es sobre todo en la conciencia de esta libertad donde se manifiesta la espiritualidad de su alma. La física explica en cierto modo el mecanismo de los sentidos y la formación de las ideas; pero en la facultad de querer o, mejor, de elegir, y en el sentimiento de tener este poder, solo se encuentran actos puramente espirituales de los cuales nada se explica por las leyes de la mecánica.

Pero, aun cuando la dificultad inherente a estas cuestiones diera lugar a discusión sobre la diferencia entre el hombre y el animal, hay una cualidad muy específica que los distingue y sobre la cual no hay dudas: es la facultad de perfeccionarse, facultad que, ayudada por las circunstancias, desarrolla sucesivamente todas las demás, facultad que posee tanto

nuestra especie como el individuo, mientras que el animal es al cabo de algunos meses lo que será toda su vida, y su especie es al cabo de mil años lo mismo que era el primero de esos mil años. ¿Por qué solo el hombre es susceptible de convertirse en un imbécil? ¿No será porque vuelve a su estado primitivo y como la bestia, que nada ha adquirido y que nada tiene que perder, permanece en el instinto? ¿El hombre, perdiendo por la vejez o por otros accidentes todo lo que su *perfectibilidad* le ha proporcionado, cae más bajo que el animal mismo? Triste sería para nosotros vernos obligados a reconocer que esta facultad distintiva y casi ilimitada es la fuente de todas las desdichas del hombre; que ella es quien lo saca, con el paso del tiempo, de su condición original, en la cual pasaría tranquilo e inocente sus días; que dicha facultad, produciendo con los siglos sus luces y sus errores, sus vicios y virtudes, lo hace al cabo tirano de sí mismo y de la naturaleza (véase la nota 9). Sería horrible verse obligado a alabar como bienhechor al primero que enseñó a los habitantes de las orillas del Orinoco el uso de esas tablillas de madera con que golpean las sienes de sus hijos, y que les aseguran al menos una parte de su imbecilidad y de su felicidad original.

El hombre salvaje, entregado por la naturaleza al instinto, o más bien compensado del que le falta con facultades capaces de suplirlo y elevarlo, comenzará, pues, por las funciones puramente animales (véase la nota 10). Percibir y sentir será su primer estado, que le será común con todos los animales; querer y no querer, desear y tener, serán las primeras y casi únicas operaciones de su alma, hasta que nuevas circunstancias le ocasionen otras expansiones.

Digan lo que digan los moralistas, el entendimiento humano debe mucho a las pasiones, las cuales, según el sentido común, le deben mucho también. Por su actividad se perfecciona nuestra razón; no queremos saber sino porque deseamos gozar, y no puede concebirse por qué un hombre que careciera de deseos y temores habría de tomarse la molestia de pensar. A su vez, las pasiones se originan de nuestras necesidades y su progreso de nuestros conocimientos, pues no se puede desear o tener las cosas sino por las ideas que sobre ellas se tenga o por el nuevo impulso de la naturaleza. El hombre salvaje, privado de toda suerte de conocimiento, solo experimenta las pasiones de esta última especie; sus deseos no pasan de sus necesidades físicas (véase la nota 11); los únicos bienes que conoce en el mundo son el alimento, una hembra y el reposo; los únicos males que teme son el

dolor y el hambre. Digo el dolor y no la muerte, pues el animal nunca sabrá qué es morir; el conocimiento de la muerte y de sus terrores es una de las primeras adquisiciones hechas por el hombre al apartarse de su condición animal.

De ser necesario, me sería fácil apoyar con hechos este sentimiento y demostrar que en todas las naciones del mundo los progresos del espíritu han sido precisamente proporcionales a las necesidades que los pueblos habían recibido de la naturaleza o a las cuales los habían sometido las circunstancias, y, por consiguiente, a las pasiones que los llevaban a satisfacer esas necesidades. Mostraría las artes naciendo en Egipto y extendiéndose con el desbordamiento del Nilo; seguiría su progreso entre los griegos, donde se las vio brotar, crecer y elevarse hasta el cielo entre las arenas y las rocas del Ática, sin que pudieran echar raíces en las fértiles orillas del Eurotas. Señalaría que, en general, los pueblos del Norte son más industrioses que los del Mediodía, porque no pueden no serlo, como si la naturaleza quisiera de este modo equilibrar las cosas, dando a los espíritus la fertilidad que niega a la tierra.

Pero, sin recurrir al testimonio de la Historia, ¿quién no ve que todo parece alejar del hombre salvaje la tentación y los medios de dejar de serlo? Su

imaginación nada le muestra; su corazón nada le pide. Sus escasas necesidades se encuentran tan fácilmente a su alcance, y se halla tan lejos del grado de conocimientos necesario para desear adquirir otras mayores, que no puede tener ni previsión ni curiosidad. El espectáculo de la naturaleza llega a serle indiferente a fuerza de serle familiar; es siempre el mismo orden, siempre las mismas revoluciones. Carece de aptitud de espíritu para admirar las mayores maravillas, y no es en él donde puede buscarse la filosofía que el hombre necesita para saber observar una vez lo que ha visto todos los días. Su alma, que nada agita, se entrega al sentimiento único de su existencia actual, sin idea alguna sobre el porvenir, por cercano que pueda estar, y sus proyectos, limitados como sus miras, apenas se extienden hasta el fin de la jornada. Tal es aún el grado de previsión del caribe: vende por la mañana su lecho de algodón y vuelve llorando al atardecer para recuperarlo, por no haber previsto que lo necesitaría para la noche cercana.

Pero supongamos que los hombres se hubieran multiplicado de tal modo que los productos naturales no bastaran para alimentarlos, suposición que, por decirlo de paso, demostraría una gran ventaja de la especie humana en estado natural. Supongamos que, sin fraguas y sin talleres, los instrumentos de labor

hubieran caído del cielo en manos de los salvajes; que estos hombres hubieran vencido el odio mortal que todos sienten contra el trabajo continuo; que hubieran aprendido a anticiparse a sus necesidades; que hubieran adivinado cómo es necesario cultivar la tierra, sembrar los granos y plantar los árboles; que hubieran descubierto el arte de moler el trigo y de hacer fermentar la uva, cosas todas enseñadas por los dioses, a falta de saber cómo las habrían podido aprender por sí mismos. En tal caso, ¿quién sería lo bastante insensato para fatigarse cultivando un campo que será despojado por el primer aparecido, hombre o bestia, a quien conviniera la cosecha? ¿Y cómo podía decidirse cada cual a consagrar su vida a un penoso trabajo, tanto más seguro de no recoger sus frutos cuanto más sentiría su necesidad? En una palabra: ¿cómo esta situación podía decidir a los hombres a cultivar la tierra en tanto no estuviera repartida entre ellos, es decir, en tanto no hubiera sido destruido el estado natural?

Aun cuando imagináramos un hombre salvaje tan hábil en el arte de pensar como lo presentan nuestros filósofos; aunque hiciéramos de él, siguiendo ese ejemplo, un filósofo, descubriendo por sí solo las verdades más sublimes, componiendo por medio de razonamientos abstractos máximas de justicia y

de razón sacadas del amor al orden en general o de la voluntad conocida de su creador; en una palabra: aunque supusiéramos en su espíritu tantas luces y tanta inteligencia como torpeza y estupidez debe tener y tiene en efecto, ¿qué utilidad sacaría la especie de toda esta metafísica, que no podía comunicarse y que perecería con el individuo que la hubiera inventado? ¿Qué progresaría el género humano disperso en los bosques entre los animales? ¿Y hasta qué punto podrían perfeccionarse e ilustrarse mutuamente unos hombres que, no teniendo domicilio fijo ni necesidad unos de otros, apenas se encontrarían dos veces en su vida, sin conocerse y sin hablarse?

Consideremos cuántas ideas debemos al uso de la palabra; cuánto ejercita y facilita la gramática las operaciones del espíritu; pensemos en las fatigas inconcebibles y en el infinito tiempo que ha debido costar la primera invención de las lenguas; si vinculamos estas reflexiones a las precedentes, se comprenderá cuántos millares de siglos han debido necesitarse para desarrollar sucesivamente, en el espíritu humano, las operaciones de que era capaz.

Permítanme considerar un instante el problema del origen de las lenguas. Podría contentarme con citar o repetir las investigaciones que el abate de Condillac ha hecho en la materia, puesto que todos

confirman mi opinión y acaso me han sugerido la primera idea. Pero el modo como este filósofo resuelve las dificultades que él mismo se plantea sobre el origen de los signos instituidos demuestra que ha dado por sentado lo que yo discuto, a saber, una especie de sociedad ya establecida entre los inventores del lenguaje, y al referirme a sus reflexiones creo que debo añadir las mías para exponer las mismas dificultades bajo el aspecto que conviene a mi objeto de estudio. La primera que se presenta es imaginar cómo pudieron ser necesarias las lenguas, pues no teniendo los hombres ninguna comunicación entre sí ni necesidad alguna de ella, no se concibe ni la necesidad de esa invención ni su posibilidad si no fue indispensable. Y aun diría, como muchos otros, que las lenguas han nacido en el comercio doméstico de padres, madres e hijos. Pero, además de que esto no resolvería las objeciones, sería cometer el error de quienes, razonando sobre el estado de naturaleza, transfieren a estas ideas tomadas de la sociedad; ven a la familia reunida en una misma habitación y a sus miembros observando entre sí una unión tan íntima y tan permanente como entre nosotros, en que tantos intereses comunes los reúnen cuando, al contrario, no habiendo en ese estado primitivo ni casas, ni cabañas, ni propiedades de ninguna especie,

cada cual se alojaba al azar, y frecuentemente por una sola noche; los machos y las hembras se apareaban fortuitamente, al azar del encuentro, según la ocasión y el deseo, sin que la palabra fuera un intérprete muy necesario para las cosas que tenían que decirse, y con la misma facilidad se separaban (véase la nota 12). La madre amamantaba a los hijos por propia necesidad; después, habiéndose encariñado con ellos por la costumbre, los alimentaba por el bien de ellos; en cuanto tenían la fuerza necesaria para buscar su alimento, no tardaban en abandonar a su madre misma, y como casi no había otro medio de encontrarse que no perderse de vista, muy pronto se hallaban en estado de no reconocerse unos a otros. Observemos también que, teniendo el niño que explicar todas sus necesidades, y, por tanto, más cosas que decir a la madre que la madre al niño, este debe correr con los mayores gastos de la invención y que el lenguaje que emplea tiene que ser en gran parte su propia obra, lo que multiplica tanto las lenguas como individuos hay para hablarlas, dispersión a la que contribuye la vida errante y vagabunda, que no deja a ningún idioma el tiempo de adquirir consistencia. Decir que la madre dicta al niño las palabras que habrá de emplear para pedirle tal o cual cosa

demuestra cómo se enseñan las lenguas ya formadas, pero no enseña cómo se forman.

Presumamos superada esta primera dificultad; franqueemos por un momento el espacio inmenso que debió mediar entre el puro estado natural y la necesidad de las lenguas, y busquemos, suponiéndolas necesarias (véase la nota 13), cómo han podido empezar a establecerse. Nueva dificultad, mayor aún que la precedente, porque si los hombres han necesitado de la palabra para aprender a pensar, mayor necesidad han tenido de saber pensar para descubrir el arte de la palabra; y aunque se comprendiera cómo fueron tomados los sonidos de la voz por intérpretes convencionales de nuestras ideas, siempre quedaría por saber cuáles han podido ser los intérpretes de esa convención para las ideas que, careciendo de un objeto sensible, no podían ser indicadas ni por el gesto ni por la voz. De suerte que apenas se pueden formular conjeturas creíbles sobre el nacimiento de este arte de comunicar los pensamientos y de establecer un comercio entre los espíritus, arte sublime que tan lejos se encuentra ya de su origen, pero que el filósofo ve todavía a tan prodigiosa distancia de su perfección, pues no existe hombre alguno bastante atrevido para asegurar que esta llegará algún día, aunque fueran suspendidas en su favor las revoluciones que el tiempo

aporta necesariamente, y los prejuicios salieran de las Academias o se callaran ante ellas, y estas pudieran ocuparse de este espinoso asunto durante siglos enteros y sin interrupción.

El primer lenguaje del hombre, el lenguaje más universal, más enérgico, el único de que hubo necesidad antes de que fuera necesario persuadir a hombres reunidos, fue el grito de la naturaleza. Como este grito solo era arrancado por una especie de instinto en las ocasiones apremiantes para implorar ayuda en los grandes peligros o alivio en los dolores violentos, no era de uso frecuente en el curso ordinario de la vida, en el cual reinan sentimientos más moderados. Cuando las ideas de los hombres empezaron a desarrollarse y multiplicarse, estableciéndose entre ellos una comunicación más estrecha, buscaron signos más numerosos y un lenguaje más extenso; multiplicaron las inflexiones de la voz, acompañándolas de gestos, que, por su naturaleza, son más expresivos y cuyo sentido depende menos de una determinación anterior. Expresaban, pues, los objetos visibles y móviles por medio de gestos, y los que hieren el oído, por sonidos imitativos; pero como el gesto solo indica los objetos presentes o fáciles de escribir y las acciones visibles; como no es de uso universal, porque la oscuridad o la interposición de un cuerpo lo hacen inútil, y exige

más bien atención en lugar de estimularla, se pensó, en fin, en sustituir el gesto por las articulaciones de la voz, que, sin tener la misma relación con ciertas ideas, son más adecuadas para representarlas todas como signos instituidos; esa sustitución no pudo hacerse sino por común consentimiento y de modo muy difícil de practicar para unos hombres cuyos órganos toscos no tenían todavía ningún ejercicio, y más difícil aún de concebir en sí misma, puesto que ese acuerdo unánime debió de ser razonado, y la palabra parece haber sido muy necesaria para establecer el uso de la palabra.

Se debe pensar que las primeras palabras que usaron los hombres tuvieron en su espíritu una significación mucho más extensa que las empleadas en las lenguas ya formadas, y que, ignorando la división de la oración en sus partes constitutivas, dieron al principio a cada palabra el sentido de una proposición entera. Cuando empezaron a distinguir el sujeto del atributo y el verbo del nombre substantivo, no se trató, desde luego, de un esfuerzo mediocre. Los sustantivos solo fueron al principio nombres propios; el presente de infinitivo fue el único tiempo verbal; en cuanto a los adjetivos, su noción debió de desenvolverse muy difícilmente, porque todo adjetivo

es un nombre abstracto y las abstracciones son operaciones difíciles y poco naturales.

Cada objeto recibió al principio un nombre particular, sin considerar el género y la especie, que esos primeros fundadores no podían distinguir. Todos los individuos aparecieron en su pensamiento aisladamente, como se hallan en el cuadro de la naturaleza; si una encina se llamaba A, otra se llamaba B, pues la primera idea que se deduce de dos cosas es que son distintas, y hace falta con frecuencia mucho tiempo para observar lo que tienen en común; de suerte que, cuanto más limitados eran los conocimientos, más extensión adquiriría el diccionario. Las dificultades de toda esta nomenclatura no pudieron ser vencidas fácilmente, porque para clasificar a los seres bajo denominaciones comunes y genéricas era preciso conocer las propiedades y las diferencias; eran necesarias observaciones y definiciones; es decir, hacía falta la historia natural y la metafísica, o sea mucho más de lo que podían tener a disposición los hombres de aquellos tiempos.

Por otra parte, las ideas generales no pueden introducirse en el espíritu sino con ayuda de las palabras, y el entendimiento no las comprende sino por medio de proposiciones. Esta es una de las razones por las cuales los animales no pueden formarse tales ideas

ni adquirir nunca la perfectibilidad que de ellas se deriva. Cuando un mono se lanza sin vacilar de una nuez a otra, ¿se cree que tiene la idea general de esta clase de fruto y que compara su arquetipo con esos dos individuos de la especie? No, sin duda; pero la vista de una de esas nueces evoca en su memoria las sensaciones que ha recibido de la otra, y sus ojos, modificados de cierta manera, anuncian a su gusto la modificación que va a recibir. Toda idea general es puramente intelectual; por poco que intervenga la imaginación, la idea se convierte de inmediato en particular. Intenten trazar la imagen de un árbol en general: nunca lo conseguirán; muy a su pesar, será necesario ver uno, pequeño o grande, pobre o frondoso, claro u oscuro; y si dependiera de ustedes ver solamente lo que es común a todos los árboles, esa imagen no se parecería a ningún árbol. Los seres puramente abstractos se ven de la misma manera o no se conciben sino por el razonamiento. La sola definición del triángulo nos da la verdadera idea; tan pronto como nos figuramos uno mentalmente, pasa a ser un triángulo determinado y no otro, y no podemos entonces evitar hacer sensibles sus líneas o su superficie. Es, pues, necesario enunciar proposiciones; es preciso hablar para tener ideas generales, porque tan pronto como la imaginación se detiene, el

espíritu no trabaja sino con ayuda del razonamiento. Si, por consiguiente, los primeros inventores del lenguaje no han podido dar nombres sino a las ideas que ya tenían, se deduce que los primeros sustantivos solo han podido ser nombres propios.

Pero cuando, por medios que desconozco, nuestros nuevos gramáticos empezaron a extender sus ideas y a generalizar sus palabras, la ignorancia de los inventores debió de reducir este método a límites muy estrechos, y así como al principio habían multiplicado en exceso los nombres de los individuos por no conocer los géneros y las especies, después hicieron escaso número de especies y de géneros por no haber considerado a los seres en todas sus diferencias. Para dar mayor impulso a estas divisiones, hubiera hecho falta más experiencia y más cultura de las que podían tener, hubiera sido necesario más trabajo y más estudios dedicados a esa tarea. Ahora bien, si aún hoy se descubren cada día nuevas especies, que habían escapado hasta ahora a todas nuestras observaciones, pensemos cuántas debieron sustraerse al conocimiento de unos hombres que solo consideraban las cosas bajo el primer aspecto. En cuanto a las clases primitivas y a las nociones más generales, es superfluo añadir que también debieron escapárseles. ¿Cómo, por ejemplo, habrían imaginado o entendido

las palabras *materia, espíritu, sustancia, modo, figura, movimiento*, toda vez que a nuestros mismos filósofos, que se sirven de ellas desde hace tanto tiempo, les cuesta trabajo entenderlas, y dado que, siendo metafísicas las ideas que se asocian a esas palabras, no hallarían ningún modelo en la naturaleza?

Me detengo en estos primeros pasos y suplico a mis jueces que suspendan en este punto la lectura para que consideren, solamente sobre la invención de las sustantivos físicos, es decir, sobre la parte de la lengua más fácil de hallar, el camino que aún le queda para expresar todos los pensamientos de los hombres, para tomar una forma constante, para poder ser hablada públicamente e influir sobre la sociedad; les suplico que reflexionen cuánto tiempo y cuántos conocimientos han sido necesarios para descubrir los números (véase la nota 14), los nombres abstractos, los aoristos y todos los tiempos de los verbos, las partículas, la sintaxis; para unir los razonamientos y construir la lógica del discurso. En cuanto a mí, impresionado por las dificultades que se multiplican a cada paso, y convencido de la imposibilidad casi demostrada de que las lenguas hayan podido nacer y establecerse por medios puramente humanos, dejo, para quien quiera emprenderla, la discusión de este difícil problema: ¿ha sido más necesaria la sociedad

ya establecida para la institución de las lenguas, o las lenguas ya inventadas para la constitución de la sociedad?

Sean cuales sean sus orígenes, se ve cuando menos, en el escaso cuidado puesto por la naturaleza para aproximar a los hombres mediante necesidades mutuas y facilitarles el uso de la palabra, cuán poco ha preparado su sociabilidad y qué poco ha puesto de su parte para que se establecieran sus relaciones. En efecto, es imposible imaginar por qué en ese estado primitivo un hombre tendrá más necesidad de otro hombre que un mono o un lobo de sus semejantes; ni, suponiendo esa necesidad, qué motivo podría inducir al otro a acceder; ni tampoco, en este último caso, cómo podrían convenir entre ellos las condiciones. Bien sé que se repite incesantemente que nada habría sido tan miserable como el hombre en ese estado; pero si es verdad, como creo haberlo demostrado, que no pudo hasta muchos siglos después tener el deseo y la ocasión de salir de aquel estado, habría que acusar a la naturaleza y no a quien ella hubiera constituido de ese modo. Pero, si entiendo bien el término miserable, es una palabra que, o no tiene ningún sentido, o significa una privación dolorosa, o el sufrimiento del cuerpo, o del alma. Ahora bien, desearía que se me explicara cuál puede ser el género

de miseria de un ser libre cuyo corazón se halla en paz y el cuerpo en salud. Pregunto: de la vida social o natural, ¿cuál es más propensa a convertirse en insostenible para quienes las disfrutan? Alrededor nuestro casi solo vemos gente lamentándose de su existencia y aun algunos que se privan de ella en cuanto está en su poder, no bastando apenas el concurso de la ley divina y de la humana para contener este desorden. Yo pregunto si alguna vez se ha oído decir que un salvaje en libertad hubiera siquiera pensado en quejarse de la vida o en darse la muerte. Júzguese, pues, con menos orgullo de qué lado se halla la verdadera miseria. Al contrario: nada habría sido más miserable que el hombre salvaje deslumbrado por los conocimientos, atormentado por las pasiones y razonando sobre un estado diferente al suyo. Por una muy sabia providencia, las facultades que poseía en potencia no debían desarrollarse sino en las ocasiones de ejercerlas, a fin de que no fueran para él ni superfluas ni onerosas antes de tiempo, ni tardías e inútiles en caso necesario. Tenía en el instinto todo lo que necesitaba para vivir en el estado natural; en la razón cultivada apenas tiene lo que necesita para vivir en sociedad.

Parece a primera vista que en este estado, no teniendo los hombres entre sí ninguna clase de

relación moral ni de deberes conocidos, no podrían ser ni buenos ni malos, ni tenían vicios ni virtudes, a menos que, tomando estas palabras en un sentido físico, se llamen vicios del individuo las cualidades que pueden perjudicar su propia conservación, y virtudes, las que a ella puedan contribuir; en este caso, habría que considerar como más virtuoso a quien menos resistiera los meros impulsos de la naturaleza. Pero, sin apartarnos de su sentido ordinario, conviene retener la opinión que podríamos manifestar sobre tal situación y desconfiar de nuestros prejuicios hasta que, con la balanza en la mano, se haya examinado si los hombres civilizados poseen más virtudes que vicios, o si sus virtudes son más ventajosas que funestos sus vicios, o si el progreso de sus conocimientos constituye una compensación suficiente de los males que mutuamente se causan a medida que aprenden el bien que debían hacerse, o si, bien mirado, no se encontrarían en una situación más feliz no teniendo daño que temer ni bien que esperar de nadie, hallándose sometidos a una dependencia universal y obligados a recibir todo de quien no está en obligación de darles nada.

No saquemos la conclusión, como Hobbes, de que, no teniendo ninguna idea de la bondad, el hombre es naturalmente malo; vicioso, porque no conoce

la virtud; que niega siempre a sus semejantes los servicios que cree no deberles; que, en virtud del derecho que se arroga sobre las cosas que necesita, se imagina insensatamente ser el propietario único del universo entero. Hobbes ha visto muy bien el defecto de todas las definiciones modernas del derecho natural, pero las consecuencias que deduce de la suya demuestran que la toma en un sentido no menos falso. Razonando sobre los principios que enuncia, este autor debió decir que, siendo el estado de naturaleza aquel en que el cuidado de nuestra conservación es el menos perjudicial para la conservación de nuestros semejantes, este era por consiguiente el estado más adecuado para la paz y el más conveniente para el género humano. Pues dice precisamente lo contrario, por haber hecho entrar, con gran desacierto, en el cuidado de la conservación del hombre salvaje la necesidad de satisfacer una multitud de pasiones que son producto de la sociedad y que han hecho necesarias las leyes. El malo, dice, es un niño fuerte. Falta saber si el hombre salvaje es un niño fuerte. Aunque se concediera esta hipótesis, ¿qué se deduciría? Que si, siendo fuerte, este hombre dependía de los demás tanto como siendo débil, no hay ninguna clase de excesos a los que no se entregara; que pegaría a su madre cuando tardara demasiado en darle de mamar;

que estrangularía a uno de sus pequeños hermanos cuando estuviera enojado; que mordería al otro en la pierna cuando fuera tropezado o molestado. Pero ser fuerte y dependiente son supuestos contradictorios en el estado natural. El hombre es débil cuando está sometido a dependencia, y es libre antes de ser fuerte. Hobbes no ha visto que la misma causa que impide a los salvajes el uso de razón, como pretenden nuestros juristas, les impide al mismo tiempo el abuso de sus facultades, como él mismo pretende; de modo que podría decirse que los salvajes no son malos precisamente porque no saben qué cosa es ser buenos, toda vez que no es el desarrollo de la razón ni el freno de la ley, sino la ignorancia del vicio y la calma de las pasiones, lo que les impide hacer el mal: *Tanto plus in illis proficit vitiorum ignoratio, quam in his cognitio virtutis.*⁷

Hay además otro principio que Hobbes no advirtió, el cual, habiéndole sido dado al hombre para suavizar en ciertas circunstancias la ferocidad de su amor propio o su deseo de conservación antes del nacimiento de este amor (véase la nota 15), modera

7 “Entre ellos, la ignorancia de los vicios es más ventajosa que entre otros el conocimiento de la virtud” (Justiniano, *Historia*, Libro II.) (N. del T.).

el ardor que siente por su bienestar con una innata repugnancia a ver sufrir a sus semejantes. No creo que deba temer una contradicción concediendo al hombre la única virtud natural que se ha visto obligado a reconocer el más furioso detractor de las virtudes humanas. Me refiero a la piedad, disposición adecuada a seres tan débiles y sujetos a tantos males como somos nosotros; virtud tanto más universal y tanto más útil al hombre cuanto que precede al uso de toda reflexión, y tan natural, que las bestias mismas dan de ella algunas veces sensibles muestras. Sin hablar de la ternura de las madres con sus crías y de los peligros que enfrentan para protegerlos, a diario se observa la repugnancia que experimentan los caballos a pisotear un cuerpo vivo. Un animal no pasa nunca al lado de otro de su especie muerto sin sentir cierta inquietud; hasta hay animales que les dan una suerte de sepultura, y los tristes mugidos del ganado entrando en el matadero anuncian la impresión que recibe ante el horrible espectáculo que contempla. Complace ver al autor de *La fábula las abejas*⁸ obligado a reconocer al hombre como un ser compasivo y sensible, abandonar su estilo frío y

8 Mandeville, a quien alude Rousseau líneas después, autor de *La Fábula de las abejas* (N. del T.).

sutil para ofrecernos la patética imagen de un hombre encerrado que ve afuera a una bestia feroz arrancar a un niño de brazos de su madre, triturar con sus mortíferos dientes sus débiles miembros y desgarrar con sus uñas las entrañas palpitantes de la criatura. ¡Qué horribles estremecimientos experimenta ese testigo de un suceso en el cual no interviene su interés personal! ¡Qué angustias sufre por no poder prestar auxilio alguno a la madre desvanecida y a la moribunda criatura!

Ese es el movimiento puro de la naturaleza, anterior a toda reflexión; tal la fuerza de la piedad natural, que las costumbres más depravadas difícilmente pueden destruir, puesto que se ve a diario en nuestros enternecerse y llorar ante las desventuras de un infortunado, al punto que, de hallarse en el lugar del tirano, agravaría más aún los tormentos de su enemigo, semejante al sanguinario Sila, tan sensible ante las desgracias que él no había causado, o a ese Alejandro de Feres, que no osaba asistir a la representación de ninguna tragedia por temor de que se le viera llorar con Andrómaca y con Príamo, mientras escuchaba sin emocionarse los gritos de los ciudadanos que mandaba degollar todos los días.

Mollissima corda

Humano generi dare se natura fatetur,
Quae lacrymas dedit.⁹

Mandeville ha comprendido perfectamente que los hombres, con toda su moral, hubieran sido siempre unos monstruos si la naturaleza no les hubiera dado la piedad como apoyo de la razón; pero no ha visto que de esta sola cualidad se derivan todas las virtudes sociales que pretende negar a los hombres. En efecto, ¿qué es la generosidad, la clemencia, la humanidad, sino la piedad aplicada a los débiles, a los culpables, o a la especie humana en general? La benevolencia y la amistad son, bien miradas, productos de una constante piedad fijada en un objeto particular; pues desear que alguien no sufra, ¿qué es sino desear que sea feliz? Aun cuando fuera cierto que la conmiseración es solo un sentimiento que nos pone en el lugar de quien sufre, sentimiento oscuro y vivo en el salvaje, desarrollado pero débil en el hombre civilizado, ¿qué grado de verdad le quitaría a lo que afirmo? Porque la conmiseración será tanto más enérgica cuanto más íntimamente se identifique el animal espectador con el animal que sufre. Ahora

9 «La Naturaleza, al darnos las lágrimas, muestra que ha otorgado al hombre un corazón compasivo» (Juvenal, *Sát.* xv) (N. del T.).

bien, es evidente que esta identificación ha debido de ser infinitamente más estrecha en el estado de naturaleza que en el estado de razonamiento. Es la razón la que engendra el amor propio, y la reflexión lo fortifica; ella repliega al hombre sobre sí mismo; ella le aparta de todo lo que le molesta o le aflige. Es la filosofía quien lo aísla; por ella dice en secreto, a la vista de un hombre que sufre: “Muere si quieres; yo estoy a salvo”. Solo los peligros de la sociedad entera turban el sueño tranquilo del filósofo y lo arrancan del lecho. Se puede degollar impunemente a un semejante suyo bajo sus ventanas; no tiene más que taparse los oídos y razonar un poco para impedir que la naturaleza que se subleva dentro de él lo identifique con aquel que es asesinado. El hombre salvaje carece de este admirable talento; falto de razón y de prudencia, se le ve siempre entregarse al primer sentimiento de la humanidad. En los motines, en las contiendas callejeras, acude el populacho y el hombre prudente se aparta; es la canalla, son las mujeres del mercado quienes separan a los combatientes o impiden a la gente de bien su mutuo exterminio.

Es, por tanto, perfectamente cierto que la piedad es un sentimiento natural que, moderando en cada individuo de su amor a sí mismo, ayuda a la mutua conservación de la especie. Ella nos impulsa

sin previa reflexión al socorro de aquellos a quienes vemos sufrir; ella sustituye en el estado natural a las leyes, a las costumbres y a la virtud, con la ventaja de que nadie se siente tentado de desobedecer su dulce voz; ella disuadirá a un salvaje fuerte de quitar a una débil criatura o a un viejo achacoso el alimento que han adquirido con dificultad, siempre que espere hallar el suyo en otra parte; ella inspira a todos los hombres, en lugar de la sublime máxima de justicia razonada *Pórtate con los demás como quieres que se porten contigo*, esta otra de bondad natural, acaso menos perfecta, pero mucho más útil que la anterior: *Haz tu bien con el menor daño posible para otro*. En una palabra, es en este sentimiento natural, más que en los sutiles argumentos, donde hay que buscar la causa de la repugnancia que todo hombre siente a obrar mal, aun independientemente de los preceptos de la educación. Aunque Sócrates y los espíritus de su tiempo puedan adquirir la virtud por medio del razonamiento, hace tiempo que habría desaparecido el género humano si su conservación hubiera dependido de quienes lo componen.

Con pasiones tan poco activas y un freno tan saludable, los hombres, más feroces que malos, más atentos a protegerse del mal que inclinados a hacer daño a otros, no estaban expuestos a contiendas muy

peligrosas. Como no tenían entre sí ninguna especie de relación; como, por tanto, no conocían la vanidad, ni la consideración, ni la estima, ni el desprecio; como no tenían la menor noción del bien ni del mal, ni alguna idea verdadera de justicia; como miraban las violencias que podían recibir como daño fácil de reparar, y no como una injuria que debía ser castigada, y como ni siquiera pensaban en la venganza, a no ser tal vez maquinalmente y en el mismo momento, como el perro que muerde la piedra que se le arroja, sus disputas raramente hubieran tenido causa más importante que el alimento. Pero veo una causa más peligrosa que paso a tratar.

Entre las pasiones que agitan el corazón humano hay una, ardiente, impetuosa, que hace a un sexo necesario al otro; terrible pasión que desafía todos los peligros, destruye todos los obstáculos y más parece, en su furor, propia para aniquilar al género humano y no destinada a conservarlo. ¿Qué sería de los hombres presa de esta rabia desenfadada y brutal, sin pudor ni continencia, y disputándose cada día sus amores al precio de su sangre?

Desde luego, es preciso reconocer que, cuanto más violentas son las pasiones, más necesarias son las leyes; pero, además de que los desórdenes y los crímenes que a diario causan esas pasiones demuestran

demasiado la insuficiencia de las leyes a este respecto, convendría examinar si estos desórdenes no han nacido con las leyes mismas; porque entonces, aunque fueran capaces de reprimirlos, lo menos que podría exigírseles es que detuvieran un mal que sin ellas no existiría.

Empecemos por distinguir en el sentimiento del amor lo moral y lo físico. Lo físico es ese deseo general que impulsa a un sexo a unirse con otro. Lo moral es lo que determina ese deseo y lo fija exclusivamente en un solo objeto, o que, por lo menos, le da hacia ese objeto preferido un mayor grado de energía. Ahora bien, es fácil ver que lo moral del amor es un sentimiento ficticio, nacido del uso de la sociedad y elogiado por las mujeres con suma habilidad y cuidado para implantar su imperio y hacer dominante el sexo que debía obedecer. Como este sentimiento está fundado sobre ciertas nociones del mérito y de la belleza que un salvaje no se halla en estado de poseer, y sobre comparaciones que este no puede hacer, debe de ser casi nulo para él; porque del mismo modo que su espíritu no ha podido forjar ideas abstractas de regularidad y de proporción, así su corazón no es tampoco susceptible de sentimiento de admiración y de amor, los cuales nacen, sin que uno se dé cuenta, de la aplicación de esas ideas. Únicamente escucha

al temperamento que la naturaleza le ha dado, no al gusto que no ha podido adquirir, y cualquier mujer le parece buena.

Limitados a la parte física del amor y bastante felices para ignorar las preferencias que irritan el sentimiento amoroso y aumentan las dificultades, los hombres deben sentir menos frecuentemente y con menor viveza los ardores del temperamento, y, por consiguiente, sus disputas deben ser más escasas y menos crueles. La imaginación, que tantos estragos produce entre nosotros, no habla a esos corazones salvajes; cada uno espera tranquilamente los impulsos de la naturaleza, se entrega a ellos sin elección, con mayor placer que furor, y, satisfecha su necesidad, el deseo queda extinguido.

Es, pues, incontestable que el amor como las demás pasiones no han adquirido sino en la sociedad ese ardor impetuoso que tan funestos los hace ser con frecuencia para los hombres. De modo que es en extremo ridículo representar a los salvajes exterminándose mutuamente y sin cesar por satisfacer su brutalidad, toda vez que esta opinión está en completa contradicción con la experiencia, pues los caribes, el pueblo que menos se ha apartado hasta aquí, entre todos los existentes, del estado natural, son precisamente los más tranquilos en sus amores

y los menos sujetos a los celos, aunque viven bajo un clima abrasador, que parece dar a sus pasiones una actividad mayor.

Respecto a las consecuencias que podrían deducirse, en ciertas especies animales, de las luchas entre machos que en todo tiempo ensangrientan nuestros corrales o hacen retumbar los bosques en la primavera con sus gritos disputándose la hembra, es necesario empezar por excluir a todas aquellas especies en que la naturaleza ha establecido manifiestamente, por lo que hace al poder relativo de los sexos, relaciones distintas a las nuestras; así, las peleas entre gallos no constituyen una inducción para la especie humana. En las especies en que la proporción está mejor respetada, estas luchas solo pueden tener por causa la escasez de hembras respecto al número de machos o los intervalos durante los cuales la hembra rehúsa constantemente aparearse con el macho, lo que equivale a la primera causa; porque si la hembra solo admite al macho durante dos meses al año, es igual que si el número de hembras fuera cinco sextas partes menor. Pero ninguno de estos dos casos es aplicable a la especie humana, en la cual el número de las hembras excede generalmente al de varones, no habiéndose observado nunca tampoco, ni aun entre los salvajes, que las hembras tengan, como en las

otras especies, épocas de celo y de abstención. Además, en muchas clases de animales, entrando la especie entera a la vez en mutua efervescencia, sobreviene un momento terrible de común ardor, de tumulto, desorden y combate; momento que no existe en la especie humana, porque el amor en ella no es periódico. No puede deducirse, por consiguiente, de los combates entre ciertos animales por la posesión de la hembra, que lo mismo sucedería al hombre en el estado natural; y aunque se pudiera sacar esa conclusión, así como esas luchas no destruyen esas especies, debe pensarse cuando menos que no serían más funestas para la nuestra; y aun parece que no causarían tantos estragos como causan en la sociedad, sobre todo en aquellos países en que, por respetarse todavía las costumbres, los celos de los amantes y la venganza de los maridos son diario motivo de duelos, crímenes y cosas peores; sociedad en que el deber de una eterna fidelidad solo sirve para originar adulterios y donde las mismas leyes del honor y la continencia extienden necesariamente la corrupción y multiplican los abortos.

Concluamos que el hombre salvaje, errante en los bosques, sin industria, sin palabra, sin morada fija, sin guerra y sin relaciones, sin necesidad alguna de sus semejantes, así como sin ningún deseo

de perjudicarlos, quizá hasta sin reconocer nunca a ninguno individualmente; sujeto a pocas pasiones y bastándose a sí mismo, solo tenía los sentimientos y las luces propias de este estado, solo sentía sus verdaderas necesidades, solo miraba aquello que le interesaba ver, y su inteligencia no progresaba más que su vanidad. Si por casualidad hacía algún descubrimiento, tanto menos podía comunicarlo cuanto que ni reconocía a sus hijos. El arte parecía con el inventor. No había educación ni progreso; las generaciones se multiplicaban inútilmente, y, partiendo siempre cada una del mismo punto, los siglos transcurrían en la tosquedad de las primeras edades; la especie era ya vieja y el hombre seguía siendo siempre niño.

Si me he extendido tanto tiempo sobre la suposición de esta condición primitiva es porque, siendo necesario destruir antiguos errores y prejuicios, he creído conveniente ahondar hasta las raíces para demostrar, en el marco del verdadero estado de naturaleza, cómo la desigualdad, aun natural, está lejos de tener en ese estado la realidad y la influencia que pretenden nuestros escritores.

En efecto, es fácil ver que, entre las diferencias que distinguen a los hombres, pasan por naturales muchas que son únicamente obra de la costumbre y

de los diversos géneros de vida que llevan los hombres en la sociedad. Así, un temperamento fuerte o delicado, la fuerza o la debilidad que de este dependen, proceden con frecuencia más de la manera ruda o delicada con que uno ha sido criado que de la constitución primitiva del cuerpo. Lo mismo sucede con las fuerzas del espíritu, y no solamente la educación establece diferencias entre los espíritus cultivados y los que no lo están, sino que aumenta la que existe entre los primeros en proporción con la cultura, pues si un gigante y un enano van por el mismo camino, cada paso que adelanten dará una nueva ventaja al gigante. Ahora bien, si se compara la prodigiosa variedad de educación y de géneros de vida que reina en los diferentes órdenes del estado civilizado con la simplicidad y la uniformidad de la vida animal o salvaje, en la cual todos se nutren con los mismos alimentos, viven del mismo modo y hacen exactamente las mismas cosas, se comprenderá entonces cómo la diferencia de hombre a hombre debe ser menor en el estado de naturaleza que en el de sociedad, y cómo la desigualdad natural debe aumentar en la especie humana por la desigualdad instituida.

Pero aunque la naturaleza afectara en la distribución de sus dones tantas diferencias como se

pretende, ¿qué ventajas gozarían los más favorecidos en perjuicio de los demás en un estado de cosas que no admitiría casi ninguna especie de relación entre ellos? Donde no hay amor, ¿de qué sirve la belleza? ¿De qué sirve el ingenio a gentes que no hablan nunca, y la astucia a los que no tienen negocios? Oigo repetir a cada instante que los más fuertes oprimirían a los débiles; pero explíquenme qué se quiere decir con la palabra opresión. Unos dominarían con violencia, otros gemirían sometidos a su capricho. He aquí precisamente lo que observo entre nosotros; pero no veo cómo puede decirse esto de los hombres salvajes, a quienes difícilmente se haría comprender qué significan servidumbre y dominación. Podrá un hombre apoderarse de los frutos que otro ha cogido, de la caza que ha matado, de la caverna que le servía de asilo; pero ¿cómo conseguiría hacerse obedecer y cuáles serían las cadenas de la dependencia entre hombres que nada poseen? Si se me arroja de un árbol, soy libre de ir a otro; si alguien me molesta en un sitio, ¿quién me impedirá marcharme a otra parte? ¿Hay un hombre de fuerza superior a la mía, y además bastante depravado, bastante perezoso, bastante feroz para obligarme a proveer a su subsistencia mientras él permanece ocioso? Sería necesario que no me perdiera de vista un solo instante, que me

tuviera cuidadosamente atado durante su sueño por temor a que me escape o lo mate; es decir, se vería obligado a exponerse voluntariamente a una fatiga mucho más grande que la que quiere evitarse y que la que a mí me causa. Después de todo esto, si su vigilancia cediera un instante, si un ruido imprevisto le hiciera volver la cabeza, daría veinte pasos en el bosque, mis cadenas se romperían y jamás en su vida volvería a verme.

Sin necesidad de prolongar inútilmente estos detalles, cada cual deberá notar que, no siendo los lazos de la servidumbre sino la dependencia mutua de los hombres y de las necesidades recíprocas que los unen, es imposible esclavizar a un hombre si antes no se le ha puesto en el caso de no poder prescindir de otro; y como esta situación no existe en el estado natural, todos se hallan libres del yugo, resultando vana en dicho estado la ley del más fuerte.

Después de haber demostrado que la desigualdad apenas se manifiesta en el estado natural y que su influencia es casi nula, me queda por explicar su origen y sus progresos en los desenvolvimientos sucesivos del espíritu humano. Después de haber demostrado que la *perfectibilidad*, las virtudes sociales y las demás facultades que el hombre natural había recibido en potencia no podían desarrollarse

nunca por sí mismas, y que para ello necesitaban el concurso fortuito de diferentes causas externas que podían no haberse dado nunca y sin las cuales el hombre natural hubiera permanecido eternamente en su condición primitiva, me falta considerar y reunir los diferentes azares que han podido, echando a perder la especie, perfeccionar la razón humana; volver malos a los seres haciéndolos sociables, y, de un término tan lejano, traer al hombre y al mundo al punto en que los vemos.

Los acontecimientos que voy a describir pueden haber ocurrido de diferentes maneras; confieso, pues, que solo me puedo decidir en su elección por conjeturas; pero, además de que estas conjeturas se convierten en razones cuando son las más probables conclusiones de la naturaleza de las cosas y los únicos medios de que puede disponerse para descubrir la verdad, las consecuencias que quiero deducir de las mías no serán por ello conjeturales, puesto que sobre los principios que he formulado no podría construirse ningún otro sistema que me proporcione los mismos resultados y del cual pueda sacar las mismas conclusiones.

Esto me dispensará de extender mis reflexiones sobre el modo como el tiempo transcurrido compensa la escasa verosimilitud de los acontecimientos;

sobre el sorprendente poder de las pequeñas causas cuando obran sin descanso; sobre la imposibilidad en que nos hallamos de destruir de un lado ciertas hipótesis si del otro no se les puede dar el grado de certidumbre de los hechos; sobre que, dados dos hechos como reales y teniendo que unirlos por una serie de hechos intermediarios, desconocidos o considerados como tales, corresponde a la Historia, cuando existe, procurar los hechos que sirven de enlace, o a la Filosofía, en su defecto, determinar los hechos análogos que pueden enlazarlos; y, en fin, sobre que, en materia de acontecimientos, la analogía reduce los hechos a un número mucho más pequeño de clases diferentes de lo que suele imaginarse. Tengo suficiente con ofrecer estos temas a la consideración de mis jueces; me basta con haber hecho de tal modo que los lectores más vulgares no tuvieran necesidad de considerarlos.

SEGUNDA PARTE

EL PRIMER HOMBRE A QUIEN, cercando un terreno, se lo ocurrió decir “esto es mío” y encontró gentes bastante simples para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civilizada. Cuántos crímenes, guerras, asesinatos; cuántas miserias y horrores habría evitado al género humano aquel que hubiera gritado a sus semejantes, arrancando las estacas de la cerca o cubriendo el foso: “¡No le hagan caso a este impostor; están perdidos si olvidan que los frutos son de todos y la tierra de nadie!”. Pero parece que ya entonces las cosas habían llegado al punto de no poder seguir más como estaban, pues la idea de propiedad, dependiendo de muchas otras ideas anteriores que solo pudieron nacer sucesivamente, no se formó de golpe en el espíritu humano; fueron necesarios ciertos progresos, adquirir ciertos conocimientos

y cierta industria, transmitirlos y aumentarlos de época en época, antes de llegar a ese último límite del estado natural. Tomemos, pues, las cosas desde más lejos y procuremos reunir en su solo punto de vista y en su orden más natural esa lenta sucesión de acontecimientos y conocimientos.

El primer sentimiento del hombre fue el de su existencia; su primera preocupación, la de su conservación. Los productos de la tierra le proveían de todo lo necesario; el instinto lo llevó a usarlos. El hambre y otros deseos le hacían experimentar sucesivamente diferentes modos de existir, y hubo uno que lo invitó a perpetuar su especie; esta ciega inclinación, desprovista de todo sentimiento del corazón, solo engendró un acto puramente animal; satisfecho el deseo, los dos sexos ya no se reconocían, y el hijo mismo no era nada para la madre en cuanto podía prescindir de ella.

Tal fue la condición del hombre naciente; tal fue la vida de un animal limitado al principio a las puras sensaciones, aprovechando apenas los dones que le ofrecía la naturaleza, lejos de pensar en arrancarle cosa alguna. Pero muy pronto surgieron dificultades y hubo que aprender a vencerlas. La altura de los árboles, que le impedía coger sus frutos; la concurrencia de los animales que intentaban arrebatárselos para

alimentarse, y la ferocidad de los que atacaban su propia vida, lo obligaron a aplicarse a los ejercicios corporales; tuvo que hacerse ágil, rápido en la carrera, fuerte en la lucha. Las armas naturales, que son las ramas de los árboles y las piedras, pronto estuvieron en sus manos. Aprendió a dominar los obstáculos de la naturaleza, a combatir en caso necesario con los demás animales, a disputar a los hombres mismos su subsistencia o a resarcirse de lo que era preciso cederle al más fuerte.

A medida que se extendió el género humano, los trabajos se multiplicaron con los hombres. La diferencia de los terrenos, de los climas, de las estaciones, pudo haberlos forzado a diferenciarse en sus maneras de vivir. Los años estériles, los inviernos largos y crudos, los ardientes estíos, que todo consumen, exigieron de ellos nuevos trabajos. En las orillas del mar y de los ríos inventaron el sedal y el anzuelo, y se hicieron pescadores e ictiófagos. En los bosques construyeron arcos y flechas, y fueron cazadores y guerreros. En los países fríos se cubrieron con las pieles de los animales muertos a manos suyas. El rayo, un volcán o cualquier feliz azar les dio a conocer el fuego, nuevo recurso contra el rigor del invierno; aprendieron a conservar este elemento y después a reproducirlo, y, por último, a preparar con él la carne, que antes devoraban cruda.

Esta reiterada aplicación de seres distintos y de unos a otros debió engendrar naturalmente, en el espíritu del hombre, la percepción de ciertas relaciones. Esas relaciones, que nosotros expresamos con las palabras grande, pequeño, fuerte, débil, rápido, lento, temeroso, arriesgado y otras ideas semejantes, le produjeron una especie de reflexión o más bien una prudencia maquinal, que le indicaba las precauciones más necesarias a su seguridad.

Las nuevas luces que resultaron de este desarrollo aumentaron su superioridad sobre los demás animales. Se ejercitó en tenderles lazos, en engañarlos de mil modos, y aunque muchos lo superaban en fuerza en la lucha o en rapidez en la carrera, con el tiempo se hizo dueño de los que podían servirle y azote de los que podían perjudicarlo. Así, la primera mirada que se dirigió a sí mismo suscitó el primer movimiento de orgullo; y, sabiendo apenas distinguir los rangos, se veía en el primero por su especie y se preparaba a ocuparlo también como individuo.

Aunque sus semejantes no fueran para él lo que son para nosotros, y aunque no tuviera con ellos mayor comercio que con los otros animales, no fueron olvidados en sus observaciones. Las semejanzas que pudo percibir con el tiempo entre ellos, su hembra y él mismo, le hicieron juzgar las que no percibía; viendo

que todos se conducían como él se hubiera conducido en iguales circunstancias, dedujo que su manera de pensar y de sentir era enteramente conforme con la suya, y esta importante verdad, una vez arraigada en su espíritu, le hizo seguir, por un presentimiento tan seguro y más vivo que la dialéctica, las reglas de conducta que, para ventaja y seguridad suya, más le convenía respetar frente a ellos.

Instruido por la experiencia de que el amor del bienestar es el único móvil de las acciones humanas, pudo distinguir las raras ocasiones en que, por interés común, debía contar con la ayuda de sus semejantes, y aquellas otras, más raras aún, en que la competencia debía hacerle desconfiar de ellos. En el primer caso se unía a ellos en informe rebaño, o cuando más por una especie de asociación libre que a nadie obligaba y que solo duraba el tiempo que la pasajera necesidad que la había formado; en el segundo, cada cual buscaba su provecho, bien por la fuerza si creía ser más fuerte, bien por astucia y habilidad si se sentía el más débil.

He aquí cómo los hombres pudieron adquirir cierta idea rudimentaria de compromisos mutuos y de la ventaja de cumplirlos, pero solo en la medida que podía exigirlos el interés presente y sensible, pues la previsión nada era para ellos, y, lejos de preocuparse

por un lejano futuro, ni siquiera pensaban en el día siguiente. ¿Había que cazar un ciervo? Todos comprendían que para ello debían guardar fielmente su puesto; pero si una liebre pasaba al alcance de uno de ellos, no cabe duda que la perseguiría sin ningún escrúpulo y que, cogida su presa, se cuidaría muy poco de que no se les escapase la suya a sus compañeros.

Es fácil comprender que semejantes relaciones no exigían un lenguaje mucho más refinado que el de las cornejas o los monos, que se agrupan poco más o menos del mismo modo. Durante mucho tiempo solo debieron componer el lenguaje universal gritos inarticulados, muchos gestos y algunos ruidos imitativos; unidos a esto, algunos sonidos articulados y convencionales en cada región, cuyo origen, como ya he dicho, no es fácil de explicar. Se formaron entonces lenguas particulares pero elementales, imperfectas, semejantes a las que aún tienen diferentes naciones salvajes de hoy día.

Atravieso como una flecha multitudes de siglos, forzado por el tiempo que transcurre, por la abundancia de cosas que tengo para decir y por el progreso casi imperceptible de los comienzos, tanto más lentos en sucederse cuanto más rápidos para ser descritos.

Estos primeros progresos pusieron al hombre en capacidad de hacer otros más rápidos. Cuanto más se

esclarecía el espíritu más se perfeccionaba la industria. Bien pronto los hombres, dejando de dormir bajo el primer árbol o de guarecerse en cavernas, hallaron una especie de hachas de piedra duras y cortantes que sirvieron para cortar la madera, cavar la tierra y construir chozas con las ramas de los árboles, que enseguida aprendieron a endurecer con barro y arcilla. Fue la época de una primera revolución, que originó el establecimiento y la diferenciación de las familias e introdujo una especie de propiedad, de la cual quizá nacieron ya entonces no pocas discordias y luchas. Sin embargo, como los más fuertes fueron con toda seguridad los primeros en construirse viviendas, porque se sentían capaces de defenderlas, es de creer que los débiles hallaron más fácil y más seguro imitarlos que intentar desalojarlos de ellas; y en cuanto a los que ya tenían sus cabañas, ninguno de ellos debió intentar apropiarse la de su vecino, menos porque no le perteneciera que porque no la necesitaba y porque, además, no podía apoderarse de ella sin exponerse a una viva lucha con la familia que la ocupaba.

Las primeras exteriorizaciones del corazón fueron el efecto de un nuevo estado de cosas que reunía en una habitación común a maridos y mujeres, a padres o hijos. El hábito de vivir juntos hizo nacer los más

dulces sentimientos conocidos de los hombres: el amor conyugal y el amor paternal. Cada familia fue una pequeña sociedad, tanto mejor unida cuanto que el afecto recíproco y la libertad eran los únicos vínculos. Entonces fue cuando se estableció la primera diferencia en el modo de vivir de los dos sexos, que hasta entonces habían vivido de la misma manera. Las mujeres se hicieron más sedentarias y se acostumbraron a proteger la cabaña y a cuidar de los hijos mientras el hombre iba a buscar la subsistencia de todos. Con una vida un poco más blanda, los dos sexos empezaron a perder algo de su ferocidad y de su vigor; pero si cada individuo separadamente se halló menos capaz de combatir a las fieras, fue en cambio más fácil reunirse para una resistencia común.

En este nuevo estado, llevando una vida simple y solitaria, con necesidades muy limitadas y los instrumentos que habían inventado para atenderlas, los hombres gozaban de una extremada ociosidad, que emplearon en procurarse diversas comodidades que sus padres no habían conocido. Este fue el primer yugo que se impusieron sin pensar y la primera fuente de males que prepararon a sus descendientes; pues, además de que así continuaron debilitando su cuerpo y su espíritu, y habiendo perdido esas comodidades, por la costumbre, todo su encanto y degenerado en

verdaderas necesidades, la verse privados de ellas fue mucho más cruel que agradable era su posesión, y, sin ser feliz poseyéndolas, perdiéndolas se sentían desgraciados.

Se vislumbra cómo el uso de la palabra se estableció o se perfeccionó insensiblemente en el seno de cada familia, y aun se puede conjeturar cómo diversas causas particulares pudieron extender el lenguaje y acelerar su progreso haciéndolo cada vez más necesario. Grandes inundaciones o temblores de tierra cercaron de aguas o de precipicios las regiones habitadas; revoluciones del globo desgarraron y cortaron en islas porciones del continente. Se concibe que entre hombres reunidos de ese modo y forzados a vivir juntos debió de formarse un idioma común, más bien que entre los que erraban libremente en los bosques de la tierra firme. Así, es muy probable que, después de sus primeros ensayos de navegación, los insulares hayan introducido entre nosotros el uso de la palabra; por lo menos es muy verosímil que la sociedad y las lenguas hayan nacido en las islas y en ellas se hayan perfeccionado antes de ser conocidas en el continente.

Todo empezó a cambiar de aspecto. Errantes hasta aquí en los bosques, los hombres, habiendo adquirido una situación más estable, fueron relacionándose

lentamente, reuniéndose en diversos agrupamientos y formando en cada región una nación particular, unida en sus costumbres y caracteres, no por reglamentos y leyes, sino por el mismo género de vida y de alimentación y por la influencia del clima. Una permanente vecindad no puede dejar de engendrar alguna relación entre diferentes familias. Jóvenes de distinto sexo habitaban en cabañas vecinas; el pasajero comercio que exige la naturaleza originó pronto otro no menos dulce y más permanente por la mutua frecuentación. Se habituaron a considerar diversos objetos y a hacer comparaciones; insensiblemente adquirieron ideas de mérito y de belleza que produjeron sentimientos de preferencia. A fuerza de verse, no pudieron pasar sin verse nuevamente. Un sentimiento tierno y dulce se insinuaba en el alma, sentimiento que, a la menor oposición, se convertía en furor impetuoso; los celos se despertaron al tiempo que el amor, triunfó la discordia, y la más dulce de las pasiones recibió sacrificios de sangre humana.

A medida que se suceden las ideas y los sentimientos y el espíritu y el corazón se ejercitan, la especie humana sigue domesticándose, las relaciones se extienden y se estrechan los vínculos. Los hombres se acostumbran a reunirse delante de las cabañas o al pie de un gran árbol; el canto y la danza,

verdaderos hijos del amor y del ocio, constituyen la diversión o, mejor, la ocupación de los hombres y de las mujeres agrupados y ociosos. Cada cual empezó a mirar a los demás y a querer ser mirado él mismo, y la estima pública tuvo un precio. Aquel que mejor cantaba o bailaba, o el más hermoso, el más fuerte, el más diestro o el más elocuente, fue el más considerado; y este fue el primer paso hacia la desigualdad y hacia el vicio al mismo tiempo. De estas primeras preferencias nacieron, por una parte, la vanidad y el desprecio; por otro, la vergüenza y la envidia, y la fermentación causada por esta nueva levadura produjo al fin combinaciones fatales para la felicidad y la inocencia.

Tan pronto como los hombres empezaron a apreciarse mutuamente y se formó en su espíritu la idea de la consideración, todos pretendieron tener el mismo derecho, y no fue posible que faltara para nadie. De aquí nacieron los primeros deberes de la cortesía, aun entre los salvajes; y de aquí que toda injusticia voluntaria fuera considerada como un ultraje, porque con el daño que ocasionaba la injuria el ofendido veía el desprecio de su persona, a veces más insoportable que el daño mismo. De este modo, como cada cual devolvía el desprecio que se le había inferido de modo proporcionado a la estima que tenía de sí mismo,

las venganzas fueron terribles, y los hombres, sanguinarios y crueles. He ahí precisamente el grado a que ha llegado la mayoría de los pueblos salvajes que nos son conocidos. Pero, por no haber distinguido suficientemente las ideas y observado cuán lejos se hallaban ya esos pueblos del estado natural, algunos se han precipitado a sacar la conclusión de que el hombre es naturalmente cruel y que es necesaria la autoridad para dulcificarlo, siendo así que nada hay tan dulce como él en su estado primitivo, cuando, colocado por la naturaleza a igual distancia de la estupidez de las bestias que de las nefastas luces del hombre civilizado, y limitado igualmente por el instinto y por la razón a defenderse del mal que lo amenaza, la piedad natural le impide, sin ser impelido a ello por nada, hacer daño, incluso si lo ha recibido. Porque, según el axioma del sabio Locke, *no puede existir agravio donde no hay propiedad*.¹⁰

Pero es preciso señalar que la sociedad instituida y las relaciones ya establecidas entre los hombres exigían de ellos cualidades diferentes de las que poseían por su constitución primitiva; que, empezando a introducirse la moralidad en las acciones humanas

10 *Ensayo filosófico sobre el entendimiento humano*, Libro 4, capítulo III.

y siendo cada uno, antes de las leyes, único juez y vengador de las ofensas recibidas, la bondad que convenía al puro estado de naturaleza no era la que convenía a la sociedad naciente; que era necesario que los castigos fueran más severos a medida que las ocasiones de ofender eran más frecuentes; que el terror de las venganzas tenía que ocupar el lugar del freno de las leyes. Así, aunque los hombres fueran ya menos sufridos y la piedad natural ya hubiera experimentado alguna alteración, este período del desarrollo de las facultades humanas, ocupando un justo medio entre la indolencia del estado primitivo y la petulante actividad de nuestro amor propio, debió de ser la época más feliz y duradera. Cuanto más se reflexiona, mejor se comprende que este estado era el menos sujeto a las revoluciones, el mejor para el hombre (véase la nota 16), del cual no ha debido salir sino por algún funesto azar, que, por el bien común, hubiera debido no acontecer nunca. El ejemplo de los salvajes, hallados casi todos en ese estado, parece confirmar que el género humano estaba hecho para permanecer siempre en él; que ese estado es la verdadera juventud del mundo, y que todos los progresos ulteriores han sido, en apariencia, pasos hacia la perfección del individuo; y, en realidad, hacia la decadencia de la especie.

Mientras los hombres se contentaron con sus rústicas cabañas, mientras se limitaron a coser sus vestidos de pieles con espinas vegetales o de pescado, a adornarse con plumas y conchas, a pintarse el cuerpo de distintos colores, a perfeccionar y embellecer sus arcos y sus flechas, a tallar con piedras cortantes canoas de pescadores o rudimentarios instrumentos de música; en una palabra, mientras solo se aplicaron a trabajos que uno solo podía hacer y a las artes que no requerían el concurso de varias manos, vivieron libres, sanos, buenos y felices en la medida en que podían serlo por su naturaleza y siguieron disfrutando de las dulzuras de un trato independiente. Pero desde el instante en que el hombre que imagino tuvo necesidad de la ayuda de otro; desde que se advirtió que era útil a uno solo poseer provisiones por dos, la igualdad desapareció, se introdujo la propiedad, el trabajo fue necesario y los bosques inmensos se trocaron en rientes campiñas que fue necesario regar con el sudor de los hombres y en las cuales se vio pronto germinar y crecer, a la par de las cosechas, la esclavitud y la miseria.

La metalurgia y la agricultura fueron las dos artes cuyo desarrollo produjo esta gran revolución. Para el poeta son el oro y la plata; pero para el filósofo son el hierro y el trigo los que han civilizado a los

hombres y perdido al género humano. Uno y otro eran desconocidos por los salvajes de América, por lo cual han permanecido siempre iguales; y los demás pueblos parece que siguieron siendo bárbaros mientras no practicaron más que una sola de estas artes. Precisamente, quizá una de las mejores razones de que Europa haya sido, si no más pronto, mejor y más constantemente ordenada que las otras partes del mundo, es que al mismo tiempo es la más abundante en hierro y la más fértil en trigo.

Es difícil conjeturar de qué modo han llegado los hombres a conocer y emplear el hierro, pues no es de creer que hayan imaginado por sí mismos extraer la materia de la mina y darle las preparaciones necesarias para su fusión antes de saber lo que resultaría. Por otra parte, no puede atribuirse este descubrimiento a un incendio casual, puesto que las minas se forman en lugares áridos y desprovistos de árboles y plantas; de suerte que parece que la naturaleza ha tomado sus precauciones para ocultarnos el fatal secreto. Solo queda la extraordinaria circunstancia de que un volcán, vomitando materias metálicas en fusión, haya sugerido a los espectadores la idea de imitar esta operación de la naturaleza; pero es necesario suponer mucho valor y previsión para emprender un trabajo tan penoso y

calcular desde mucho antes las ventajas que podían obtenerse, y esto solo es admisible en espíritus más cultivados que lo debía estar el de aquellos hombres.

En cuanto a la agricultura, el principio fue conocido mucho antes de que se estableciera la práctica, pues no es probable que los hombres, siempre ocupados en sacar de los árboles y las plantas su subsistencia, hayan tardado mucho tiempo en advertir los caminos que sigue la naturaleza para la generación de los vegetales; pero su trabajo no se inclinó probablemente hasta muy tarde en ese sentido, bien porque los árboles, que con la caza y la pesca proveían a su alimento, no necesitaban sus cuidados, bien por desconocer el uso del trigo, bien por falta de instrumentos para cultivarlo, bien por falta de previsión para las necesidades futuras, o bien, en definitiva, por no haber medios para impedir a los demás que se apoderaran del fruto de su trabajo. Cuando ya fueron más industriosos, es de presumir que empezaron con piedras afiladas y palos puntiagudos a cultivar algunas legumbres o raíces alrededor de sus cabañas, mucho antes de saber trabajar el trigo y tener los instrumentos necesarios para el cultivo a gran escala; sin contar que para entregarse a esta labor y sembrar las tierras es preciso decidirse a perder alguna cosa primero para obtener mucho después, calculo claramente

extraño a la mente del salvaje, que, como he dicho antes, tiene bastante con pensar por la mañana en sus necesidades de la tarde.

La invención de las otras artes fue, por tanto, necesaria para forzar al género humano a dedicarse a la agricultura. En cuanto hubo necesidad de hombres para fundir y forjar el hierro, fueron necesarios otros que los alimentaran. Cuanto mayor fue el número de obreros, menos manos hubo empleadas en proveer a la común subsistencia, sin haber por eso menos bocas que alimentar; y como unos necesitaron alimentos en cambio de su hierro, los otros descubrieron en fin el secreto de emplear el hierro para multiplicar los alimentos. De aquí nacieron, por una parte, el cultivo y la agricultura; por otra, el arte de trabajar los metales y multiplicar sus usos.

Del cultivo de las tierras resultó necesariamente su reparto, y de la propiedad, una vez reconocida, las primeras reglas de justicia, porque para dar a cada cual lo suyo es necesario que cada uno pueda tener alguna cosa. Por otro lado, los hombres ya habían empezado a pensar en el porvenir, y como todos tenían algo que perder, no había ninguno que no tuviera que temer para sí la represalia de los daños que podía causar a otro. Este origen es tanto más natural cuanto que es imposible concebir la idea de la propiedad naciente de

otro modo que por la mano de obra, pues no se comprende que para apropiarse las cosas que no ha hecho pudiera el hombre poner más que su trabajo. Es el trabajo únicamente el que, dando derecho al cultivador sobre el producto de la tierra que ha trabajado, le da consiguientemente ese mismo derecho sobre el suelo, por lo menos hasta la cosecha, y así de año en año; lo que, constituyendo una posesión continua, se transforma fácilmente en propiedad. Cuando los antiguos, dice Grocio, dieron a Ceres¹¹ el epíteto de legisladora y a una fiesta que se celebraba en su honor el nombre de Temosforia, dieron a entender que el reparto de las tierras había producido una nueva especie de derecho, es decir, el derecho de propiedad, diferente del que resulta de la ley natural.

En esta situación, las cosas hubieran podido permanecer iguales si las aptitudes hubieran sido iguales, y si, por ejemplo, el empleo del hierro y el consumo de los productos alimenticios hubieran guardado un equilibrio exacto. Pero la proporción se rompió muy pronto; el más fuerte trabajaba; el más hábil sacaba mejor partido de lo suyo; el más ingenioso hallaba los medios de abreviar su trabajo; el labrador necesitaba más hierro, o el herrero más trigo; y trabajando todos

11 Diosa romana de la fertilidad y la agricultura (N. del T.).

igualmente, unos ganaban más mientras otros apenas podían vivir. De este modo, la desigualdad natural se desenvuelve insensiblemente con la de combinación, y las diferencias entre los hombres, desarrolladas por las que originan las circunstancias, se hicieron más notorias, más permanentes en sus efectos y empezaron a influir en la suerte de los individuos.

En este punto es fácil imaginar el resto. No me detendré a describir la invención sucesiva de las otras artes, el progreso de las lenguas, la prueba y el empleo de las aptitudes, la desigualdad de las fortunas, el uso y el abuso de las riquezas, ni todos los detalles que siguen a estos y que cada uno puede fácilmente suponer. Me limitaré a echar un vistazo al género humano puesto en ese nuevo orden de cosas.

He aquí todas nuestras facultades desarrolladas, la memoria y la imaginación en juego, interesado el amor propio, la razón en actividad y el espíritu casi al término de la perfección de que es susceptible. He aquí todas las cualidades naturales puestas en acción, establecidas la condición y la suerte de cada hombre, no solo en lo que se refiere a la cantidad de bienes y al poder de servir o perjudicar, sino en cuanto al espíritu, la belleza, la fuerza o la destreza, el mérito y las aptitudes. Siendo estas cualidades las únicas que podían atraer la consideración, pronto fue necesario

tenerlas o fingirlas; fue preciso, por el propio interés, aparecer distinto de lo que en verdad se era. Ser y parecer fueron dos cosas por completo diferentes, y de esta diferencia nacieron la ostentación imponente, la astucia engañosa y todos los vicios que forman su séquito. Por otra parte, de libre e independiente que era antes el hombre pasó, por un montón de necesidades nuevas, a ser sometido, por así decir, a la naturaleza entera, y sobre todo a sus semejantes, de los cuales se convirtió en esclavo siendo aun su señor: rico, necesitó de sus servicios; pobre; de su ayuda, y la mediocridad le impidió prescindir de ellos. Necesitó, por tanto, buscar el modo de interesarlos en su suerte y hacerles hallar su propio interés, en realidad o en apariencia, trabajando en provecho suyo; lo que lo volvió trapacero y artificioso con unos, imperioso y duro con otros, y lo obligó a engañar a todos aquellos que necesita cuando no podía hacerse temer de ellos ni encontraba interés en servirles. En fin, la voraz ambición, la pasión por aumentar su relativa fortuna, menos por una verdadera necesidad que para elevarse por encima de los demás, inspiró a todos los hombres una negra inclinación a perjudicarse mutuamente, una secreta envidia, tanto más peligrosa cuanto que, para herir con más seguridad, tomó con frecuencia la máscara de la benevolencia; en una palabra, de

un lado, competencia y rivalidad; de otro, oposición de intereses, y siempre el oculto deseo de buscar su provecho a expensas de los demás. Todos estos males son el primer efecto de la propiedad y la inseparable compañía de la desigualdad naciente.

Antes de haberse inventado los signos representativos de las riquezas, estas no podían consistir sino en tierras y en ganados, únicos bienes efectivos que los hombres podían poseer. Ahora bien, cuando las herencias crecieron en número y en extensión, hasta el punto de cubrir el suelo entero y de tocarse unas con otras, ya no pudieron extenderse más a expensas de las otras, y los que no poseían ninguna porque la debilidad o la indolencia les había impedido adquirirlas a tiempo, se vieron obligados a recibir o a arrebatar de manos de los ricos su subsistencia; de ahí empezaron a nacer, según el carácter de cada uno, la dominación y la servidumbre o la violencia y las rapiñas. Los ricos, por su parte, una vez conocieron el placer de dominar, desdeñaron rápidamente a los demás, y, sirviéndose de sus antiguos esclavos para someter a otros hombres a la servidumbre, no pensaron más que en subyugar y esclavizar a sus vecinos, semejantes a esos lobos hambrientos que, habiendo gustado una vez la carne humana, rechazan todo otro alimento y solo quieren devorar hombres.

De este modo, haciendo los más poderosos de sus fuerzas o los más miserables de sus necesidades una especie de derecho al bien ajeno, equivalente, según ellos, al de propiedad, la igualdad deshecha fue seguida del más espantoso desorden; de este modo, las usurpaciones de los ricos, las depredaciones de los pobres, las pasiones desenfrenadas de todos, ahogando la piedad natural y la voz todavía débil de la justicia, hicieron a los hombres avaros, ambiciosos y malvados. Entre el derecho del más fuerte y el del primer ocupante se alzaba un perpetuo conflicto que no se terminaba sino en combates y en asesinatos (véase la nota 17). La naciente sociedad cedió la plaza al más horrible estado de guerra; el género humano, envilecido y desolado, no pudiendo volver sobre sus pasos ni renunciar a las desgraciadas adquisiciones que había hecho, y no trabajando sino en su propia destrucción por el abuso de las facultades que le honran, se puso a sí mismo *ad portas* de su ruina.

Attonitus novitate mali, divesque, miserque,
Effugere optat opes, et quae modo voverat
odit¹².

12 “Aterrado por un mal tan nuevo, rico y miserable, desea huir de sus riquezas, y lo que antes deseaba, lo odia” (Ovidio, *Metamorfosis*, XI). (N. del T.).

No es posible que los hombres no se hayan detenido a reflexionar sobre una situación tan miserable y sobre las calamidades que los agobiaban. Sobre todo los ricos debieron comprender cuán desventajoso era para ellos una guerra perpetua, con cuyas consecuencias solo ellos cargaban y en la que el riesgo de la vida era común y el de los bienes particular. Por otra parte, cualquiera que fuera el pretexto que pudieran dar a sus usurpaciones, sabían demasiado que solo descansaban sobre un derecho, precario y abusivo, y que, adquiridas por la fuerza, la fuerza podía arrebatarlas sin que tuvieran derecho a quejarse. Aquellos mismos que solo se habían enriquecido por la industria no podían tampoco ostentar sobre su propiedad mejores títulos. Podrían decir: “Yo he construido este muro; he ganado este terreno con mi trabajo”. Pero se les podía contestar: “¿Quién les dio los linderos? ¿Y en virtud de qué pretenden cobrar por un trabajo que nadie les encargó? ¿Ignoran que muchos hermanos suyos perecen o sufren por carecer de lo que a ustedes les sobra, y que necesitaban el consentimiento expreso y unánime del género humano para apropiarse de los medios de subsistencia del resto?”. Desprovisto de razones verdaderas para justificarse y de fuerza suficiente para defenderse,

venciendo fácilmente a un individuo particular pero vencido él mismo por cuadrillas de bandidos; solo contra todos, y no pudiendo, a causa de sus mutuas rivalidades, unirse a sus iguales contra los enemigos unidos por el ansia común del pillaje, el rico, apremiado por la necesidad, concibió al fin el proyecto más premeditado que haya nacido jamás en el espíritu humano: emplear en su provecho las mismas fuerzas de quienes lo atacaban, hacer de sus enemigos sus defensores, inspirarles otras máximas y darles otras instituciones que fueran para él tan favorables como adverso le resultaba el derecho natural.

Con este fin, después de exponer a sus vecinos el horror de una situación que los armaba a todos contra todos, que hacía tan onerosas sus propiedades como sus necesidades, y en la cual nadie podía hallar seguridad ni en la pobreza ni en la riqueza, inventó fácilmente especiosas razones para conducirlos al fin que se proponía. “Unámonos —les dijo— para proteger a los débiles contra la opresión, contener a los ambiciosos y asegurar a cada uno la posesión de lo que le pertenece; hagamos reglamentos de justicia y de paz que todos estén obligados a observar, que no hagan excepción de nadie y que reparen en cierto modo los caprichos de la fortuna, sometiendo igualmente al poderoso y al débil a deberes recíprocos.

En una palabra, en lugar de volver nuestras fuerzas contra nosotros mismos, concentrémoslas en un poder supremo que nos gobierna con sabias leyes, que proteja y defienda a todos los miembros de la asociación, rechace a los enemigos comunes y nos mantenga en eterna concordia”.

Se necesitó mucho menos que un discurso como este para decidir a hombres toscos, fáciles de seducir, que, por otra parte, tenían demasiadas cuestiones entre ellos para poder prescindir de árbitros, y demasiada avaricia y ambición para poder prescindir de amos. Todos corrieron al encuentro de sus cadenas creyendo asegurar su libertad, pues, con bastante inteligencia para comprender las ventajas de una institución política, carecían de la experiencia necesaria para prevenir sus peligros; los más capaces de prever los abusos eran precisamente los que esperaban aprovecharse de ellos, y los mismos sabios vieron que era preciso resolverse a sacrificar una parte de su libertad para conservar la otra, del mismo modo que un herido se deja cortar un brazo para salvar el resto del cuerpo.

Tal fue o debió ser el origen de la sociedad y de las leyes, que dieron nuevas trabas al débil y nuevas fuerzas al rico (véase la nota 18), aniquilaron para siempre la libertad natural, fijaron para siempre la

ley de la propiedad y de la desigualdad, hicieron de una astuta usurpación un derecho irrevocable, y, para provecho de unos cuantos ambiciosos, sujetaron a todo el género humano al trabajo, a la servidumbre y a la miseria. Fácilmente se ve cómo el establecimiento de una sola sociedad hizo indispensables a todas las demás, y de qué manera, para hacer frente a fuerzas unidas, fue necesario unirse también. Las sociedades, multiplicándose o extendiéndose rápidamente, cubrieron toda la superficie de la tierra, y ya no fue posible hallar un solo rincón en el universo donde se pudiera evadir el yugo y sustraer la cabeza al filo de la espada, con frecuencia mal manejada, que cada hombre vio perpetuamente suspendida encima de su cabeza. Habiéndose convertido el derecho civil en la regla común de todos los ciudadanos, la ley natural no se conservó sino entre las diversas sociedades, donde, bajo el nombre de derecho de gentes, fue moderada por algunas convenciones tácitas para hacer posible el comercio y suplir a la conmiseración natural, la cual, perdiendo de sociedad en sociedad casi toda la fuerza que tenía de hombre a hombre, no reside ya sino en algunas grandes almas cosmopolitas que franquean las barreras imaginarias que separan a los pueblos y, a ejemplo del Ser soberano que las ha

creado, abrazan en su benevolencia a todo el género humano.

Los cuerpos políticos, que siguieron entre sí en el estado natural, no tardaron en sufrir los mismos inconvenientes que habían forzado a los particulares a salir de él, y esta situación fue más funesta aún entre esos grandes cuerpos que antes entre los individuos que los componían. De aquí salieron las guerras nacionales, las batallas, los asesinatos, las represalias, que hacen estremecerse a la naturaleza y ofenden a la razón, y todos esos prejuicios horribles que colocan en la categoría de las virtudes el honor de derramar sangre humana. Las gentes más honorables aprendieron a contar entre sus deberes el de degollar a sus semejantes; se vio a los hombres exterminarse a millares sin saber por qué, y en un solo día se cometían más crímenes y más horrores en el asalto de una sola ciudad de los que se hubieran cometido en el estado de naturaleza durante siglos enteros y en toda la extensión de la tierra. Tales son los primeros efectos que se observan de la división del género humano en diferentes sociedades. Volvamos a sus instituciones.

Yo sé que otros han atribuido diferentes orígenes a las sociedades políticas, como las conquistas del más fuerte o la unión de los débiles; pero la elección

entre estas causas es indiferente para lo que quiero dejar asentado. Sin embargo, la que yo he expuesto me parece la más natural por las siguientes razones: Primero, que, en el primer caso, el derecho de conquista, no siendo un derecho, no ha podido servir de fundamento a otro alguno, pues el conquistador y los pueblos sometidos permanecían siempre en estado de guerra, a menos que la nación, recobrada su plena libertad, no escogiera voluntariamente a su vencedor como jefe; hasta entonces, sean cuales sean las capitulaciones, como solo descansan sobre la violencia y, por consiguiente, son nulas por ese mismo hecho, no puede haber, en esta hipótesis, ni verdadera sociedad, ni cuerpo político, ni otra ley que la del más fuerte. Segunda, que las palabras *fuerte* y *débil* son equívocas en el segundo caso; que en el intervalo entre el establecimiento del derecho de propiedad o del primer ocupante y la constitución de gobiernos políticos, el sentido de esos términos es mejor expresado por los de *pobre* y *rico*, porque, en efecto, un hombre no tenía antes de la implantación de las leyes otro medio de someter a sus iguales que el de atacar a sus bienes o el de darle parte de los suyos. Tercera, que, no teniendo los pobres otra cosa que perder sino su libertad, hubieran cometido una gran locura privándose voluntariamente del único bien

que les quedaba para no ganar nada en el cambio; que, al contrario, sensibles los ricos, por así decir, en todas las partes de sus bienes, era mucho más fácil hacerles daño, por lo cual tenían que tomar muchas más precauciones para protegerse; y que, por último, es razonable creer que una cosa ha sido inventada más bien por aquellos a quienes beneficia que por quienes con ella salen perjudicados.

El naciente gobierno no tuvo forma regular y constante. La falta de filosofía y de experiencia solo dejaba ver las dificultades presentes, y no se pensaba en remediar las otras sino a medida que se presentaban. A pesar de los esfuerzos de los más sabios legisladores, el estado político permaneció siempre imperfecto porque era en gran parte la obra del azar, y, mal empezado, al descubrirse con el tiempo sus defectos y sugerir los remedios pertinentes, nunca pudieron corregirse los vicios de su constitución; era reformado sin cesar, cuando hubiera sido necesario empezar por renovar el aire y separar los viejos materiales, como hizo Licurgo en Esparta, para construir en su lugar un buen edificio.

La sociedad no consistió al principio más que en algunas convenciones generales que todos los particulares se comprometían a respetar, y de cuyo cumplimiento era garante la comunidad ante cada uno de

ellos. Fue necesario que la experiencia demostrara cuán débil era semejante constitución y cuán fácil a los infractores eludir la prueba o el castigo de las faltas de que el público solo debía ser testigo y juez; fue preciso que los contratiempos y los desórdenes se multiplicaran continuamente para que al fin se pensara en confiar a algunos particulares el peligroso depósito de la autoridad pública y se encargara a ciertos magistrados el cuidado de hacer observar las deliberaciones del pueblo; pues decir que los jefes fueron elegidos antes de que la confederación fuera hecha y que los ministros de la ley existieron antes que las leyes mismas, es una suposición que ni siquiera vale la pena combatir seriamente.

Tampoco sería razonable creer que los pueblos se arrojaron desde el primer momento en brazos de un amo absoluto, sin condiciones y para siempre, y que el primer medio de atender a la seguridad común imaginado por hombres arrogantes o indómitos haya sido precipitarse a la esclavitud. En efecto, ¿por qué se han dado a sí mismos superiores si no es para que los defendieran contra la opresión y protegieran sus bienes, sus libertades y sus vidas, que son, por así decir, los elementos constitutivos de su ser? Ahora bien, en las relaciones entre los hombres, lo peor que puede sucederle a uno es verse a merced de otro; ¿no

sería entonces contrario al sentido común poner en las manos de un jefe aquello que el jefe debía proteger pero no usurpar? ¿Qué devolución equivalente hubiera podido ofrecer este último por la concesión de tan magnífico derecho? Y si hubiera osado exigirlo con el pretexto de defenderlo, ¿no hubiera recibido inmediatamente la respuesta del apólogo: “¿Qué más querrá de nosotros el enemigo?”. Es, pues, incontestable, y tal es el precepto fundamental de todo derecho político, que los pueblos se han dado jefes para defender su libertad y no para ser oprimidos. *Si tenemos un príncipe —decía Plinio a Trajano— es para que nos preserve de tener un amo.*

Los políticos hacen sobre el amor de la libertad los mismos sofismas que los filósofos sobre el estado de naturaleza. Por las cosas que ven juzgan cosas muy distintas que no han visto, y atribuyen a los hombres una inclinación natural a la esclavitud por la paciencia con que soportan la suya aquellos que tienen ante los ojos, sin pensar que sucede con la libertad como con la inocencia y la virtud, cuyo valor no se conoce mientras no se gozan, y el gusto de las cuales desaparece tan pronto como se han perdido. “Conozco las delicias de tu país —le dijo Brasidas a un sátrapa que comparaba

la vida de Esparta con la de Persépolis—, pero tú no puedes conocer los placeres del mío”.¹³

Como una bestia indómita que eriza sus crines, patea la tierra con sus cascos y se debate impetuosa con solo ver el freno, mientras un caballo domado sufre pacientemente el látigo y la espuela, el hombre bárbaro no baja la cabeza ante al yugo, ese mismo que el hombre civilizado soporta sin murmurar, y prefiere la más agitada libertad a una tranquila sujeción. No es, pues, por envilecimiento de los pueblos sometidos por lo que hay que juzgar las disposiciones naturales de los hombres en pro o en contra de la servidumbre, sino por los prodigios que han hecho todos los pueblos libres para protegerse contra la opresión. Bien sé que los primeros no hacen más que alabar sin cesar la paz y el reposo de que gozan entre sus hierros y que *miserrimam servitutens pacem appellant*¹⁴; pero cuando veo a los otros sacrificar los placeres, el reposo, las riquezas, el poderío y hasta la vida misma para conservar ese bien único tan despreciado por los que lo han perdido; cuando veo a unos animales nacidos libres y aborreciendo la sumisión romperse la cabeza contra las rejas de su prisión; cuando veo a

13 Heródoto, *Historias*, VII (N. del T.).

14 “A la servidumbre más vil la llaman ‘paz’” (N. del T.).

muchedumbres de salvajes completamente desnudos desdeñar las voluptuosidades europeas, desafiar el hambre, el fuego, el hierro y la muerte solamente por conservar su independencia, pienso que no corresponde a los esclavos razonar sobre la libertad.

En cuanto a la autoridad paternal, de la cual han hecho derivar algunos el gobierno absoluto y aun la sociedad entera, sin recurrir a las pruebas contrarias de Locke y de Sidney, basta con indicar que nada hay en el mundo tan lejos del espíritu feroz del despotismo como la dulzura de esa autoridad, que atiende más al provecho de quien obedece que a la utilidad del que manda; que, por ley natural, el padre solo es dueño del hijo mientras este necesita su ayuda; que después de ese término son iguales, y que entonces el hijo, perfectamente independiente de su padre, le debe respeto pero no obediencia; porque el reconocimiento es un deber que hay que cumplir pero no un derecho que se pueda exigir. En lugar de decir que la sociedad civilizada se deriva del poder paternal, sería necesario decir, al contrario, que es de ella de quien ese poder obtiene su principal fuerza. Un individuo no fue reconocido por el padre de varios sino cuando todos permanecieron a su lado. Los bienes del padre, de los cuales él es el verdadero dueño, son los lazos que mantienen a los hijos bajo su

dependencia, y él puede no darles parte en la herencia sino en la medida en que lo hayan merecido por un continuo acatamiento de su voluntad. Ahora bien, lejos de poder esperar los súbditos semejante favor de su déspota, como le pertenecen ellos y las cosas que poseen, o al menos así lo pretende, los sometidos se ven reducidos a recibir como un favor lo que les deja de sus propios bienes; creen que el déspota hace justicia cuando los despoja; que les concede gracia cuando los deja vivir.

Examinando los hechos desde el punto de vista del derecho, sería difícil encontrar sólida y veraz la implantación voluntaria de la tiranía, así como demostrar la validez de un contrato que solo obligaría a una de las partes, en el cual se pondría todo de un lado y nada del otro, y que solo redundaría en perjuicio del contrayente. Este odioso sistema está muy lejos de existir; aun hoy día, el de los monarcas sabios y buenos, como puede verse en diversos pasajes de sus edictos, y particularmente en el siguiente, de un célebre escrito publicado en 1667 en nombre y por orden de Luis XIV: “No se diga, pues, que el soberano no se halla sujeto a las leyes de su Estado, puesto que la proposición contraria es una verdad del derecho de gentes que las habladurías han atacado algunas veces, pero que los buenos príncipes han defendido siempre

como una divinidad tutelar de su Estado. ¡Cuánto más legítimo es decir con el sabio Platón que la perfecta felicidad de un reino consiste en que el príncipe sea obedecido de sus súbditos, que él obedezca a la ley y que la ley sea recta y encaminada siempre al bien público!¹⁵ No me detendré a averiguar si, siendo la libertad la más noble de las facultades del hombre, no es degradar su naturaleza ponerse al nivel de las bestias, esclavas de su instinto, y aun ofender al mismo Autor de sus días, el renunciar sin reserva al más precioso de todos sus dones, el someterse a cometer todos los crímenes que Él nos prohíbe, por complacer a un amo feroz e insensato, y si aquel Obrero sublime debe sentirse más irritado al ver destruir o al ver deshonar su obra más hermosa. No apelaré, si se quiere, a la autoridad de Barbeyrac, que declara netamente, según Locke, que nadie puede vender su libertad hasta someterse a un poder arbitrario que lo trata a su capricho, *porque —añade— sería vender su propia vida, de la cual uno no es dueño*. Preguntaré solamente con qué derecho aquellos que no temen envilecerse a sí mismos hasta ese punto han sometido

15 Contrariamente al uso que Rousseau hace aquí, este texto de 1667 pretendía legitimar todo poder real en el caso específico del proyecto de invasión de Holanda (N. del T.).

a sus descendientes a la misma ignominia y han renunciado, por esa misma ignominia, a bienes sin los cuales la vida es una carga.

Puffendorff¹⁶ dice que, del mismo modo que una persona transfiere a otra sus bienes por medio de convenciones y contratos, de igual manera puede despojarse de su libertad en favor de alguno. Me parece un malísimo razonamiento porque, en primer lugar, los bienes que yo enajeno se convierten para mí en cosa completamente extraña, cuyo abuso me es indiferente; pero me importa mucho que no se abuse de mi libertad, y yo no puedo, sin hacerme culpable del daño que se me obligará a hacer, exponerme a ser instrumento del crimen. En segundo lugar, siendo el derecho de propiedad de institución humana, cada uno puede disponer a su antojo de aquello que posee; pero no sucede lo mismo con los dones esenciales de la naturaleza, como la vida y la libertad, de los cuales le está permitido a cada uno gozar, pero de los cuales es menos probable despojarse. Renunciando a la libertad se degrada el ser; renunciando a la vida, se aniquila la libertad, pues ella está en cada uno; y como ningún bien temporal puede compensar la

16 Samuel Puffendorf, escritor e historiador alemán del siglo XVII (1632-1694) (N. del T.).

falta de una o de otra, sería ofender al mismo tiempo a la naturaleza y a la razón renunciar a aquellas al precio que sea. Pero aunque se pudiera enajenar la libertad como los bienes propios, la diferencia sería muy grande en cuanto a los hijos, que no disfrutaban de los bienes del padre sino por la transmisión de su derecho, mientras que siendo la libertad un don que han recibido de la naturaleza en su calidad de hombres, sus progenitores no tienen ningún derecho a despojarlos de ella; de suerte que, de igual manera que hubo de violentarse a la naturaleza para implantar la esclavitud, ha sido necesario cambiarla para perpetuar ese derecho. Los jurisconsultos que decidieron equivocadamente que el hijo de una esclava nacería esclavo, resolvieron, en otros términos, que un hombre no nazca hombre.

Me parece cierto, entonces, que no solo los gobiernos no han empezado por el poder arbitrario, que no es sino su corrupción, su último extremo, y que los lleva en fin a la ley única del más fuerte, de la cual fueron al principio su remedio, sino que, aunque hubieran efectivamente empezado de ese modo, tal poder, siendo por naturaleza ilegítimo, no ha podido servir de fundamento a las leyes de la sociedad ni, por consiguiente, a la desigualdad de institución.

Sin entrar en investigaciones que están todavía por adelantarse, concernientes a la naturaleza del pacto fundamental de todo gobierno, me limito aquí, siguiendo la opinión común, a considerar la fundación del cuerpo político como un verdadero contrato entre los pueblos y los jefes que eligió para su gobierno, contrato por el cual se obligan las dos partes al respeto de las leyes que en él se estipulan y que constituyen los vínculos de su unión. Habiendo el pueblo, a propósito de las relaciones sociales, reunido todas sus voluntades en una sola, todos los artículos en que se expresa esa voluntad son otras tantas leyes fundamentales que obligan a todos los miembros del Estado sin excepción, y una de las cuales determina la elección y el poder de los magistrados encargados de velar por la ejecución de las otras. Este poder se extiende a todo lo que puede mantener la constitución, pero no alcanza para cambiarla. Se añaden además los honores que hacen respetables las leyes y los magistrados, y para estos personalmente, prerrogativas que compensan los penosos trabajos que cuesta una buena administración. El magistrado, a su vez, está obligado a no usar el poder que le ha sido confiado sino conforme a la intención de sus mandatarios, a mantener a cada uno en el tranquilo

disfrute de aquello que le pertenece y a anteponer en toda ocasión la utilidad pública a su interés privado.

Antes de que la experiencia hubiera demostrado o que el conocimiento del corazón humano hubiera hecho prever los inevitables abusos de semejante constitución, debió parecer tanto más excelente cuanto que aquellos que estaban encargados de velar por su conservación eran los más interesados en ello; pues como la magistratura y sus derechos descansaban solamente sobre las leyes fundamentales, si estas eran destruidas los magistrados dejaban de ser legítimos y el pueblo dejaba de deberles obediencia, y como la esencia del Estado no estaría constituida por el magistrado, sino por la ley, cada cual recobraría por derecho su libertad natural.

Por poco que se reflexionara atentamente, esto se hallaría confirmado por nuevas razones, y por la naturaleza del contrato se vería que este no podría ser irrevocable; porque si no existía un poder superior que pudiera responder por la fidelidad de los contratantes ni forzarlos a cumplir sus compromisos recíprocos, las partes serían los únicos jueces de su propia causa y cada una tendría siempre el derecho de rescindir el contrato tan pronto como advirtiera que la otra infringía las condiciones, o bien cuando estas dejaran de convenirle. Sobre este principio

parece que puede estar fundado el derecho de abdicar. Ahora bien, al no considerar, como hacemos nosotros, más que la constitución humana, si el magistrado que detenta todo el poder y se apropia todas las ventajas del contrato, tenía el derecho de renunciar a la autoridad, con mayor razón el pueblo, que paga todos los errores de sus jefes, debía tener el derecho de renunciar a la dependencia. Pero los terribles disensos, los desórdenes sin fin que traería consigo un poder tan peligroso, demuestran más que ninguna otra cosa hasta qué punto los gobiernos humanos necesitaban una base más sólida que la sola razón, y en qué medida era necesario, para la tranquilidad pública, que interviniera la voluntad divina para dar a la autoridad soberana un carácter sagrado e inviolable que privara a los súbditos del funesto derecho de disponer de esa autoridad. Aunque la religión no hubiera producido a los hombres más que este bien, sería suficiente para que todos la amaran y la adoptaran, aun con sus abusos, puesto que ahorra mucha más sangre que la derramada por el fanatismo. Pero sigamos el hilo de nuestra hipótesis.

Las diversas formas de gobierno deben su origen a las diferencias más o menos grandes que existían entre los particulares en el momento de su institución. ¿Había un hombre con poder, virtud, riqueza o

crédito prominente? Él solo fue elegido magistrado, y entonces el Estado fue monárquico. ¿Había algunos más o menos iguales entre sí, que excedieran a todos los demás? Fueron elegidos conjuntamente, y hubo así una aristocracia. Aquellos cuya fortuna o cuyos talentos eran menos desproporcionados y que menos se habían apartado del estado natural guardaron en común la administración suprema y constituyeron una democracia. El tiempo experimentó cuál de esas formas era la más ventajosa para los hombres. Unos quedaron sometidos únicamente a las leyes; otros obedecieron pronto a los amos. Los ciudadanos quisieron conservar su libertad; los súbditos solo pensaron en arrebatarla a sus vecinos, no pudiendo soportar que otros gozaran de un bien que no disfrutaban ellos mismos. En una palabra, en un lado estuvieron las riquezas y las conquistas; en otro, la felicidad y la virtud.

En estos diversos gobiernos todas las magistraturas fueron al principio electivas, y cuando la riqueza no el medio para obtenerla, la preferencia era otorgada al mérito, que concede un ascendiente natural, y a la edad, que da experiencia en los negocios y sangre fría en las deliberaciones. Los ancianos entre los hebreos, los gerontes de Esparta, el senado de Roma y la misma etimología de nuestra palabra *seigneur*

demuestran cuán respetada era en otro tiempo la vejez. Cuanto más recaía el nombramiento en hombres de avanzada edad, más frecuentes eran las elecciones y más dificultades se presentaban por tal motivo. Se introdujeron las intrigas, se formaron las facciones, se agriaron los partidos, se encendieron las guerras civiles; en fin, la sangre de los ciudadanos fue sacrificada por el pretendido honor del Estado, y hubo hombres al borde de recaer en la anarquía de los tiempos pasados. La ambición de los poderosos aprovechó estas circunstancias para perpetuar sus cargos en sus familias; el pueblo, acostumbrado ya a la dependencia, al reposo y a las comodidades de la vida, incapacitado ya para romper sus hierros, consintió la agravación de su servidumbre para asegurar su tranquilidad. Así, los jefes, convertidos en hereditarios, empezaron a considerar su magistratura como un bien de familia, a mirarse a sí mismos como propietarios del Estado, del cual no eran al principio sino los empleados; a llamar esclavos a sus conciudadanos; a contarlos, como si fueran animales, dentro del número de las cosas que les pertenecían, y a llamarse a sí mismos iguales de los dioses y reyes de reyes.

Si seguimos el progreso de la desigualdad a través de estas diversas revoluciones, hallaremos que el establecimiento de la ley y del derecho de propiedad

fue su primer término; el segundo, la institución de la magistratura; el tercero y último, la mudanza del poder legítimo en poder arbitrario; de suerte que el estado de rico y de pobre fue autorizado por la primer época; el de poderoso y débil, por la segunda; y por la tercera, el de señor y esclavo, que es el último grado de la desigualdad y el término al que conducen todos los otros, hasta que nuevas renovaciones disuelven por completo el gobierno o lo retrotraen a su forma legítima.

Para comprender la necesidad de ese progreso no es necesario considerar tanto los motivos de la fundación del cuerpo político como la forma que toma en su realización y los inconvenientes que después suscita, pues los vicios que hacen necesarias las instituciones sociales son los mismos que hacen inevitable el abuso; y como, exceptuada solamente Esparta, donde la ley velaba principalmente por la educación de los niños, donde Licurgo estableció costumbres que casi le dispensaban de promulgar leyes, estas, en general, menos fuertes que las pasiones, contienen a los hombres pero no los cambian, sería fácil demostrar que todo gobierno que, sin corromperse ni alterarse, procediera siempre exactamente según el fin de su existencia, habría sido instituido sin necesidad, y que un país en que nadie eludiera el cumplimiento

de las leyes, donde nadie abusara de la magistratura, no tendría necesidad ni de magistrados ni de leyes.

Las distinciones políticas engendran necesariamente las diferencias sociales. La desigualdad, creciendo entre el pueblo y sus jefes, pronto se deja sentir entre los particulares, modificándose de mil maneras según las pasiones, los talentos y las circunstancias. El magistrado solo podría usurpar un poder ilegítimo rodeándose de criaturas a su imagen y semejanza, a las cuales tiene que ceder una parte. Por otro lado, los ciudadanos no se dejan oprimir sino arrastrados por una ciega ambición, y, mirando más hacia el suelo que hacia el cielo, la dominación les parece mejor que la independencia, y consienten llevar cadenas para poder imponerlas a su vez. Es muy difícil someter a la obediencia a aquel que no busca mandar, y el político más astuto no hallaría el modo de sojuzgar a unos hombres que solo quisieran conservar su libertad. Pero la desigualdad se extiende sin trabajo entre las almas ambiciosas y viles, dispuestas siempre a correr los riesgos de la fortuna y a dominar u obedecer casi indiferentemente, según que la fortuna les sea favorable o adversa. Así, llegó un tiempo en que el pueblo estaba tan hechizado que sus conductores solo tenían que decirle al más ínfimo de los hombres: “¡serás grande tú y toda tu raza!”, y al instante le parecía grande a todo

el mundo y a sus propios ojos, y sus descendientes se elevaban a medida que se alejaban de él; cuanto más lejana e incierta era la causa del halago, más aumentaba el efecto; cuantos más holgazanes podían contarse en una familia, más ilustre era.

Si fuera este el lugar de entrar en tales detalles, explicaría fácilmente cómo, aunque no intervenga el gobierno, la desigualdad de consideración y de autoridad es inevitable entre particulares tan pronto como, reunidos en una sociedad, se ven forzados a compararse entre sí y a tener en cuenta las diferencias que encuentran en el trato continuo y recíproco. Estas diferencias son de varias clases; pero como, en general, la riqueza, la nobleza, el rango, el poderío o el mérito personal son las distinciones principales por las cuales se mide a los hombres en la sociedad, probaría que la armonía o el choque de estas fuerzas diversas constituyen la indicación más segura de un Estado bien o mal constituido; haría ver que entre estas cuatro clases de desigualdad, como las cualidades personales son el origen de todas las demás, la riqueza es la última y a la cual se reducen al cabo las otras, porque, como es la más inmediatamente útil al bienestar y la más fácil de comunicar, de ella se sirven holgadamente los hombres para comprar las restantes, observación que permite juzgar con

bastante exactitud en qué medida se ha apartado cada pueblo de su constitución primitiva y el camino que ha recorrido hacia el extremo límite de la corrupción. Señalaría de qué manera ese deseo universal de reputación, de honores y prerrogativas que a todos nos devora, ejercita y contrasta los talentos y las fuerzas, cómo excita y multiplica las pasiones y cómo al convertir a todos los hombres en competidores, rivales o, mejor, enemigos, origina a diario desgracias, triunfos y catástrofes de toda especie haciendo correr en la misma pista a demasiados pretendientes. Demostraría que a este ardiente deseo de notoriedad, que a este furor de sobresalir que nos mantiene en continua excitación, debemos lo que hay de mejor y peor entre los hombres, nuestras virtudes y nuestros vicios, nuestros progresos y nuestros errores, nuestros conquistadores y filósofos; es decir, una multitud de cosas malas y un escaso número de buenas. Probaría, en fin, que si se ve a un puñado de poderosos y ricos en la cima de las grandezas y de la fortuna, mientras la muchedumbre se arrastra en la oscuridad y en la miseria, es porque los primeros no aprecian las cosas de que disfrutan sino porque los otros están privados de ellas, y que, sin cambiar ellos mismos de situación, dejarían de ser dichosos si el pueblo dejara de ser miserable.

Pero todos estos detalles constituirían por sí solos la materia de una obra considerable, en la cual se sopesaran las ventajas e inconvenientes de toda forma de gobierno con relación al estado natural y en la que se descubrieran los diferentes aspectos bajo los cuales se ha manifestado hasta hoy la desigualdad y podría manifestarse en los siglos futuros según la naturaleza de los gobiernos y los cambios que el tiempo introducirá en ellos necesariamente. Se vería a la multitud oprimida en el interior por una serie de medidas que ella misma había adoptado para protegerse contra las amenazas del exterior; se vería agravarse continuamente la opresión sin que los oprimidos pudieran saber nunca cuándo tendría término ni qué medio legítimo les quedaba para detenerla; se verían los derechos de los ciudadanos y las libertades nacionales extinguirse poco a poco, y las reclamaciones de los débiles tratadas de murmullos de sediciosos; se vería a la política restringir el honor de defender la causa común a una porción mercenaria del pueblo, de donde se vería salir la necesidad de impuestos, y al labrador agobiado abandonar su campo, aun en tiempo de paz, y dejar el arado para blandir la espada; nacerían las funestas y caprichosas reglas del honor; los defensores de la patria se volverían tarde o temprano sus enemigos y tendrían

sin cesar un puñal alzado sobre sus conciudadanos;
llegaría un tiempo en que el pueblo le diría al opresor:

Pectore si fratris gladium juguloque
parentis
Condere me jubeas, gravidaeque in viscera
partu
Conjugis, invita peragam tamen omnia
dextra¹⁷.
LUCANO, libro I, v. 376.

De la extrema desigualdad de las condiciones y de las fortunas; de la diversidad de las pasiones y de los talentos; de las artes inútiles, de las artes perniciosas, de las ciencias frívolas, saldría una gran cantidad de prejuicios igualmente contrarios a la razón, a la felicidad y a la virtud; los jefes fomentarían, desuniéndolos, todo lo que puede debilitar a hombres unidos, todo lo que puede dar a la sociedad un aspecto de concordia aparente y sembrarían *in germen* la discordia real, todo cuanto puede inspirar a los diferentes órdenes una desconfianza mutua y un odio recíproco por la oposición de sus derechos

17 “Si me ordenas hundir el hierro en el pecho de un hermano, en la garganta de un padre o en las entrañas de una esposa cercana a ser madre, yo forzaré mi mano a obedecerte”.

y de sus intereses, y fortificar por consiguiente el poder que los contiene a todos.

Del seno de estos desórdenes y revoluciones, el despotismo, levantando por grados su odiosa cabeza y devorando cuanto percibiera de bueno y de sano en todas las partes del Estado, llegaría en fin a pisotear las leyes y el pueblo y a establecerse sobre las ruinas de la república. Los tiempos que precedieran a esta última transformación serían tiempos de trastornos y calamidades; pero al fin y al cabo todo sería devorado por el monstruo, y los pueblos ya no tendrían jefes ni leyes sino tiranos. Desde este instante dejaría de hablarse de costumbres y de virtud, porque donde reina el despotismo, *cui ex honesto nulla est spes*¹⁸ no sufre ningún otro amo; tan pronto como habla, no hay probidad ni deber alguno que deba ser consultado, y la más ciega obediencia es la única virtud que les queda a los esclavos.

Este es el último término de la desigualdad, el punto extremo que cierra el círculo y toca el punto de donde hemos partido. Aquí es donde los particulares vuelven a ser iguales, porque ya no son nada y porque, como los súbditos no tienen más ley que la voluntad

18 “Para el cual no hay ninguna esperanza de honradez” (N. del T.).

de su señor, ni el señor más regla que sus pasiones, las nociones del bien y los principios de la justicia se desvanecen de nuevo; aquí todo se reduce a la sola ley del más fuerte, y, por consiguiente, a un nuevo estado de naturaleza diferente de aquel por el cual hemos empezado, en que este último era el estado natural en su pureza y el otro es el fruto de un exceso de corrupción. Pero tan poca diferencia hay, por otra parte, entre estos dos estados, y el contrato de gobierno ha sido tan completamente aniquilado por el despotismo, que el déspota solo es el amo mientras es el más fuerte, no pudiendo reclamar nada contra la violencia tan pronto como sea expulsado. El motín que acaba por estrangular o destrozar al sultán es un acto tan jurídico como aquellos por los cuales él disponía la víspera misma de las vidas y de los bienes de sus súbditos. Solo la fuerza lo sostenía, solo la fuerza lo expulsa. Todo esto es conforme al orden natural, y cualquiera que sea el destino de estas cortas y frecuentes revoluciones, nadie puede quejarse de la injusticia que ejercen otros sino solamente de su propia imprudencia o de su infortunio.

Descubriendo y recorriendo los caminos olvidados que han conducido al hombre del estado natural al estado civilizado; restableciendo, junto con las posiciones intermedias que acabo de señalar, las que el

tiempo que me apremia me ha hecho suprimir o la imaginación no me ha sugerido, el lector atento quedará asombrado del espacio inmenso que separa esos dos estados. En esta lenta sucesión de cosas hallará la solución de una infinidad de problemas de moral y de política que los filósofos no pueden resolver. Viendo que el género humano de una época no era el mismo que el de otra, comprenderá la razón por la cual Diógenes no encontraba al hombre que buscaba, y es porque buscaba un hombre de un tiempo que ya no existía. Catón, pensaría, pereció con Roma y la libertad porque no era hombre de su siglo, y el más grande de los hombres asombró a un mundo que hubiera gobernado quinientos años antes. En una palabra, explicaría cómo el alma y las pasiones humanas, alterándose insensiblemente, cambian, por así decir, de naturaleza; por qué nuestras necesidades y nuestros placeres cambian de objetos con el tiempo; por qué, desapareciendo por grados el hombre natural, la sociedad no aparece a los ojos del sabio más que como un amontonamiento de hombres artificiales y pasiones ficticias, que son producto de todas esas nuevas relaciones y que carecen de un verdadero fundamento en la naturaleza.

Lo que la reflexión nos enseña sobre todo eso, la observación lo confirma plenamente: el hombre

salvaje y el hombre civilizado difieren de tal modo por el corazón y por las inclinaciones, que aquello que constituye la felicidad suprema de uno condenaría al otro a la desesperación. El primero solo disfruta del reposo y de la libertad, solo pretende vivir y permanecer ocioso, y la ataraxia misma del estoico no se aproxima a su profunda indiferencia por todo lo demás. El ciudadano, por el contrario, siempre activo, suda, se agita, se atormenta incesantemente buscando ocupaciones todavía más laboriosas; trabaja hasta la muerte, y aun corre a ella para poder vivir, o renuncia a la vida para adquirir la inmortalidad; adula a los poderosos que odia y a los ricos que desprecia, y nada lo detiene para conseguir el honor de servirlos; se ufana de su bajeza y, orgulloso de su esclavitud, habla con desprecio de aquellos que no tienen el honor de compartirla. ¡Qué espectáculo para un caribe los trabajos penosos y envidiados de un ministro europeo! ¡Cuántas crueles muertes preferiría este indolente salvaje al horror de semejante vida, que frecuentemente ni siquiera compensa el placer de obrar bien! Sin embargo, para que comprendiera el objeto de tantos esfuerzos sería necesario que estas palabras de *poderío y reputación* tuvieran en su mente algún sentido; que supiera que hay una especie de hombres que tienen en mucha estima las

miradas del resto del mundo, que saben ser felices y estar contentos de sí mismos guiándose más por la opinión ajena que por la suya propia. Tal es, en efecto, la verdadera causa de todas esas diferencias; el salvaje vive en sí mismo; el hombre sociable, siempre fuera de sí, solo sabe vivir según la opinión de los demás, y, por así decir, solo del juicio ajeno deduce el sentimiento de su propia existencia. No entra en mi objeto demostrar cómo nace de tal disposición la indiferencia para el bien y para el mal, al tiempo que se hacen tan bellos discursos de moral; cómo, reduciéndose todo a guardar las apariencias, todo se convierte en cosa falsa y fingida: honor, amistad, virtud, y frecuentemente hasta los mismos vicios, de los cuales hasta es lícito vanagloriarse; cómo, en una palabra, preguntando a los demás lo que somos y no atreviéndonos nunca a interrogarnos a nosotros mismos, en medio de tanta filosofía, de tanta humanidad, de tanta civilización y máximas sublimes, solo tenemos un exterior frívolo y engañoso, honor sin virtud, razón sin sabiduría y placer sin felicidad. Me resulta suficiente haber demostrado que ese no es el estado original del hombre y que solo el espíritu de la sociedad y la desigualdad que esta engendra cambian y alteran todas nuestras inclinaciones naturales.

He intentado explicar el origen y el desarrollo de la desigualdad, la fundación y los abusos de las sociedades políticas, pues estas cosas pueden deducirse de la naturaleza del hombre por las solas luces de la razón e independientemente de los dogmas sagrados, que otorgan a la autoridad soberana la sanción del derecho divino. De esta exposición se deduce que la desigualdad, siendo casi nula en el estado de naturaleza, debe su fuerza y su acrecentamiento al desarrollo de nuestras facultades y a los progresos del espíritu humano y se hace al cabo legítima por la institución de la propiedad y de las leyes. De donde se infiere también que la desigualdad moral, autorizada únicamente por el derecho positivo, es contraria al derecho natural siempre que no concuerda en igual proporción con la desigualdad física. Esta distinción señala lo que debemos pensar de la desigualdad que reina en todos los pueblos civilizados, pues va manifiestamente contra la ley de la naturaleza, de cualquier manera que se la defina, que un niño mande sobre un viejo, que un imbécil dirija a un hombre sensato y que un puñado de hombres rebose de cosas superfluas mientras la multitud hambrienta carece de lo necesario.

NOTAS AÑADIDAS

POR ROUSSEAU

NOTA 1

Heródoto relata¹⁹ que después del asesinato del falso Esmerdis, los siete libertadores de Persia se reunieron para deliberar sobre la forma de gobierno que darían al Estado, y que Ótanes promovió decididamente la República; opinión extraordinaria en boca de un sátrapa pues, además de sus inclinaciones hacia el Imperio, los grandes le temen más que a la muerte a las formas de gobierno que los obligan a respetar a los hombres. Ótanes, como se sabe, no fue escuchado, y viendo que la gente iba a proceder a la elección de un monarca, él, que no quería ni obedecer ni mandar, cedió voluntariamente su derecho a la corona a otros competidores, pidiendo en compensación ser libre e independiente, él y su descendencia, lo que le fue otorgado. Si Heródoto no

19 Heródoto, *Historias*, III (N. del T.).

nos hubiera mencionado la restricción que se impuso a este privilegio, necesariamente habría que suponerla; en caso contrario Ótanes, sin reconocer ningún tipo de ley y sin rendir cuentas a nadie, habría sido todopoderoso en el Estado y más poderoso que el propio Rey. Pero no parecía posible que un hombre con un privilegio tal fuera capaz de abusar de él. De hecho, no se advierte que este derecho haya causado la más mínima perturbación en el reino, ni por cuenta del sabio Ótanes, ni por ninguno de sus descendientes.

NOTA 2

Desde mis primeros pasos, me apoyo con confianza en una de estas autoridades respetables para los filósofos, porque provienen de una mente sólida y sublime que solo ellos saben encontrar y reconocer: “Cualquiera que sea el interés que tengamos en conocernos a nosotros mismos, no sé si no conocemos mejor todo lo que no somos nosotros. Provistos por la naturaleza de órganos destinados únicamente a nuestra conservación, solo los utilizamos para recibir impresiones externas, solo buscamos extendernos hacia afuera y existir fuera de nosotros mismos; demasiado ocupados en multiplicar las funciones de nuestros sentidos y aumentar el alcance exterior

de nuestro ser, rara vez hacemos uso de este sentido interior que nos reduce a nuestras verdaderas dimensiones, y que separa de nosotros todo lo que no somos. Sin embargo, es este sentido el que debemos utilizar si queremos saber, el único por el cual podemos juzgarnos a nosotros mismos. ¿Pero cómo poner a este sentido en actividad y darle toda su extensión? ¿Cómo expulsar de nuestra alma, que es donde reside ese sentido, todas las ilusiones de nuestra mente? Hemos perdido el hábito de usarlo, lleva mucho tiempo sin ser ejercitado, se ha adormecido por el tumulto de nuestras sensaciones corporales y se ha secado por el fuego de nuestras pasiones. El corazón, la mente, los sentidos: todo juega en su contra” [Buffon, *Historia Natural*, t. 4, pág. 151].

NOTA 3

Los cambios que puede tener el uso prolongado de caminar en dos pies producen en la conformación del hombre, las relaciones que aún hoy observamos entre sus brazos y las patas delanteras de los cuadrúpedos, y la inducción extraída de su manera de caminar, podría haber dado lugar a dudas sobre la forma que nos es más natural. Todos los niños empiezan caminando en cuatro patas, y necesitan de nuestro ejemplo y de

nuestras lecciones para aprender a mantenerse de pie. Hay incluso naciones salvajes, como los hotentotes, que, por descuidar a los niños y dejarlos caminar tanto tiempo valiéndose de las manos, tienen luego serias dificultades para enderezarlos; lo mismo sucede con los niños de los Caribes de las Antillas. Hay varios ejemplos de hombres cuadrúpedos; podríamos citar, entre otros, el del niño encontrado en 1344 cerca de Hesse, donde fue alimentado por lobos y que luego contó en la corte del príncipe Henri que, si hubiera sido por él, habría preferido regresar con ellos antes que vivir entre los hombres. Se había acostumbrado tanto a caminar como estos animales que fue necesario atarle pedazos de madera que lo obligaron a sostenerse, aunque balanceándose, de pie. Lo mismo ocurrió con el niño encontrado en 1694 en los bosques de Lituania y que vivía entre osos. Este no daba, dice el señor de Condillac, ninguna muestra de razón, caminaba sobre sus pies y sus manos, no tenía lenguaje y formaba sonidos que no se parecían en nada a los del hombre. El pequeño salvaje de Hannover, que fue conducido hace varios años en la corte inglesa, tuvo todas las dificultades del mundo para someterse a caminar sobre dos pies. En 1719 se encontraron otros dos salvajes en el Pirineos, que corrían por las montañas como cuadrúpedos. En cuanto a lo que

podría objetarse a este respecto, y es que caminando en cuatro patas nos privaríamos del uso de las manos, del cual saquemos tantas ventajas, el ejemplo de los monos demuestra que las manos pueden ser usadas en ambos sentidos, así que la objeción solo probaría que el hombre puede darles a sus miembros un destino más cómodo que el dado por la naturaleza, y no que la naturaleza haya destinado al hombre a caminar de manera distinta a como ella le enseña.

Pero me parece que hay mejores razones para sostener que el hombre es bípedo. En primer lugar, si notáramos que el hombre ha podido ser conformado de manera distinta a como lo vemos y sin embargo devenir lo que es actualmente, no sería suficiente argumento para concluir tal cambio haya tenido lugar. Pues, luego de haber mostrado la posibilidad de estos cambios, sería necesario, antes de admitirlos, al menos mostrar su verosimilitud. Además, que los brazos del hombre parezcan haberle servido de piernas en caso de necesidad, es en realidad la única observación favorable a este sistema frente a un gran número que son contrarias a él. Las principales son: por la manera en que la cabeza del hombre está unida a su cuerpo, en lugar de dirigir su vista horizontalmente, como la tienen todos los otros animales, y como la tiene él mismo cuando camina erguido, lo

habría condenado a tener, caminando en cuatro patas, la mirada completamente fijada en el piso, situación poco favorable a la conservación del individuo; además, la cola que le falta, y que para nada le serviría caminando en dos pies, les es muy útil en cambio a los cuadrúpedos, y ninguno carece de ella; los senos de las mujeres, tan bien situados para un bípedo que sostiene a su hijo en brazos, son tan inadecuados para un cuadrúpedo que ninguno los tiene de esa manera; siendo el tren inferior tan largo con respecto a los brazos, caminar en cuatro patas nos obligaría a arrastrarnos sobre las rodillas, convirtiéndonos en un animal desproporcionado que camina incómodo; si el hombre tuviera que poner el pie plano como la mano, tendría en las patas de atrás una articulación menos que el resto de los animales, concretamente la que une el hueso de cañón a la tibia, y, no pudiendo apoyar más que la punta del pie, como seguramente estaría obligado a hacerlo, el tarso, sin hablar de los demás huesos que lo componen, parece demasiado grueso para cumplir la función del hueso de cañón y sus articulaciones con el metatarso y la tibia demasiado juntas como para darle a la pierna humana la flexibilidad que tienen las de los cuadrúpedos. El ejemplo de los niños, tomado de una edad en que las fuerzas naturales no se han desarrollado del todo y

los miembros no se han conformado definitivamente, no es para nada concluyente, y yo agregaría que los perros, que gatean durante unas cuantas semanas después de nacer, no por eso están destinados a caminar. Los hechos particulares tienen todavía poca fuerza ante la práctica universal de todos los hombres, incluso en naciones que, sin comunicación con las demás, no hubieran podido imitar nada de ellas. Un niño abandonado en un bosque antes de caminar, y alimentado por animales, seguirá el ejemplo de su nodriza y tratará de caminar como ella; la costumbre le dará las ventajas que no recibió de la naturaleza; y como los pingüinos aprenden, a fuerza de practicar, a hacer con los pies todo lo que nosotros hacemos con las manos, el niño salvaje aprende a emplear sus manos como si fueran pies.

NOTA 4

Si hubiera entre mis lectores un físico lo suficientemente malo como para este supuesto sobre la fertilidad natural de la tierra, le responderé con el siguiente pasaje: “como los vegetales toman mucho más alimento del aire y del agua que de la tierra, sucede que al pudrirse le devuelven a la tierra más de lo que reciben de ella; por eso en un bosque conservado

virgen durante mucho tiempo, la capa de tierra aumentaría considerablemente. En cambio los animales le devuelven a la tierra mucho menos de lo que obtienen de ella, y los hombres, que hacen excesivos consumos de madera y de plantas para producir fuego y para otros usos, hacen que la capa de tierra vegetal de un país habitado deba siempre disminuir y convertirse como los terrenos de Arabia Pétrea²⁰ y como los de tantas otras provincias de Oriente, que son los que llevan siendo habitados desde hace más tiempo, y donde solo se encuentra sal y arena, pues la sal fija plantas y restos de animales, mientras que todas las otras partes se volatilizan”. [Buffon, *Historia Natural*].

Podemos agregar la prueba que aporta la cantidad de árboles y de plantas de toda especie que abundaban en todas las islas desiertas que han sido descubiertas en estos últimos siglos, la extensión de los bosques que menciona la Historia y que han sido talados en todos los rincones de la tierra a medida que se poblaba y se civilizaba. Sobre este punto haría las tres observaciones siguientes: primero, que si hay vegetales suficientes para compensar el desperdicio de materia

20 Territorio correspondiente aproximativamente a la Jordania actual (N. del T.).

vegetal que hacen los animales, según el razonamiento de Buffon, son especialmente los bosques, cuyas hojas caídas reúnen y se apropian más aguas y vapores que las otras plantas; segundo, que la destrucción del suelo, es decir, la pérdida de la sustancia apta para la vegetación, acelera a medida que la tierra está más cultivada y que los habitantes más industriosos consumen en mayor grado sus diversos productos; tercero, y esta es quizás mi observación más importante, los frutos de los árboles proveen al animal de un alimento más abundante del que le pueden aportar otros vegetales, experiencia que he tenido de primera mano cuando he comparado los productos de dos terrenos iguales en tamaño y calidad, pero uno cubierto de castaños y el otro sembrado de trigo.

NOTA 5

Entre los cuadrúpedos, las dos distinciones más comunes entre especies voraces consisten, por un lado, en la figura de los dientes; por otro, en la conformación de los intestinos. Los animales que solo viven de vegetales tienen todos dientes planos, como el caballo, la res, la oveja o la liebre, mientras los voraces los tienen puntudos como el gato, el perro, el lobo y el zorro. En cuanto a los intestinos, los

frugívoros tienen órganos, como el colon, que no se encuentran en los animales voraces. Parece entonces que el hombre, teniendo los dientes y los intestinos como los de los animales frugívoros, debería ser catalogado naturalmente en la misma clase. No solo las observaciones anatómicas confirman esta opinión sino que los monumentos antiguos son favorables a la misma idea. “Dicearco, dice San Jerónimo, relata en sus Libros de las antigüedades griegas que bajo el reino de Saturno, cuando la tierra era todavía fértil por sí misma, ningún hombre comía carne y todos vivían de frutas y legumbres que se encontraban naturalmente” (Libro 2, Adv. Joviniano). Como se ve, estoy ignorando deliberadamente ventajas que podría destacar de este pasaje. Pues si la presa era casi el único objeto de combate entre los animales carnívoros, y los frugívoros vivían entre ellos en una paz continua, si la especie humana fuera de este último género, es claro que hubiera tenido muchas más facilidades para subsistir en estado de naturaleza y muchas menos ocasiones y necesidad de salir de él.

NOTA 6

Todos los conocimientos que exigen del hombre reflexión, todos aquellos que solo se adquieren por

el encadenamiento de ideas y se perfeccionan sucesivamente, parecen estar fuera del alcance del hombre salvaje por falta de comunicación con sus semejantes, es decir, del instrumento necesario para la comunicación y que la hacen necesaria. Su saber y sus trabajos se limitan a saltar, correr, combatir, lanar una piedra, escalar un árbol. Pero aunque solo hace esas cosas, las hace mucho mejor que nosotros, que no tenemos las mismas necesidades que él; y como tales actividades dependen solamente del ejercicio físico y no son susceptibles de ninguna comunicación ni de ningún progreso entre un individuo y otro, el primer hombre fue seguramente igual de hábil que el último de sus descendientes. Los reportes de los viajeros están llenos de ejemplos de la fuerza y el vigor de los hombres en las naciones bárbaras y salvajes; y no están menos presentes su pericia y su rapidez. Y como solo se necesita tener ojos para ver las cosas, nada nos impide agregar fe a lo que aseguran los testigos oculares, tomo al azar ejemplos de los primeros libros que me caen en las manos. “Los hotenotes, dice Kolben²¹, practican mejor la pesca que los europeos del Cabo. Su habilidad es igual con la red, al harpón, al dardo, en los estanques como en

21 En *Historia general de los viajes*, t. 5 (1748). (N. del T.).

los ríos. No son menos hábiles para atrapar los peces con las manos. Son de una pericia incomparable en el nado. Su manera de nadar tiene algo de sorprendente y es absolutamente singular. Nadan con el cuerpo derecho y las manos estiradas fuera del agua, de modo que parecen estar caminando sobre la tierra. En la mayor agitación del mar y cuando el oleaje parece formar grandes montañas, parecen danzar sobre las olas, subiendo y bajando como un pedazo de corcho”. “Los hotenotes, dice luego el mismo autor, son de una pericia impresionante para la caza, y su velocidad supera la imaginación”. El autor se sorprende de que no hagan malos usos de semejante habilidad, cosa que sin embargo les sucede de cuando en cuando, como puede deducirse de este otro ejemplo: “al desembarcar en el Cabo, un marinero holandés encargó a un hotenot de seguirlo hasta la ciudad con un envuelto de tabaco de unas veinte libras. Cuando estuvieron ambos en a cierta distancia de la tropa, el hotenot le preguntó al marinero si sabía correr. ¡Correr!, respondió el holandés, sí, claro, y muy bien. Veamos, replicó el africano, y, huyendo con el tabaco, desapareció casi de inmediato. El marinero, estupefacto ante esa velocidad prodigiosa, no pensó un instante en perseguirlo y nunca más volvió a ver su tabaco ni al que lo cargaba. Tienen la vista tan aguda y la

mano tan firme que los europeos no se les acercan. A cien pasos son capaces de impactar con una piedra una forma pequeña, y lo más sorprendente es que, en lugar de fijar el blanco con la mirada, hacen movimientos y contorsiones. Es como si las piedras que lanzan fueran transportadas por manos invisibles”. El P. du Tertre dice, sobre los salvajes de las Antillas, lo mismo que acabamos de leer sobre los hotenotes del Cabo de la Buena Esperanza. Destaca sobre todo su puntería para cazar con flechas pájaros en pleno vuelo y peces al nado, que atrapan clavándose en el agua. Los salvajes de América septentrional no son menos célebres por su fuerza y su destreza, y se puede citar un ejemplo que puede permitir juzgar a los de América meridional. En 1746, un indio de Buenos Aires, condenado al presidio en Cádiz, le propuso al Gobernador recuperar su libertad siendo expuesto en una feria pública. Prometió que solo atacaría al toro más furioso y sin más armas que una cuerda, que lo tumbaría, lo ataría con su cuerda por la parte del cuerpo que le indicaran, que lo ensillaría, lo montaría y combatiría a otros dos toros bravíos y que luego les daría muerte a todos, uno tras otro, en el momento que se lo ordenaran y sin ayuda de nadie. El trato fue aceptado y el indio cumplió su palabra e hizo todo lo que había prometido; sobre la manera

que actuó y sobre todo el detalle del combate, puede consultarse el primer tomo en *Observaciones sobre la Historia natural* de M. Gautier, de donde tomé este hecho, página 262.

NOTA 7

“La duración de la vida de los caballos, dice el señor Buffon, es como en las demás especies animales proporcional a la duración de su crecimiento. El hombre, que tiene catorce años para crecer, puede vivir seis o siete veces más tiempo, es decir noventa o cien años; y el caballo, cuyo crecimiento se produce en cuatro años, puede vivir seis o siete veces más, es decir, veinticinco o treinta años. Los ejemplos contrarios a esta regla son tan escasos que ni siquiera deberíamos considerarlos como una excepción de la cual puedan sacarse conclusiones; y mientras los comunes toman menos tiempo en crecer que los caballos finos, también viven menos tiempo y son viejos desde los quince años” [*Historia Natural*, t. VII.].

NOTA 8

Creo ver, entre animales carnívoros y frugívoros, otra diferencia aún más general de la que apunté en

la nota 5 y que se extiende a las aves. Esta diferencia consiste en el número de crías, que nunca excede dos en cada camada para las especies que solo viven en plantas y que normalmente supera este número entre los animales carnívoros. En este sentido, es fácil conocer el destino de la naturaleza por el número de pechos, que es solo dos en cada mujer de las primeras especies, como la yegua, la vaca, la cabra, la cierva, la oveja, etc., y que siempre es seis u ocho en las otras hembras como la perra, la gata, la loba, la tigresa, etc. La gallina, la oca, el pato, que son las aves voraces así como el águila, el halcón, el búho, también ponen huevos e incuban una gran cantidad de huevos, lo que nunca le sucede a la paloma, a la tórtola ni a los pájaros, que comen solo cereales, y que solo ponen e incuban dos huevos a la vez. La razón por la que podemos considerar esta diferencia es que los animales que viven solo de pastos y plantas, permaneciendo casi todo el día en el pasto y viéndose obligados a pasar mucho tiempo amamantando, no podrían amamantar a varios bebés, mientras que aquellos que son voraces y comen casi en un instante pueden regresar más fácilmente y con mayor frecuencia a sus crías y cazar y reparar el gasto de tal cantidad de leche. Habría muchas observaciones y reflexiones específicas que hacer; pero este no es el lugar y me basta haber mostrado en esta parte el

sistema más general de la naturaleza, un sistema que proporciona una nueva razón para sacar al hombre de la clase de animales carnívoros y clasificarlo entre las especies frugívoras.

NOTA 9

Un autor famoso²², calculando los bienes y males de la vida humana, y comparando las dos sumas, encontró que la última superaba a la otra por mucho y que, en últimas, la vida del hombre es apenas un mal presente. No me sorprende su conclusión, pues basó sus razonamientos en la constitución del hombre civilizado: si hubiera regresado al hombre natural hubiera podido encontrar resultados muy diferentes y habría notado que el hombre tiene pocos males además que los que se ha dado a sí mismo. No sin dificultades conseguimos hacernos infelices. Cuando, por un lado, consideramos la inmensa obra del hombre, tantas ciencias profundas, tantas artes inventadas, tantas fuerzas empleadas, abismos rellenados, montañas arrasadas, ríos navegables, tierras despejadas,

22 Pierre-Louis Moreau de Maupertuis (1698-1759) fue un filósofo, hombre de letras, matemático y astrónomo francés (N. del T.).

lagos excavados, pantanos secos, enormes edificios levantados sobre la tierra, el mar cubierto de barcos y marineros, y que, por otro lado, buscamos con un poco de meditación los beneficios reales que resultaron de todo esto para la felicidad de la especie humana, no nos queda más que sorprender la asombrosa desproporción que reina entre estas cosas, y deploramos la ceguera del hombre que, para alimentarse su orgullo loco y no sé qué vana admiración por sí mismo, le hace perseguir con ardor tras las miserias a las que está expuesto, y que la benéfica la naturaleza había tenido cuidado de mantenerlo a distancia. Los hombres son malvados; una experiencia triste y continua nos dispensa de demostrarlo; sin embargo, el hombre es bueno por naturaleza, como creo haberlo demostrado. ¿Qué podría haberlo depravado hasta este punto sino el cambio en su constitución, los avances que ha realizado y los conocimientos que adquirió? Admiraremos tanto como queramos la sociedad humana, no será menos cierto que lleva necesariamente a los hombres a odiarse mutuamente en la medida en que sus intereses choquen, servirse mutuamente en apariencia y, al mismo tiempo, causar todo el daño imaginable. ¿Qué podemos pensar de relaciones donde la razón de cada individuo le dicta máximas contrarias a las que la razón pública predica al cuerpo de la sociedad, y

donde cada uno encuentra su beneficio en la desgracia de los demás? No hay tal vez ningún hombre acomodado a quien sus herederos codiciosos, y a menudo sus propios hijos, no deseen la muerte en secreto, ni un barco en el altamar cuyo naufragio no sea una buena noticia para algún comerciante, ni una casa que algún deudor no haya querido ver quemarse con todos los papeles que contiene, ni un pueblo que no se alegre con los desastres de sus vecinos. Así, hemos aprendido a encontrar nuestra ventaja en el daño de nuestros semejantes, y en la pérdida de uno la prosperidad del otro, y, más peligroso aún, las calamidades públicas se han convertido en la expectativa y la esperanza de muchos individuos. Algunos quieren enfermedades, otros guerras, otros hambrunas; he visto a hombres terribles llorar ante el advenimiento de un año fértil, y el grande y desastroso incendio de Londres, que costó la vida o las propiedades de tantos desdichados, tal vez hizo la fortuna de diez mil personas. Sé que Montaigne culpa al ateniense Démades por haber castigado a un trabajador que vendía ataúdes a alto precio y se beneficiaba así de la muerte de los ciudadanos,²³ pero como la razón que alega es que habría que castigar a todo el mundo,

23 *Ensayos*, Libro I, capítulo XXIII (n. del T.).

es evidente que su razonamiento confirma el mío. Penetremos entonces a través de nuestras frívolas demostraciones de bondad hacia lo que pasa en el fondo del corazón humano y en lo que significa vivir en un mundo donde los hombres se ven forzados a acariciarse y a destruirse mutuamente, y donde nacen enemigos por deber e interesados por interés. Si me dijeran que la sociedad está constituida de tal manera que cada hombre gana sirviendo a los demás, replicaré que sería mucho mejor si no ganara todavía más perjudicándolos. No hay beneficio que no sea superado por el que se puede hacer ilegítimamente, y el daño causado a los demás es siempre más lucrativo que el servicio. No se trata entonces de encontrar medios que garanticen la impunidad, aunque sea lo que buscan los poderosos con todas sus fuerzas y los débiles con todas sus artimañas.

Luego de cenar, el hombre salvaje queda en paz con toda la naturaleza y en concordia con sus semejantes. ¿Tiene que batirse, a veces, para obtener su alimento? Nunca se va a los golpes sin haber comparado la dificultad de vencer con la posibilidad de encontrar en otra parte su subsistencia, y, como el honor no está en juego en el combate, este termina reducido a unos cuantos puñetazos. El vencedor come, el vencido va a buscar suerte a otro lado, y todo queda

en paz. Pero tratándose del hombre en sociedad, las cosas suceden de otra manera. En primer lugar hay que proporcionarse lo necesario, luego lo superfluo; después vienen las delicias y las inmensas riquezas, y los bienes, y los esclavos; no hay un solo momento de descanso; lo más singular es que entre menos naturales y urgentes son las necesidades, más aumentan las pasiones, y, peor, el poder de satisfacerlas, de suerte que luego de largas prosperidades, luego de haberse engullido tantos tesoros y atropellado a tanta gente, el héroe en el que pienso terminará por asfixiarlo todo hasta convertirse en el amo del universo. Ese es el retrato moral, si no de la vida humana, al menos de las pretensiones secretas que habitan el corazón de todo hombre civilizado.

Comparen sin prejuicios el estado del hombre civilizado con el del hombre salvaje y descubran, si pueden, hasta qué punto, además de su maldad, sus carencias y sus miserias, los primeros abrieron nuevas puertas al dolor y la muerte. Si consideramos los padecimientos mentales que nos consumen, las pasiones violentas que nos agobian y nos abaten, el trabajo excesivo con que los pobres están sobrecargados y la pereza aún más peligrosa a la que los ricos se entregan, y que hacen morir a unos de sus necesidades y a otros de sus excesos, si pensamos en las

monstruosas mezclas de alimentos, en sus perniciosos condimentos, en los medicamentos falsificados, en el fraude que cometen quienes los venden, en los errores de quienes los suministran, en el veneno que destilan los recipientes en que se preparan, si se presta atención a las enfermedades epidémicas causadas por el mal aire de las multitudes, o en las provocadas por las debilidades propias de nuestra manera vivir, el ir y venir contante entre nuestras casas y el aire libre, el uso de ropa tomada o dejada con muy poca precaución, y todos los cuidados que nuestra excesiva sensualidad ha convertido en hábitos necesarios y cuya negligencia o privación nos cuesta la vida o la salud; si tenemos en cuenta los incendios y terremotos que, consumiendo o derribando ciudades enteras, causando la muerte de sus habitantes por miles, en una palabra, si reúnen los peligros que todas estas causas hacen pesar continuamente sobre nuestras cabezas, sentirán cuán caro nos hace pagar la naturaleza el desprecio que hicimos de sus lecciones.

No repetiré aquí sobre la guerra lo que he dicho en otra parte; pero me gustaría que la gente educada se atreviera a detallar en público los horrores que cometen entre los ejércitos los empresarios de alimentos y hospitales, de modo que veamos que sus maniobras, no demasiado secretas, hacen fundir a los mejores

ejércitos y hacen perecer más soldados que el fuego enemigo. Otro cálculo no menos sorprendente es el de los hombres que se traga el mar año tras año, sea por el hambre, el escorbuto, los piratas o los naufragios. También hay que atribuirle al establecimiento de la propiedad privada, y por consiguiente de la civilización, los asesinatos, envenenamientos, robos y castigos a esos mismos crímenes, sanciones necesarias para evitar males peores, pero que, causándole la muerte a dos o más hombres por el asesinato de uno, multiplican la pérdida de la especie humana. ¿Cuántos medios vergonzosos existen para impedir el nacimiento de hombres y para engañar a la naturaleza? Pueden ser sus gustos brutales y depravados que insultan la más encantadora obra de la naturaleza, gustos que los salvajes y los animales jamás conocieron, y que solo nacen de las imaginaciones corrompidas de los países civilizados; los abortos secretos, dignos frutos del libertinaje y el vicio; la vulneración o el asesinato de montones de niños, víctimas de la miseria de sus padres o de la penosa barbaridad de sus madres; o, en suma, la mutilación de esos desdichados que sacrifican sus vidas por vanos himnos o, peor aún, por unos celos brutales, y que ultrajan grandemente a la naturaleza.

¿Qué pasaría si tratara de mostrar a la especie humana atacada en su fuente misma y hasta en el

más sagrado de sus vínculos, donde nadie se atreve a escuchar a la naturaleza sino después de haber consultado a la fortuna, donde el orden civilizado confunde vicios y virtudes, donde la continencia parece una precaución criminal y el rechazo de dar la vida un acto humanitario?

Agreguemos la cantidad de oficios malsanos que abrevian la vida o destruyen el temperamento, tales como los trabajos en las minas, las diversas preparaciones de metales o minerales, en particular el plomo, el cobre, el mercurio, el arsénico o el rejalgarg; o esos otros trabajos peligrosos que le cuestan la vida a cantidades de obreros, sean techadores o carpinteros, sean albañiles o canteros; sumemos todos estos problemas y veremos, en la perfección de las sociedades, la razón de la disminución de la especie que más de un filósofo ha observado.

El lujo, imposible de erradicar entre hombres ávidos de alcanzar su propia comodidad y la admiración de los demás, termina el mal que la civilización había comenzado. Bajo pretexto de hacer vivir mejor a los pobres, empobrece al resto y termina por despoblar al Estado tarde o temprano.

El lujo es un remedio mucho peor que el mal que pretende curar; más bien, es el peor de todos los males en cualquier Estado, sea grande o pequeño, pues,

para alimentarse de sirvientes, el Estado arruina al trabajador y al ciudadano. Es como esos vientos ardientes del Mediodía que, cubriendo los pastos de insectos devoradores, les escamotean la subsistencia a los animales útiles y llevan la hambruna y la muerte a todas partes.

De la sociedad y del lujo que ella engendra nacen las artes liberales y mecánicas, el comercio, las letras; y todas estas futilidades, que hacen florecer la industria, enriquecen y arruinan a los Estados. La razón es muy simple. Es fácil ver que, por su naturaleza, la agricultura debe ser el menos lucrativo de todos los oficios; como su producto es de uso indispensable para todos los hombres, el precio debe ser proporcional a la capacidad de los más pobres. Del mismo principio puede deducirse esta regla, y es que en general los oficios son lucrativos en razón inversa de su utilidad y que los más necesarios pasan entonces a ser los menos valorados. He ahí las verdaderas ventajas de la industria y el efecto real que producen sus progresos.

Esas son las causas sensibles de todas las miserias a las que la opulencia precipita a las naciones más admiradas. A medida que la industria y los oficios se expanden y florecen, el cultivador, despreciado, recargado de impuestos necesarios para mantener

el lujo ajeno y condenado a vivir entre el trabajo y el hambre, termina por abandonar los campos para ir a buscar en las ciudades el pan que más bien debería llevar a ellas.

Mientras las capitales más despiertan la admiración de los ojos estúpidos del pueblo, más habría que lamentarse de ver los campos abandonados, las tierras baldías y los grandes caminos inundados de desgraciados ciudadanos convertidos en mendigos o ladrones destinados a una miseria sin fin. Así es como el Estado, enriqueciéndose, por un lado, se debilita y se despuebla por el otro, y a las que las más potentes monarquías, intentando volverse opulentas, terminan sucumbiendo a la funesta tentación de invadirlas y se enriquecen y se debilitan a su vez, hasta ser ellas mismas invadidas por otras.

¿Quién se dignaría a explicarnos qué produjo estas nubes de bárbaros que durante tantos siglos inundaron Europa, Asia, África? ¿Fue su industria, la sensatez de sus leyes, a la excelencia de sus instituciones, las que dieron lugar a tan prodigiosa población? Que nuestros sabios nos digan por qué aquellos hombres feroces y brutales, sin luces, sin freno, sin educación, no se degollaban entre sí a cada instante por alimento. ¿Por qué, en suma, desde que la sociedad se ha perfeccionado en los países del Norte

y que tanto se les ha enseñado a los hombres el arte de vivir agradable y pasiblemente juntos, no se ven ya los hombres que ella producía antes? Temo que alguien se apresure a responderme que todas esas grandes cosas, a saber los oficios, las ciencias y las leyes han sido sabiamente inventadas por los hombres como una peste salvífica para prevenir la excesiva multiplicación de la especie, por miedo a que este mundo, destinado para nosotros, sea demasiado pequeño para sus habitantes.

¿Y entonces? ¿Hay que destruir las sociedades, eliminar la tuya y la mía, y volver a vivir en los bosques con los osos? Conclusión a imagen de mis adversarios, a quienes me gusta tanto prevenir como dejarles la vergüenza de sacarla. Oh, ustedes, en quienes la voz celeste no se ha hecho escuchar y que no reconocen para su especie sino el destino de terminar en paz esta vida breve; ustedes, que pueden exhibir en sus ciudades sus funestas adquisiciones, sus mentes perturbadas, sus corazones corrompidos y sus deseos desenfrenados, retomen, puesto que de ustedes depende, su antigua y primera inocencia; vayan a los bosques y dejen que su mirada se pierda junto la memoria de los crímenes de sus contemporáneos y no se priven de denostar su especie, renunciando a sus fulgores para renunciar a sus vicios. En cuanto a los hombres

como yo, cuyas pasiones han destruido para siempre la simplicidad original, que ya no pueden alimentarse solo de hierbas y bellotas, ni prescindir de leyes ni de jefes; aquellos que querrán ver en la intención de darle a las acciones humanas una moralidad que hace mucho no tienen, la razón de un precepto indiferente en sí mismo e inexplicable en cualquier otro sistema; aquellos, en definitiva, que están convencidos de que la voz divina llamó a todo el género humano a las luces y a la felicidad brindada por inteligencias superiores, tendrán que aprender a merecer el premio eterno que deben alcanzar por el ejercicio de sus virtudes; tendrán que respetar los lazos sagrados de las sociedades de las que son miembros; tendrán que amar a sus semejantes y les servirán con todas sus fuerzas; obedecerán escrupulosamente las leyes y los hombres que son sus autores y sus garantes, honrando sobre todo a los príncipes que sepan prevenir, remediar o paliar los males y abusos que nos aquejan, valorando el empeño de esos jefes dignos, mostrándoles sin temor y sin adulación la grandeza de su labor y la dificultad de su deber; y no despreciarán una constitución que solo puede mantenerse con la ayuda de personas respetables, más deseadas que obtenidas y de las cuales, a pesar de todos sus cuidados, siempre nacen más calamidades reales que ventajas aparentes.

NOTA 10

Por lo que vemos en hombres que conocemos, o por nosotros mismos, o por historiadores, o por viajeros, algunos humanos son negros, otros blancos, otros rojos; algunos llevan el pelo largo, otros solo tienen una lanilla rizada; algunos son casi completamente peludos, otros ni siquiera tienen barba; hubo y tal vez todavía existan naciones de hombres de tamaño gigantesco, y dejando de lado de la fábula de los pigmeos, que bien puede ser solo una exageración, sabemos que los lapones y especialmente los groenlandeses están muy por debajo de la estatura promedio del hombre; incluso se afirma que hay pueblos enteros que tienen cola como cuadrúpedos, y, sin creer ciegamente en las relaciones de Heródoto y Etesias, podemos al menos pensar que, si hubiéramos podido hacer observaciones en aquellos tiempos antiguos en que diversos pueblos seguían formas de vida más diferentes entre ellos que con respecto a las de hoy en día, habríamos notado en la cara, en las costumbres y en los cuerpos, variaciones mucho más sorprendentes.

Todos estos hechos, de los que es fácil proporcionar pruebas irrefutables, solo pueden sorprender a aquellos que están acostumbrados a mirar solo los

objetos que los rodean y que ignoran los poderosos efectos de la diversidad de climas, aire, alimentos, formas de vida, los hábitos en general y, sobre todo, la asombrosa fuerza de las mismas causas cuando actúan continuamente durante largas secuencias de generaciones. Hoy que el comercio, los viajes y las conquistas unen más a los pueblos diversos, y que sus formas de vida están en contacto por una comunicación más frecuente, nos damos cuenta de que algunas diferencias nacionales han disminuido. Por ejemplo, cualquiera puede observar que los franceses de hoy ya no tienen esos grandes cuerpos blancos y rubios descritos por los historiadores latinos, aún si la mezcla prolongada de francos y normandos, blancos y rubios, debió haber restablecido lo que la frecuentación con los romanos había atenuado, a saber, la influencia del clima en la constitución natural de los habitantes.

Todas estas observaciones sobre el variedades que mil causas pueden producir y de hecho han producido en la especie humana me hacen dudar si algunos animales similares al hombre, tomados por los viajeros por bestias sin mayor examen, o por alguna diferencia que notaron en la conformación externa, o solo porque eran seres que no hablaban, no serían de hecho verdaderos hombres salvajes, cuya raza se

dispersaba antiguamente por los bosques sin desarrollar sus facultades virtuales y sin haber adquirido su grado de perfección, encontrándose todavía en estado primitivo de naturaleza. Veamos un ejemplo de lo que quiero decir.

Encontramos, dice el traductor de la Historia de los viajes, en el reino del Congo, cantidad de estos grandes animales que llamamos orangután en Indias Orientales y que constituyen el punto medio entre la especie humana y la de los babuinos. Battel relata que en los bosques de Mayomba, en el reino de Loango, vemos dos tipos de monstruos: los más grandes se llaman Pongos y los otros Enjokos. Los primeros tienen un parecido exacto con el hombre pero son mucho más grandes y muy altos. Aunque tienen rostro humano, sus ojos están muy hundidos. Sus manos, sus mejillas y sus orejas no tienen pelo, excepto las cejas que son muy largas. Aunque tienen el resto del cuerpo bastante peludo, el pelo no es muy grueso y su color es marrón. Finalmente, la única parte que los distingue de los hombres es la pierna que tienen sin pantorrilla. Caminan erguidos, sujetándose el pelo del cuello con las manos, habitan los bosques, duermen en los árboles y hacen allí una especie de techo que los protege de la lluvia. Sus alimentos son frutas o frutos secos. Nunca comen carne. La costumbre de

los negros que cruzan los bosques es encender fuego durante la noche. Se dan cuenta que en la mañana a su partida los pongos toman su lugar alrededor del fuego y no se retiran hasta que no se apague: por avezados que sean, no tienen suficiente conocimiento para mantenerlo vivo trayendo leña.

A veces marchan en tropas y matan a los negros que cruzan los bosques. Incluso se cruzan con elefantes que vienen a pastar a la zona y los atacan a puñetazos y con palos, lo que los obliga a huir gritando. Es imposible retener pongos vivos, porque son tan robustos que diez hombres no bastarían para tal fin. Pero los negros se llevan a muchos jóvenes después de matar a la madre a cuyo cuerpo los hijos se apegan fuertemente. Cuando uno de estos animales muere, los demás cubren su cuerpo con un montón de ramas o follaje. Purchass añade que en las conversaciones que mantuvo con Battel, supo que este último le contó que un pongo le arrebató a un negrito que pasó un mes completo en sociedad con estos animales; pues no hacen daño alguno a los hombres que se cruzan a su paso, siempre y cuando no los miren, como lo había hecho el pequeño negro. Battel no describió la segunda especie de monstruos. Dapper confirma que el reino del Congo está lleno de estos animales que llevan en la India el nombre de orangután, es decir habitantes de los

bosques, y que los africanos lo llaman Quoja-Morros. Esta bestia, dice, es tan parecida al hombre que se les ocurrió a algunos viajeros que podría ser resultado de una mujer y un mono: una quimera que hasta los negros tienden a rechazar. Uno de esas bestias fue transportada desde el Congo a Holanda y presentado al príncipe de Orange Frédéric-Henri. Tenía la altura de un niño de tres años y un peso corporal promedio, era cuadrado y bien proporcionado, ágil y vivaz; las piernas carnosas y robustas, toda la parte delantera del cuerpo desnuda, pero la parte trasera cubierta de pelos negros. A primera vista, su rostro se parecía al de un hombre, pero tenía una nariz chata y curva; sus orejas también eran las de la especie humana; su pecho, pues era hembra, era rechoncho, su ombligo presionado hacia abajo, sus hombros muy bien juntos, sus manos divididas en dedos y pulgares, sus pantorrillas y talones gordos y carnosos. A menudo caminaba erguida sobre sus piernas, y podía levantar y transportar cargas bastante pesadas. Cuando quiso beber algo, tomó la tapa del recipiente con una mano y sostuvo el fondo con la otra. Luego se secó graciosamente los labios. Se acostó a dormir poniendo la cabeza sobre un cojín y cubriéndose con tanta habilidad que parecía un hombre en la cama. Los negros cuentan historias extrañas sobre este animal. Aseguran que no solo somete a mujeres y niñas

sino que se atreve a atacar hombres armados. En una palabra, parece muy probable que sea el sátiro del que hablaban los antiguos. Merolla solo se refiera a estos animales cuando dice que los negros a veces abaten a hombres y mujeres salvajes en sus cacerías.

Estas especies de animales antropomorfos también son mencionadas en el tercer volumen de la misma *Historia de viajes* bajo el nombre de *beggos* y *mandriles*, pero para ceñirnos a las relaciones anteriores que encontramos, en la descripción de estos supuestos monstruos, una sorprendente conformidad con la especie humana, y diferencias menores que las que podrían advertirse entre un hombre y otro. No vemos en estos pasajes las razones por las que los autores se basan para negarles a los animales en cuestión el nombre de hombres salvajes, pero es fácil conjeturar que es por su estupidez, y también porque aquellos hablaban; razones débiles para aquellos que saben que, aunque el órgano necesario para el habla es natural al hombre, el habla en sí misma no lo es, y que saben a qué punto su perfeccionamiento elevó al hombre por encima de su estado natural. Las pocas líneas consagradas a estas descripciones pueden hacernos juzgar en qué medida estos animales fueron mal observados y con qué prejuicios eran

vistos. Por ejemplo, se los describe como monstruos y, sin embargo, se admite que están en condiciones de procrear. En un momento Battel dice que los pongos matan a los negros que atraviesan los bosques, y en otra apunta que no les hacen ningún daño cuando se cruzan con ellos, siempre que no se dediquen a mirarlos. Los pongos se reúnen alrededor de las hogueras encendidas por los negros cuando estos se retiran, y las abandonan solo cuando se apagan. Ese es el hecho, veamos ahora el comentario del observador: “por avezados que sean, no tienen suficiente conocimiento para mantenerlo vivo trayendo leña”. Me gustaría adivinar cómo Battel o Purchass, su compilador, pudieron saber que la retirada de los pongos era efecto de su estupidez más que de su voluntad. En un clima como el de Loango, el fuego no es algo muy necesario para los animales, y si los negros lo encienden es menos para protegerse del frío que para asustar a las fieras; es pues comprensible que después de haber sido regocijados un rato por las llamas, o habiéndose ya calentado, los pongos se aburrieran de permanecer siempre en el mismo lugar y acudir a sus pastos, lo que requiere más tiempo que si se alimentaran de carne. Además, sabemos que la mayoría de los animales, sin excluir al hombre, son perezosos por naturaleza, y rechazan todo tipo

de esfuerzos que no sean absolutamente necesarios. Finalmente, parece muy extraño que los pongos, cuya habilidad y fuerza son elogiadas, que saben enterrar a sus muertos y hacer techos de ramas, no sepan alimentar el fuego con leña. Recuerdo haber visto a un mono hacer esta misma maniobra que se pretende imposible para los pongos; admito que, como mis ideas no iban entonces en esa dirección, yo mismo cometí el error que les reprocho a estos viajeros, y olvidé examinar si la intención del mono era para mantener encendido el fuego o, simplemente, según creo, imitar la acción de un hombre. En cualquier caso, está bien demostrado que el mono no es una variedad del hombre, no solo porque está privado de la facultad de hablar, sino sobre todo porque estamos seguros de que su especie no tiene la capacidad de perfeccionarse que es específica de la especie humana. Observaciones que al parecer no se hicieron con el pongo y el orangután con la suficiente atención como para poder sacar la misma conclusión. Habría, sin embargo, un medio por el cual, si el orangután perteneciera a la especie humana, hasta el observador más ignorante lo habría descubierto. Pero como una sola generación no bastaría para hacer estas observaciones, estas siguen siendo impracticables.

Los juicios apresurados, que no son fruto de la razón iluminada, son propensos a la exageración. Nuestros viajeros llaman indiscriminadamente bestias, bajo los nombres de *pongos*, *mandriles* y *orangutanes*, a los mismos seres que los antiguos tomaban por deidades con los nombres de *sátiros*, *faunos* y *silvanos*. Quizás después de una investigación más exacta se establezca que unos y otros eran hombres. Mientras tanto, me parece que hay muchas razones para atenerse a lo que dice Merolla, un religioso letrado, testigo ocular, y quien con toda su ingenuidad no dejó de ser un hombre de genio, mucho más que el comerciante Battel, Dapper, Purchass y los demás compiladores.

¿Qué juicio creemos que habrían hecho tales observadores sobre el niño encontrado en 1694 y del que ya he hablado anteriormente, que no dio señales de razón, que caminaba sobre pies y manos, desprovisto de lenguaje y que emitía sonidos que no se parecían en nada a los de un hombre? Estuvo durante mucho tiempo, continúa el mismo filósofo que me proporciona este dato, incapaz de pronunciar palabra alguna, y, cuando lo hizo, lo hizo de manera bárbara. Tan pronto como pudo hablar, le preguntaron sobre su pasado, pero no respondió. Si por desgracia este niño hubiera caído en manos de nuestros viajeros, no cabe duda de que después de notar su silencio y

su estupidez, habrían decidido enviarlo de regreso al bosque o encerrarlo en una jaula; después de lo cual habrían hablado con conocimiento de ello en hermosas relaciones como una bestia muy curiosa que se parecía bastante al hombre.

Desde hace trescientos o cuatrocientos años, los habitantes de Europa han estado inundando otras partes del mundo y publicando constantemente nuevas colecciones de viajes y relaciones, pero estoy convencido de que solo conocemos hombres europeos; todavía me parecen ridículos cierto prejuicios que no se han extinguido, incluso entre la gente de letras, y el hecho de que bajo el pomposo nombre de estudio del hombre no hagan sino estudio de los hombres de su país. Los individuos pueden ir y venir, pero parece que la filosofía no viaja, y que la de cada pueblo es inadecuada para entender a los demás. La causa de esto es obvia, al menos para tierras lejanas: solo hay cuatro clases de hombres que hacen viajes de larga distancia, a saber, marineros, comerciantes, soldados y misioneros. Sin embargo, difícilmente deberíamos esperar que las tres primeras clases proporcionaran buenos observadores; en cuanto a los de la cuarta categoría, ocupados en la vocación sublime que los llama, aunque no estuvieran sujetos a prejuicios como todos los demás, debemos creer que

no se entregarían voluntariamente a investigaciones que parecen puramente curiosas y que los desviarían del trabajo, mucho más importante, al que están destinados. Además, para predicar correctamente el Evangelio basta con empeño y Dios da el resto, pero para estudiar a los hombres se requieren talentos que Dios no se compromete a dar a nadie y que no siempre se dan entre los más píos. En ninguno de sus libros de viajes faltan descripciones de personajes y moralejas, pero sorprende bastante ver que estas personas que han descrito tantas cosas solo han dicho lo que todos ya sabían, que solo pudieron ver al otro lado del mundo lo que podían entender sin salir a la calle, y que aquellas características verdaderamente distintivas de las naciones y que golpean los ojos hechos para ver, casi siempre escapaban a los suyos. De allí surgió este hermoso adagio moral, tan manido por la turba filosófica, según el cual los hombres son iguales en todas partes, que, teniendo en todas partes las mismas pasiones y los mismos vicios, es del todo inútil tratar de caracterizar a los diferentes pueblos; lo que equivale a decir que no podemos distinguir a Pierre de Jacques porque ambos tienen ojos, nariz y boca.

¿Nunca veremos renacer esos tiempos felices en los que la gente no se mezcló con filosofías, pero donde

Platón, Tales y Pitágoras, con un ardiente deseo de conocimiento, emprendían los mayores viajes para aprender, yendo muy lejos para sacudirse el yugo del prejuicio nacional, aprender a conocer a los hombres por sus similitudes y por sus diferencias y adquirir este conocimiento universal que no es de un siglo o de un país exclusivamente sino que, siendo de todos los tiempos y de todos los lugares, representa, por así decirlo, la ciencia común de los sabios?

Es admirable la magnificencia de algunos curiosos que han hecho o han patrocinado grandes viajes a Oriente de eruditos y pintores, para dibujar chozas y descifrar o copiar inscripciones. Pero me es difícil concebir cómo en un siglo en el que nos enorgullecemos de nuestros excelentes conocimientos no hay dos hombres unidos y ricos, uno en dinero, el otro en genio, que amen la gloria y aspiren a la inmortalidad, que sacrifique uno veinte mil coronas de su propiedad y el otros diez años de su vida en un viaje por el mundo, para estudiar ya no siempre piedras y plantas, sino por una vez hombres y morales, y que, después de tantos siglos de medir y considerar la casa, decidan finalmente conocer a los habitantes.

Los académicos que viajaron por el norte de Europa y las partes del sur de América tenían más intención de visitarlas en tanto geómetras que en

tanto los filósofos. Sin embargo, como ambos eran lo uno y lo otro, no podemos considerar completamente desconocidas las regiones que han visto y descrito La Condamine y los Maupertuis. El joyero Chardin, que viajó como Platón, no dejó nada que decir sobre Persia; China parece haber sido bien observado por los jesuitas. Kempfer da una idea aceptable de lo poco que vio en Japón. Aparte de estas relaciones, no sabemos nada de los pueblos de las Indias Orientales, frecuentados solo por europeos más curiosos por llenar sus carteras más que sus cabezas. Toda África y sus numerosos habitantes, tan singulares por su carácter como por su color, están aún por examinar; toda la tierra está cubierta de naciones de las cuales solo conocemos los nombres, ¡y con todo y eso nos aventuramos a opinar sobre la raza humana! Supongamos un Montesquieu, un Buffon, un Diderot, un Duclos, un d'Alembert, un Condillac, hombres de este calibre, viajando para instruir a sus compatriotas, observando y describiendo a Turquía como saben hacerlo, Egipto, Berbería, el imperio de Marruecos, Guinea, el País de los Cafres, el interior de África y sus costas orientales, los Malabares, los Mogul, las orillas del Ganges, los reinos de Siam, Pegu y Ava, China, Tartaria y especialmente Japón; luego, en el otro hemisferio México, Perú, Chile, las tierras

magallánicas, sin olvidar a los verdaderos o falsos patagones, Tucumán, Paraguay si fuera posible, Brasil, y finalmente el Caribe, Florida y todos los rincones, viaje tanto más importante cuanto que debe realizarse con el mayor cuidado. Supongamos que estos nuevos Hércules, al regresar de esas correrías memorables, escribieran la historia natural, moral y política de lo que habían visto: veríamos entonces surgir un mundo bajo su pluma, y así aprenderíamos a conocer el nuestro. Yo digo que cuando tales observadores afirman de tal animal que es un hombre, y otro que es una bestia, habrá que creerles; pero sería gran simplicidad confiar en viajeros rudimentarios, a los que uno se ve tentado a hacerles la misma pregunta que ellos tratan de responder sobre otros animales.

NOTA 11

Esto me parece absolutamente obvio y no logro imaginar de dónde sacan los filósofos todas las pasiones que le atribuyen al hombre natural. Excepto por la única necesidad física, que la naturaleza misma requiere, todas nuestras otras necesidades son solo tales por un hábito antes del cual no eran necesidades, o por nuestros deseos, y no deseamos aquello que no estamos en condiciones de conocer. De donde

se sigue que el hombre salvaje solo desea cosas que conoce, y conociendo solo aquellas cuya posesión está en su poder o es fácil de adquirir, nada debería ser tan pacífico como su alma y nada tan limitado como su mente.

NOTA 12

Encuentro en *El gobierno civil* de Locke una objeción demasiado engañosa como para disimularla. “Como la finalidad de la sociedad entre el macho y la hembra, dice este filósofo, no es solamente procrear sino continuar la especie, dicha sociedad debe durar incluso después de la procreación, al menos mientras sea necesaria para la alimentación y la conservación de los procreados, es decir hasta que sean capaces de proveerse sus propias necesidades. Esta regla, que la infinita sabiduría del Creador ha dispuesto sobre la obra de sus manos, es observada por las criaturas inferiores al hombre constantemente y con precisión. En estos animales que viven en la hierba, la sociedad entre el macho y la hembra no dura más allá de la cópula, pues siendo suficientes los senos de la madre para alimentar a las crías hasta que sean capaces de pastar, el macho se contenta con engendrar y no se ocupa después de la hembra ni de la cría, a

cuya subsistencia no puede aportar nada. Pero, en cambio, en los animales de presa, tal sociedad dura más tiempo, pues la madre no puede garantizar su propia subsistencia y alimentar adecuadamente a sus crías, ya que cazar es una forma más laboriosa y más peligrosa que alimentarse de hierba. Por eso la asistencia del macho es enteramente necesaria para el mantenimiento de su descendencia, si podemos usar este término; hasta que el hijo pueda ir a buscar algunas presas por sí mismo, solo puede sobrevivir gracias al cuidado del macho y la hembra. Lo mismo puede notarse en todas las aves, si exceptuamos solo unas cuantas que se encuentran en lugares donde la continua abundancia de comida exime al macho del cuidado de alimentar a las crías; de lo contrario, vemos que mientras las crías están en su nido y necesitan alimento, el macho y la hembra lo aportan hasta que las crías puedan volar y mantenerse por sí mismas. Esta es la razón principal, si no la única, por la cual el hombre y la mujer en la raza humana están obligados a establecer una sociedad más tiempo que el que dura en otras criaturas. La razón es que la mujer es capaz de concebir y puede volver a estar encinta y mucho antes de que el anterior sea capaz de prescindir de la ayuda de sus padres y pueda satisfacer sus propias necesidades, de suerte que el

padre está obligado a cuidar de aquellos a quienes engendró durante mucho tiempo, y también se ve obligado a seguir viviendo en sociedad conyugal con la misma mujer de quien los tuvo y a permanecer en esta sociedad mucho más tiempo que otras criaturas hasta que llegue el momento de una nueva procreación. Cuando llega, el vínculo entre lo macho y hembra se rompe por sí solo y ambos recuperan plena libertad, hasta que esa estación que les solicita a los animales que se apareen, los obligan a elegir nuevos compañeros. En este punto no podemos sino admirar la sabiduría del Creador, quien, habiendo dado al hombre cualidades para proveer tanto en el futuro como en el presente, quiso y aseguró que la sociedad del hombre y la mujer durara mucho más que el del macho y la hembra entre las demás criaturas; para estimular así el trabajo del hombre y de la mujer y que sus intereses estuvieran más unidos, con miras a tomar disposiciones para sus hijos y dejarles bienes: nada podría ser más perjudicial para un niño que una conjunción incierta y vaga o una disolución fácil y frecuente de la sociedad matrimonial”.

El mismo amor a la verdad que me hizo exponer sinceramente esta objeción me anima a acompañarla con algunas observaciones, si no para resolverla, al menos para aclararla.

a. Primero, observaré que las pruebas morales no tienen gran fuerza en cuestiones de física y que sirven más para explicar los hechos existentes que para constatar la existencia real de estos hechos. Pero este es el tipo de pruebas que el señor Locke emplea en el pasaje que acabo de relatar; porque, aunque puede ser ventajoso para la especie humana que la unión del hombre y de la esposa sea permanente, no se sigue que esto haya sido así establecido por la naturaleza, de lo contrario habría que decir que también estableció la sociedad civilizada, las artes, el comercio y todo lo que se dice útil a los hombres.

b. No sé dónde encontró el señor Locke que entre los animales de presa la sociedad de macho y hembra dura más que entre los que viven en la hierba y que uno ayuda al otro a alimentar a los pequeños. Porque no vemos que el perro, ni el gato, ni el oso, ni el lobo, reconozcan a su hembra más de lo que el caballo, el carnero, el toro, el ciervo ni todos los demás cuadrúpedos reconocen a la suya. Por el contrario, parece que si la ayuda del macho fuera necesaria para que la hembra pudiera preservar a sus crías, esto sería cierto para especies que solo viven de hierba, puesto que a la madre le lleva mucho tiempo pastar y se ve obligada a descuidar su entorno, mientras que la cría de una osa o de una loba es devorada en un instante

y la madre, sin tener que pasar hambre, tiene más tiempo de amamantar a sus bebés. Este razonamiento es confirmado por una observación sobre el número relativo de madres y crías que distingue a las especies carnívoras de las frugívoras que mencioné en la nota 8. Si mi observación es correcta, teniendo la mujer solo dos senos y raramente más de un niño a la vez, es una razón de más para dudar que la especie humana es naturalmente carnívora, de modo que parece que para llegar a la conclusión de Locke habría que revertir completamente su razonamiento. No hay más solidez cuando se hace la misma distinción pero aplicada a los pájaros. Pues, ¿quién puede creer que la unión del macho y la mujer es más duradera entre buitres y cuervos que entre palomas? Tenemos dos especies de aves domésticas, el pato y la paloma, que proporcionan ejemplos directamente contrarios al sistema que propone el autor. El palomo, que vive solo de cereales, permanece unido a su hembra mientras alimentan a sus crías. El pato, cuya voracidad es conocida, tampoco reconoce a su hembra ni a sus crías y no ayuda en modo alguno a su subsistencia, y entre las gallinas, especie no menos carnívora, no vemos que el gallo participe de ninguna manera en la crianza. Si en otras especies el macho comparte con la hembra el cuidado de alimentar a sus crías,

es porque los pájaros no pueden volar de inmediato y sus madres no pueden amamantarlos, y por eso dependen mucho más de la asistencia del padre que los cuadrúpedos, a los que les basta con la teta de la madre durante un buen tiempo.

c. Hay mucha incertidumbre sobre el hecho principal que sirve de base a todo el razonamiento del señor Locke. Porque para saber si, como afirma él, la mujer en estado de naturaleza puede volver a quedar encinta y hacer una nuevo niño mucho antes de que el anterior pueda sustentar por sí mismo sus necesidades, se necesitarían experimentos que Locke ciertamente no había hecho y que nadie está en capacidad de hacer. La continua convivencia entre marido y mujer es una oportunidad tan inminente de exponerse a un nuevo embarazo que es muy difícil creer que el encuentro casual o el solo impulso del temperamento producía efectos tan frecuentes en el estado puro de naturaleza como en el de la sociedad conyugal; esta lentitud contribuiría tal vez a hacer niños más sanos, y además podría ser compensada por la facultad de concebir hasta una edad avanzada en mujeres que no hubieran abusado de ella en su juventud. En lo que respecta a los niños, hay muchas razones para creer que sus fuerzas y órganos se desarrollaron más tarde entre nosotros que en

el estado primitivo del que hablo. La debilidad original que derivan de la constitución de los padres, el cuidado puesto en envolver y atrofiar todos sus miembros, la delicadeza con la que se crían, tal vez el uso de una leche distinta a la de su madre... todo trastorna y retrasa en ellos los primeros avances en la naturaleza. Las exigencias de mil cosas en las que continuamente fijamos nuestra atención, mientras se descuida el ejercicio de sus fuerzas corporales, puede provocar una desviación considerable para su crecimiento; de modo que, si en lugar de sobrecargar sus mentes de mil maneras permitiéramos que sus cuerpos se ejercitaran en los continuos movimientos que la naturaleza les exige, es de creer que podrían caminar, actuar y satisfacer sus propias necesidades desde mucho más temprano.

d. Finalmente, Locke demuestra, a lo sumo, que bien podría haber en el hombre un motivo para permanecer apegado a la mujer cuando esta tiene un hijo; pero de ninguna manera prueba que debió haber estado apegado a ella antes del parto y durante los nueve meses de embarazo. Si una mujer le es indiferente al hombre durante esos nueve meses, si incluso ella se vuelve desconocida para él, ¿por qué la ayudaría después? ¿Por qué le ayudará a criar a un niño que no conoce y cuyo nacimiento no resolvió ni anticipó? El señor Locke da

por sentado aquello que está en cuestión, porque no se trata de saber por qué el hombre permanecerá apegado a la mujer después del parto sino por qué se apegará a ella después de la concepción. Satisfecho su apetito, el hombre no tendría ya necesidad de la mujer, ni ella del hombre. Este no tendría la menor preocupación ni quizás la más mínima idea de las consecuencias de sus actos. Cada uno sigue por su lado y es harto improbable que al cabo de nueve meses recuerden haberse conocido, pues el tipo de memoria por la cual el individuo prefiere a otro para procrear exige, como lo he demostrado, más progreso o corrupción en el entendimiento humano de lo que puede llegar a estar en el estado de animalidad tratado aquí.

Otra mujer podría entonces satisfacer los nuevos deseos del hombre con la misma aptitud que la anterior, y otro hombre podría colmar los de la mujer, suponiendo que mantenga el mismo apetito durante el estado de embarazo, cosa que podemos dudar. Si en el estado de naturaleza la mujer no siente la pasión amorosa después de la concepción del hijo, el obstáculo para asociarse con el hombre se vuelve aún más grande, porque entonces no necesitaría al hombre que la fecundó ni a ningún otro. No hay entonces, para el hombre, razón alguna para buscar a la misma mujer, ni para la mujer buscar al mismo hombre.

El razonamiento de Locke se derrumba entonces y toda la dialéctica de este filósofo no lo salva al fin de cuentas de cometer los errores que Hobbes y otros ya habían cometido. Quisieron explicar un hecho del estado de naturaleza, es decir, de un estado donde los hombres vivían aislados y donde no tenían razones para vivir cerca los unos de los otros, pero pensaron en viajar más allá de los siglos de civilización, es decir, de los tiempos en que los hombres tienen siempre una razón para vivir cerca de otros.

NOTA 13

Tendré cuidado de no entrar en las reflexiones filosóficas que podrían hacerse sobre las ventajas y desventajas de esta institución de las lenguas; a mí no se me permite atacar errores vulgares y las personas letradas respetan demasiado sus prejuicios como para soportar pacientemente mis paradojas. Dejemos entonces que la gente elija alguna vez el riesgo de la razón contra la certidumbre de la multitud. *Nec quidquam felicitati humani generis decederet, si, pulsa tot linguarum peste et confusione, unam artem callerent mortales, et signis, motibus, gestibusque licitum foret quidvis explicare. Nunc vero ita comparatum est, ut animalium quae vulgo bruta creduntur, melior longe quam*

nostra hac in parte videatur conditio, ut pote quæ proutius et forsan felicius, sensus et cogitationes suas sine interprete significant, quam ulli queant mortales, præsertim si peregrino utantur sermone. Is. Vossius, de *Pæmat.* Cant. et *Viribus Rythmi*, p. 66²⁴.

NOTA 14

Platón, mostrando cómo sus ideas sobre cantidad discreta y sus relaciones son necesarias para todas las artes, se burla con razón de los autores de su tiempo, que afirmaban que Palamedes había inventado los números durante el sitio de Troya, como si, según dice el filósofo, Agamenón hubiera podido ignorar hasta entonces cuantas piernas tenía. De hecho, sería imposible que la sociedad y las artes hubieran

24 “En nada se perjudicaría la felicidad humana si, librados del lastre de la confusión nacida de la multiplicidad de lenguas, los hombres no tuvieran que usar sino una sola, siéndoles posible expresar todo por medio de señales, movimientos o gestos. Dado el estado actual, parece, en comparación con los animales, que el vulgar califica de brutos, que su condición es mucho mejor que la nuestra en este aspecto. En efecto, los animales expresan sin intermediaciones, más rápido y quizás más eficazmente sus sentimientos y su pensamiento que el hombre cuando emplea una lengua extranjera” (N. del T.).

llegado a donde estaban en el momento del sitio de Troya sin el uso de los números y el cálculo: pero la necesidad de conocer los números antes de adquirir otros conocimientos no hace su invención más fácil de imaginar; una vez conocidos los nombres de los números, es fácil explicar su sentido y estimular las ideas que esos nombres representan. Pero para inventarlos hubo que, antes de concebir esas ideas, familiarizarse con las meditaciones filosóficas, ejercitarse en considerar a los seres por su sola esencia e independientemente de cualquier otra percepción, abstracción difícil, metafísica, poco natural y sin la cual, sin embargo, esas ideas jamás hubieran podido transportarse de una especie o de un género a otro, ni los números volverse universales. Un hombre salvaje podía considerar por separado su pierna derecha de su pierna izquierda, o mirarlas juntas bajo la idea de una pareja indivisible, sin pensar que eran dos; pues una cosa es la idea representativa que nos pinta un objeto y otra la idea numérica que lo determina. Ese hombre podía aún menos contar hasta cinco, y aunque poniendo sus manos una sobre la otra hubiera notado que sus dedos se correspondían exactamente, estaba muy lejos de pensar en su igualdad numérica. No conocía más el número de sus dedos que el de sus cabellos, y si, al explicarle qué son los números

alguien le hubiera mostrado que hay tantos dedos en los pies como en las manos, quizás se hubiera sorprendido grandemente al comparar y encontrar que era verdad.

NOTA 15

No se deben confundir el amor propio con el amor de sí mismo; son dos pasiones muy diferentes en su naturaleza y en sus efectos. El amor propio es un sentimiento natural que lleva a todos los animales a velar por su propia conservación, y que, dirigido en el hombre por la razón y modificada por la piedad, produce humanidad y virtud. El amor de sí mismo es apenas un sentimiento relativo, artificial y nacido en la sociedad, lo que lleva a cada individuo a valorarse a sí mismo más que a todo lo demás, que inspira en los hombres todos los males que se hacen unos a otros y que es la verdadera fuente del honor.

Dicho esto, considero que en nuestro estado primitivo, en el verdadero estado de naturaleza, el amor de sí mismo no existe. Pues, si cada hombre en particular se mira a sí mismo como el único espectador que lo observa, como el único ser en el universo que se interesa por él, como único juez de su propio mérito, no es posible que un sentimiento

que tiene su origen en las comparaciones que no están a su alcance pueda germinar en su alma; por la misma razón este hombre no podía tener odio ni deseo de venganza, pasiones que solo pueden surgir de la opinión o de alguna ofensa recibida; y como es el desprecio o la intención de hacer daño y no el mal que constituye la ofensa, los hombres que no saben ni apreciarse ni compararse pueden infligirse mucha violencia cuando alguno saca ventaja de otro, pero jamás podrán ofenderse recíprocamente. En una palabra, como cada hombre ve a sus semejantes como vería a los animales de otra especie, puede quitarle su presa al más débil o cederle la suya al más fuerte, entendiendo estas rapiñas como actos naturales, sin el menor rastro de insolencia o de desprecio, y sin más pasión que el dolor o la alegría de un buen o mal momento.

NOTA 16

Es notable que, durante tantos años en los que los europeos se han atormentado para incorporar a los salvajes de los distintos países del mundo a su propio modo de vida, todavía no hayan podido conquistar a ninguno, ni siquiera a favor del cristianismo; porque nuestros misioneros a veces los hacen

cristianos, pero nunca hombres civilizados. Nada puede vencer su invencible repugnancia a adoptar nuestra moral y vivir a nuestra manera. Si estos pobres salvajes son tan desafortunados como se dice, ¿por qué inconcebible aberración se niegan constantemente a civilizarse como nosotros o a aprender a vivir felices entre nosotros? Y mientras tanto leemos en mil lugares que franceses y otros europeos se refugiaron voluntariamente en esas naciones, que pasaron allí toda su vida, sin poder abandonar tan extraño modo de vida, e incluso algunos misioneros lamentan supuestamente la ternura, la calma y los días inocentes que pasaron entre estos pueblos tan despreciados. Si se dijera que no tenemos suficientes conocimientos para hacer un juicio sólido sobre su estado y el nuestro, yo respondería que la estimación de la felicidad es menos una cuestión de razón que de sentimiento. Además, hay mucha más distancia entre nuestras ideas y el estado de ánimo en que habría que estar para entender el gusto de los salvajes por su modo de vida que entre las ideas de los salvajes y las que podrían hacerles entender nuestro modo de vida. En efecto, luego de unas cuantas observaciones, les es fácil ver que todos nuestros esfuerzos se dirigen hacia dos objetivos, a saber, la comodidad propia y la consideración de los demás. ¿Pero cómo

podemos imaginar el placer que un salvaje siente al pasar su vida solo en medio de los bosques o pescando, o soplando una mala flauta, sin saber tocar ninguna nota y sin preocuparse por aprenderlo?

Varias veces hemos traído salvajes a París, Londres y otras ciudades; nos apresuramos a mostrarles nuestro lujo, nuestra riqueza y nuestras artes, desde las más útiles hasta las más curiosas, todo lo cual solo les proporciona una admiración estúpida y sin el más mínimo movimiento de codicia. Recuerdo entre otras cosas la historia de un líder de alguna tribu norteamericana, a quien llevaron a la corte inglesa hace unos treinta años. Le presentaron mil cosas para que escogiera algún regalo que pudiera complacerlo pero no logró interesarse en ninguna. Nuestras armas le parecieron pesadas y aparatosas, nuestros zapatos lastimaban sus pies, nuestras ropas le incomodaban. Lo rechazó todo. Por fin tomó una cobija de lana y parecía complacerse en cubrirse los hombros con ella; ¿aceptaría al menos, le dijeron de inmediato, la utilidad de esta cosa? Sí, respondió, es casi tan buena como una piel de animal. Pero dudo que hubiera dicho lo mismo si hubiera usado la una y la otra bajo la lluvia.

“Todos los esfuerzos de los misioneros holandeses del Cabo de la Buena Esperanza no han bastado

para convertir a un solo hotentote. Van der Stel, gobernador del Cabo, que tomó a uno desde la infancia, lo hizo educar en los principios de la religión cristiana y en la práctica de las costumbres de Europa. Lo vistieron convenientemente, le hicieron aprender varios idiomas y respondió bastante bien a los esfuerzos que se hicieron por su educación. El gobernador, esperando mucho más de su inteligencia, lo envió a las Indias con un comisario general que lo empleó en los asuntos de la Compañía. Volvió al Cabo luego de la muerte del comisario. Días después de su regreso, en una visita que hizo a algunos parientes hotentotes, decidió deshacerse de su indumentaria europea y ponerse una piel de oveja. Volvió al fuerte con su nueva vestimenta, cargando un paquete que contenía sus antiguas ropas, y, entregándoselo al gobernador, le dirigió el siguiente discurso: ‘Tenga la bondad, señor, de darse por enterado de que renuncio para siempre a estas cosas. Renuncio también y para siempre a la religión cristiana, pues mi resolución es vivir y morir en la religión, las maneras y las costumbres de mis ancestros. La única gracia que le pido es dejarme conservar el collar y el machete que llevo conmigo. Los conservaré por amor a usted’. De inmediato, sin esperar la respuesta de Van der Stel,

emprendió la huida y jamás volvió a ser visto en el Cabo" [*Historia de los viajes*, tomo 5, p. 175].

NOTA 17

Se me podría objetar que en semejante desorden los hombres, en lugar de degollarse entre sí, se dispersarían, si no encontraran obstáculos para hacerlo. Pero, en primer lugar, tales obstáculos serían los del mundo, y si se piensa en la excesiva población que resulta del estado de naturaleza, se juzgará que la tierra en ese estado no habría tardado en ser cubierta por hombres forzados a mantenerse agrupados. Por otra parte, se habrían dispersado si el mal se hubiera infringido rápido y si hubiera habido un cambio de la noche a la mañana; pero ellos nacen bajo el yugo; tenían el hábito de portarlo cuando sentían su peso y esperaban la ocasión para sacudírselo. Por último, ya acostumbrados a mil comodidades que los forzaban a mantenerse agrupados, la dispersión no era más fácil que en los primeros tiempos, cuando nadie necesitaba a otro más que sí mismo, cuando cada uno tomaba sus decisiones sin esperar el consentimiento de los demás.

NOTA 18

El mariscal V***²⁵ contaba que en una de sus campañas, ante las excesivas estafas de un mercader de víveres que habían hecho sufrir a la tropa, lo reprendió severamente y lo amenazó con mandarlo a la horca. “No me siento aludido por esta amenaza, le respondió altanero el estafador, y quisiera recordarle que nadie cuelga a un hombre que tiene mil écus”.²⁶ No sé por qué pero, en efecto, no fue colgado, aunque había cien razones para hacerlo.

NOTA 19

Hasta la justicia distributiva se opondría a esta igualdad extrema del estado de naturaleza si fuera practicable en las sociedades civilizadas; y como todos los miembros del Estado le deben servicios proporcionados a sus talentos y a sus fuerzas, los ciudadanos deben ser distinguidos a su vez y favorecidos en proporción de su servicio. Es en este sentido que debe entenderse un pasaje de Isócrates

25 Rousseau se refiere, sin nombrarlo, a Louis Hector, duque de Villars (N. del T.).

26 Antigua moneda europea (N. del T.).

en el que elogia a los primeros atenienses por haber distinguido cuál era la más ventajosa de las dos formas de igualdad, la que consiste en dar las mismas ventajas a todos los ciudadanos indistintamente o la que implica distribuir las según el mérito de cada uno. Los sagaces políticos, agrega el autor, al descartar esta supuestamente injusta igualdad que no diferencia entre los malvados y la gente de bien, se aferra sin falta a la que recompensa y castiga a cada uno según su mérito. Pero, en primer lugar, jamás ha existido una sociedad, sea cual sea el grado de corrupción al que haya podido llegar, en la cual no se diferencie al malvado del decente; y en las cuestiones consuetudinarias, en las que la ley no puede fijar una medida exacta que pueda servirle de regla al magistrado, sucede que, sabiamente, para no dejar la suerte o el rango de los ciudadanos a su discreción, se le prohíbe juzgar a las personas y solo está habilitado para juzgar las acciones. Solo las leyes puras de los antiguos romanos podían soportar censores, y tribunales como los que menciono lo habrían revolucionado todo entre nosotros: corresponde a la estima pública hacer la diferencia entre los malvados y los decentes; el magistrado solo es juez en riguroso derecho, pero el pueblo juzga las costumbres; juez íntegro e incluso clarividente a este respecto, que

abusa a veces pero que jamás se deja corromper. Los rangos de los ciudadanos deben entonces ser reglamentados no sobre sus méritos personales, lo que sería dejarle al magistrado la posibilidad de hacer una aplicación arbitraria de la ley, sino sobre los servicios reales que le rinden al Estado, y que son susceptibles de una estimación más exacta.

ÍNDICE

Dedicatoria a la República de Ginebra	9
Prefacio	29
Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres. Cuestión propuesta por la Academia de Dijon	41
Primera parte	47
Segunda parte	97
Notas añadidas por Rousseau	151



DISCURSO SOBRE EL ORIGEN Y FUNDAMENTOS
DE LA DESIGUALDAD ENTRE LOS HOMBRES
hace parte de la Colección Sinfonía. Para su
composición se usaron fuentes de la familia
Kristal. Su cuidado estuvo a cargo de Editorial
ESAP, sello editorial de la Escuela Superior de
Administración Pública, y se imprimió en la
Imprenta Nacional de Colombia.

Otros títulos de la ESAP

LA ESAP LE PROPONE AL PAÍS

Protección social | Jesús María Molina
(ed.) (2022)

COLECCIÓN SINFONÍA

El banquero anarquista | Fernando
Pessoa (2023)

BIBLIOTECA DEL SERVICIO PÚBLICO

La ESAP y el desarrollo institucional
colombiano: Apuntes para la historia de
la ESAP | Diego Younes Moreno (2023)

    @esapoficial

www.esap.edu.co



Escuela de
Alto Gobierno